

MASSIMO CARLOTTO

Hasta nunca, mi amor

Giorgio Pellegrini, un exmilitante de la extrema izquierda italiana, regresa a su país tras un largo exilio en Centroamérica, donde estuvo luchando con la guerrilla. Quiere redimir su pasado político, convertirse en un hombre respetable, ganar dinero e ingresar así en los círculos más exquisitos de la alta sociedad italiana. Sin embargo, escapar de su pasado no será tarea fácil. Pronto se involucra en los negocios de un conocido mafioso y empieza una carrera criminal en la que la violencia, la corrupción y el crimen serán las armas que Giorgio utilizará para conseguir su objetivo, y ser finalmente «como los demás, uno de tantos».

En *Hasta nunca, mi amor*, el escritor italiano Massimo Carlotto nos sumerge en la mente de alguien que está dispuesto a todo para medrar y redimirse, al margen de toda moral, lealtad y honestidad. Giorgio Pellegrini nos invita a descubrir una Italia inusual, negra y violenta.

Massimo Carlotto



Hasta nunca, mi amor



Título original: *Arrivederci amore, ciao*
Massimo Carlotto, 2000
Traducción: Mª Ángeles Cabré, 2008

-



Revisión: 1.0
Fecha: 04/11/2019

Artículo 178 del Código Penal:
La rehabilitación anula las penas accesorias y cualquier otra consecuencia penal de la condena, salvo que la ley lo disponga de otro modo.

Artículo 179 del Código Penal:
La rehabilitación se concede cuando han transcurrido cinco años desde el día en que la pena haya sido cumplida, o de cualquier otro modo extinguida, y el condenado haya dado pruebas fehacientes y constantes de buena conducta.

Prólogo

El cadáver del caimán flotaba panza arriba. Lo habían abatido porque había empezado a acercarse demasiado al campamento y nadie quería quedarse sin un brazo o una pierna. La peste dulzona de la descomposición se mezclaba con la de la selva. La primera cabaña distaba un centenar de metros de aquel claro. El italiano charlaba tranquilamente con Huberto. Advertí de mi presencia. Se volvió y me sonrió. Le guiñé el ojo y él siguió hablando. Me coloqué a su espalda, respiré hondo y le disparé en la nuca. Se descoyuntó sobre la hierba. Lo agarramos por pies y brazos y lo lanzamos al lado del caimán. El reptil panza arriba y él boca abajo. El agua estaba tan densa e inmóvil que la sangre y los trocitos de cerebro difícilmente consiguieron hacerse con un espacio del tamaño de un platito de café. Huberto me cogió la pistola, se la metió en la cintura y, con un movimiento de cabeza, me indicó que regresáramos al campamento. Obedecí, aunque hubiera preferido quedarme aún un rato contemplando el cuerpo en el agua. No pensaba que fuera a ser tan fácil. Había acercado el cañón a su pelo rubio, intentando no tocar la cabeza para no correr el riesgo de que se volviera y me mirara a los ojos, y había apretado el gatillo. La detonación fue seca y provocó la huida en estampida de los pájaros. La reculada en la mano había sido suave y con el rabillo del ojo había visto el cargador de la semiautomática retroceder y cargar otra bala. En realidad, mi mirada estaba concentrada en la nuca. Un agujerito rojo, perfecto. El proyectil había salido por la frente, produciendo un desgarro mellado. Huberto lo había visto morir sin mover un solo músculo. Sabía lo que iba a suceder. El italiano debía ser ajusticiado y él se había ofrecido para servir de cebo en la emboscada. Desde hacía un tiempo se había convertido en un problema. Por la noche, borracho perdido, molestaba a los prisioneros. La noche anterior, el comandante me había llamado a

su tienda. Estaba sentado en un catre y tenía una pistola de buen tamaño entre las manos.

—Es de calibre nueve, de fabricación china —me explicó—. Es una copia exacta de la Browning HP. Los chinos lo copian todo. Son precisos y meticulosos; si no tuviera estos ideogramas la tomarías por una auténtica. Pero la mecánica da asco. Se atasca a medio cargar. Perfecta por fuera pero débil por dentro… Exactamente como el socialismo chino.

Asentí fingiendo interés. El comandante Cayetano era uno de los cuadros históricos de la guerrilla. Y uno de los pocos que había sobrevivido. Tenía más de sesenta años y lucía un bigote largo y delgado al estilo Ho Chi Min y, como el líder vietnamita, también él era alto y delgado. Hijo de un latifundista de la caña de azúcar, de joven había elegido pasarse al bando de los pobres y de los indios. Un tipo coherente. Bronco y malcarado. Estaba claro que no me había llamado para charlar un rato. Nunca lo había hecho. Nunca le había caído simpático.

—Mátalo —me dijo tendiéndome la pistola—. Bastará con un tiro.

Asentí de nuevo. No mostré sorpresa y mucho menos pregunté a quién tenía que matar. Lo había entendido la mar de bien.

—¿Por qué yo? —me limité a formular.

—Porque tú también eres italiano. Llegasteis juntos y sois amigos. Es mejor que el asunto quede en familia —dijo con un tono malévolo que no admitía réplica.

Asentí de nuevo y la noche siguiente apreté el gatillo. En el campamento nadie comentó lo sucedido. Todos lo esperaban.

Mi experiencia guerrillera se limitaba a aquello, a aquella ejecución a traición. Matar a uno que, como yo, había decidido dedicar la vida a la causa de un pueblo de Centroamérica. En apariencia. En realidad, éramos dos tíos fanfarrones, huidos de Italia, que habíamos dejado atrás los chochitos de la universidad a causa de una orden de búsqueda y captura por asociación ilícita y algún que otro atentado sin importancia. A excepción de la bomba que habíamos puesto frente a la sede de la Asociación Industrial y que había matado a un vigilante. Un desgraciado a punto de jubilarse

que había visto la bolsa, había bajado de la bicicleta y había tenido la pésima idea de ir a meter las narices. Por los periódicos supimos que pasaba por allí todas las noches. Simplemente no lo habíamos comprobado, estábamos demasiado ocupados presumiendo en el bar de acciones que habían hecho otros. Una chica con la que estuve un par de semanas decidió arrepentirse una media hora después de que la detuvieran y dio nuestros nombres. De prisa y corriendo, atravesamos la frontera francesa. En París, un año después, cuando supimos que habíamos sido condenados a cadena perpetua, nos miramos a los ojos y decidimos hacernos los héroes. Pero la selva no era el barrio latino, y tampoco era Bérgamo y mucho menos Milán. Y el enemigo, si te capturaba, no te metía en la cárcel, sino que te despellejaba vivo arrancándote la piel desde los tobillos. Habíamos llegado llenos de entusiasmo y sano fervor revolucionario, pero sólo necesitamos una semana para descubrir que la vida en la guerrilla era un auténtico infierno. Por suerte, nos habíamos quedado siempre en la retaguardia. No teníamos huevos suficientes para enfrentarnos a los *ranger* de la dictadura y a sus instructores americanos, como hacían aquellos indios silenciosos. No sonreían nunca. Vivían y morían con la misma expresión. Mi amigo, con el tiempo, se había vuelto loco. Había empezado a beber y a practicar extraños jueguecitos con los soldados que el Frente capturaba en las emboscadas. Yo le había advertido que en aquel país no gustaban ciertas debilidades, pero él ya no escuchaba a nadie. Se pasaba el día como un autómata, esperando la noche.

Aproveché la llegada de un grupo de la televisión española para alejarme lo más posible del comandante Cayetano, del peligro de los combates y de una causa que ya no me importaba nada. Una periodista bajita y culona se había fijado en mí. Yo le di a entender que experimentaría los ardores de una aventura con uno de los últimos combatientes de las brigadas internacionales. Ella, tras alguna que otra noche de pasión, había pedido y obtenido del comandante que fuera yo quien la ayudara en las entrevistas. Escapé a Costa Rica cruzando la frontera a pie, tras haberle prometido que me reuniría con ella en Madrid. Pero carecía de documentos, y volver a Europa con una cadena perpetua a cuestas en aquel entonces me parecía aún un riesgo inútil. Busqué trabajo en la costa. Inversores europeos, en concreto italianos, habían

empezado a construir hoteles en playas hermosísimas y sin contaminar. Ningún vínculo, ningún plan regulador y la concesión de licencias basada en un sencillísimo sistema de sobornos. De paraíso terrenal a paraíso de cemento. Además de italiano, hablaba español y me manejaba bastante bien con el francés. Fui contratado como barman en un hotel propiedad de una italiana. Una cuarentona forrada de dinero, separada y sin hijos. Era una milanesa que había ido allí a hacer negocio. Una de esas que sabía relacionarse con la gente. Cuando me presenté, me escrutó de la cabeza a los pies. Lo que vio debió de gustarle, pero no era precisamente tonta. Me dijo bien claro que le parecía evidente que yo era un terrorista fugado, uno de aquellos cabezas de chorlito que le habían destrozado el coche para construir una barricada en pleno centro de Milán. Se acordaba de la fecha. Yo también. Tres días de furia, la ciudad apestando a gasolina y gases lacrimógenos y dos muertos, Varalli y Zibecchi. Le endilgué una historia patética pero verosímil. Me aconsejó que no me portara mal; la policía de Costa Rica no sentía ninguna simpatía por los refugiados políticos. Aquel lugar me parecía un paraíso comparado con la selva y, por primera vez después de la fuga, podía plantearme la idea de echar raíces. Pero mi destino estaba en manos de mi jefa y meterme en su cama, por el momento libre, me pareció la mejor manera de tener la situación bajo control. Se llamaba Elsa y no estaba mal. Es verdad que por la playa circulaban mujeres mucho más guapas y mucho más jóvenes, pero yo no estaba en condiciones de poderme permitir ciertos lujos. Era una tipa difícil y se hizo cortejar dos meses antes de dejarse besar. Ella no creía en la sinceridad de mi amor y en casi ninguna de las cosas que le contaba. A mí me resultaba fácil mentirle y lo hacía con placer. Eso me permitía construirme una identidad distinta, como un documento falso. Interior. Me permitía vivir largos períodos sin tener que echar cuentas con mi vida real, que había empezado a odiar. Me daba miedo. Durante demasiado tiempo había estado basada en declaraciones de intenciones en las cuales nunca había creído. Por falta de valentía. En el fondo siempre lo había sabido. Pero resultaba fácil mentirse a uno mismo y a los demás en los bares y en las asambleas. No todos eran como yo. Es más, yo formaba parte de esa minoría que había encontrado en el movimiento espacios de sociabilidad y libertad que la familia

siempre me había negado. Si hubiera imaginado que el precio sería acabar en la cárcel de por vida y matar a un amigo, me habría quedado en casa tranquilamente, soportando las gilipolleces de mi padre, las debilidades de mi madre y la mojigatería de mis hermanas.

Elsa prefería follar por la mañana, antes de ir a ocuparse del desayuno de los clientes. Siempre he pensado que prefería ese momento porque no la obligaba a dedicar al asunto mucho rato. Era apresurada y sin ninguna fantasía. Orgasmo, un beso en la frente y un cigarrillo. La engañé por vez primera dos años después, con otra cuarentona. Florentina, con marido y cuñada en el séquito, y que, con la excusa de tener una tez muy clara y delicada, se pasaba la mayor parte del tiempo acodada en la barra del bar: un *gin-tonic* y muchas ganas de hablar. Tenía cierto sobrepeso, pero también una cara bonita y ojos maliciosos. Me lanzaba señales inequívocas. No era la única, y las otras eran todas más jóvenes y apetecibles, pero yo me sentía atraído por las cuarentonas. Me daba vértigo la idea de meterme en sus vidas y jugar con su vulnerabilidad. Engañé a Elsa sin ningún miramiento. Después vinieron otras. En esa época, yo tenía poco más de treinta años y, como decía Elsa, un bonito culo. El bar era un lugar estratégico y no se precisaban grandes capacidades seductoras. Bastaba con un juego de miradas apenas algo turbadas, sonrisas amables e indefensas, y una gran disponibilidad para escuchar. Pasé siete años de esa guisa casi sin darme cuenta. Todo acabó cuando Elsa entró de repente en la trastienda del bar y me encontró enganchado a una alemana. No recuerdo su nombre ni mucho menos su cara, pero fue una mujer muy importante en mi vida. Aquel polvo con ella me arrebató de golpe todo lo que tenía. A la mañana siguiente estaba fuera del hotel con una bolsa en la mano y una gran prisa por desaparecer. Durante toda la noche, Elsa había representado el papel de la benefactora traicionada y de alguna manera se vengaría. Era una buena mujer, pero cuando estaba cabreada no razonaba. Me dio tiempo a robar el pasaporte español de un cliente de Alicante que tenía rasgos bastante parecidos a los míos, acudir a un falsificador que frecuentaba el bar, hacer que cambiara la fotografía y

embarcarme en un avión directo a París. Cuando llegué al aeropuerto, tenía intención de volar hasta México. Me parecía el movimiento más lógico, pero después pasaron frente a mí tres azafatas de Air France. Me detuve a observarlas y, mirando admirado sus culos, decidí imprimir un cambio de rumbo a mi vida. Fue tan sólo una intuición, pero suficiente para hacerme cambiar el plan de fuga a pesar de la orden de busca y captura internacional que pesaba sobre mí desde hacía más de diez años. Durante el vuelo, la intuición tomó cuerpo, primero se transformó en una decisión irrevocable y después en un plan bien definido, de modo que, cuando pasé el control de la aduana, me encaminé hacia el primer teléfono público. No fue fácil encontrar a la persona que buscaba, pero finalmente lo conseguí. Le sorprendió oírme después de tanto tiempo y se apresuró a preguntarme si tenía problemas. Suspiré y contesté que teníamos que vernos en seguida.

Nos encontramos a la hora de comer en una *brasería* situada frente a la estación del metro de Gobelins. Llegué antes de la hora y pasé un rato observando a las personas que entraban y salían del local.

—Enrico, ¿por qué has vuelto? ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de Luca? —preguntó aun antes de quitarse la chaqueta, usando nuestros nombres de batalla.

Sergio, mi responsable directo en la organización en la época del exilio parisino, se llamaba en realidad Gianni. Había sido siempre un cuadro intermedio y había hecho carrera en Francia sólo porque los peces gordos habían acabado todos en la cárcel, en Italia. Lo miré. Tenía cara de campesino y las manos sucias de grasa. Seguramente trabajaba en algún taller. Toda la vida se había levantado a las cinco de la mañana para llevar a la fábrica su conciencia de clase.

—Luca murió hace ya varios años —le comuniqué—. Lo encontraron jugueteando con la polla de un oficial prisionero y lo dejaron tieso.

—¿Bromeas?

Me limité a mirarlo fijamente.

—¿Y tú? —preguntó en voz baja.

—Yo me harté y he vuelto.

Sergio engulló el sándwich para darse tiempo a reflexionar. Masticó despacio y se bebió de golpe medio vaso de vino tinto. Había entendido que yo era un engorro y que le tocaría a él resolver el problema.

—¿Qué piensas hacer?

Había llegado el momento de jugar mis cartas.

—Vuelvo a Italia. Colaboro con la magistratura y cambio de vida.

Palideció.

—No puedes hacer eso. Ya hemos sido diezmados por los arrepentidos. Hace ya tantos años que lo dejamos, Enrico. La organización ya no existe, ya no hay ninguna organización. La experiencia de la lucha armada se ha acabado.

—Pues entonces ¿qué problema hay? —atajé.

—Tú conoces a un montón de compañeros que jamás han sido identificados. Todos son gente que hoy lleva una vida normal. No merecen acabar en la cárcel.

Me encogí de hombros. Si yo hubiera estado en su lugar, habría puesto cara de malo y habría susurrado amenazas de muerte. Él en cambio se limitó a una sincera mueca de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó pasándose la mano por la cara.

—Me he cansado de esta vida de mierda —contesté con sequedad—. No tengo la más mínima intención de pasar el resto de mi existencia en el exilio, arriesgándome cada día a ir a la cárcel por una mierda de vigilante y cuatro octavillas.

Sergio hizo un último y desesperado intento de apelar a los valores y a los ideales. Lo detuve con un gesto de la mano.

—Encuentra una solución, Gianni —dije llamándolo por su verdadero nombre—. De lo contrario, jodo a todos los supervivientes. Hasta a tu hermana, que no pinta nada. Meto su nombre junto con los demás, digo que me proporcionó el explosivo y los polizontes se lo tragan.

Me levanté y me marché sin ni siquiera mirarlo a la cara, dejando a medias la cerveza y el bocadillo. Era una lástima. Tenía poco dinero y ese día no me podría permitir nada más. Empecé a llamar metódicamente a las puertas de las personas que había conocido durante mi primera estancia parisina. Seleccioné a

aquellas que no tenían vínculos directos con los italianos. Sabía que no tenía nada que temer de combatientes ya retirados, pero la prudencia nunca sobraba. Tenía un pasaporte falso y una condena en Italia. Un soplo, y me habrían encerrado en la Santé, con los vascos y los islamistas. Encontré hospitalidad en casa de una pareja de uruguayos, prófugos de una generación anterior. Él ingeniero y ella psiquiatra. La mujer escuchó comprensiva.

—Una semana —me dijo cuando acabé, levantando el pulgar para ser más clara.

Si estás metido en el fango en una gran ciudad europea y quieres encontrar un sitio donde dormir y tres comidas seguras al día, debes batir científicamente la gran pradera de los solteros. Si además, como quien esto firma, eres un hombre de aspecto agradable y con una gran experiencia en maduritas, las posibilidades de éxito aumentan sensiblemente. Me senté en el sillón y empecé a leer los anuncios del sábado en *Libération*. Por fuerza tenía que moverme en un sector de sanas tendencias progresistas, donde podría presentarme como un combatiente por la libertad del Tercer Mundo. Descarté las anunciantes de menos de cuarenta años y con hijos a su cargo y contesté a una quincena de anuncios con contestador. No podía esperar los plazos del correo. Una semana más tarde, llevé mis cuatro trastos a casa de Régine, en las inmediaciones de la place de la République. Nuestra primera cita había sido en una exposición de fotografía, en una galería privada. Una amiga suya exponía y a ella le parecía morboso quedar allí, ya que habría mucha gente conocida. Llegué decidido a jugarme el todo por el todo. Los demás encuentros habían resultado infructuosos, y me prometí a mí mismo no hacerme el difícil y sacar a relucir todo mi encanto. Pero Régine era un auténtico cardo, y tuve que controlarme para no dar media vuelta y perderme entre la multitud de los Champs-Elysées. Cuarenta y siete años, empleada de un cierto nivel y separada desde hacía tiempo, en su rostro y en su cuerpo se veía que era una mujer que se había abandonado, y que cuando había decidido ofrecerse a los corazones solitarios era ya demasiado tarde para volver a parecerse, aunque fuera remotamente, a la mujer que había sido. Al principio, le pareció

extraño que un hombre diez años menor que ella la cortejara, pero después, las ganas de sexo la convencieron de que aprovechara la ocasión. Para mí fue más fácil hacerle creer que estaba viviendo una gran historia de amor que follármela, pero al final ella misma me propuso una convivencia de prueba con la excusa de que necesitaba una casa y que en París no sería fácil encontrarla. Resultó ser una amante llena de atenciones y me instaló con todas las comodidades. En realidad, era una mujer insignificante, tan fea como su vida. Era imposible que, en lo más profundo de su corazón, no dudara de la montaña de mentiras que le soltaba continuamente. Pero la soledad la hacía vulnerable, ciega y sorda. El poco sentido común que le quedaba la hizo encerrar bajo llave el dinero en efectivo y las joyas.

Ese escarnio duró un par de meses. Finalmente, Sergio encontró la solución. Me convocó en la misma *brasería* de la cita anterior. Me lo encontré ya sentado, con la mirada clavada en un cuarto de tinto. Parecía el anuncio de una taberna. Tal vez estaba recordando la que tenía debajo de casa, en Italia, donde tiempo atrás pasaba una horita después del trabajo, limpiándose la boca de los sabores de la herrería y discutiendo de política, hablando mal de los jefes y de los dirigentes del partido que habían traicionado la causa.

Me senté sin saludarlo.

—¿Y bien?

—Lo hemos comentado y hemos decidido hacerte una propuesta —comenzó—. Tu condena es definitiva, y la única esperanza de que salgas airoso es la revisión del proceso. Hemos convencido a un compañero condenado a cadena perpetua para que confiese la participación en el atentado en tu lugar. Dirá que es un caso de conciencia, que ese día él estaba con Luca, y proporcionará una serie de detalles verosímiles. Según los abogados, tendría que funcionar, pero debes resignarte a estar un tiempo en la cárcel.

—¿Cuánto?

—Dos, tres años, el tiempo que dure el proceso. Por otra parte, para hacer creíble el caso de conciencia, el compañero debe confesar una vez que te hayas entregado. Después están los cargos por asociación, pero por ésos ya cumples mientras esperas la revisión.

Aquello no era lo que yo quería. Encendí un cigarrillo.

—Demasiado —dije.

Sergio sacudió la cabeza.

—Aunque te arrepientas y lo desembuches todo, algo de cárcel te harán pasar. Los abogados dicen que esta oferta es la más conveniente disponible en el mercado de las infamias.

—No me provoques —repliqué tranquilo—. Me despido de la empresa y sólo estoy negociando el finiquito.

Pedí una cerveza y seguí fumando, sopesando la propuesta.

—De acuerdo, me entregaré en la frontera.

Sergio soltó un suspiro de alivio. Sacó una libreta y una pluma del bolsillo.

—Escribe lo que recuerdes de aquella noche, sobre todo los detalles. La confesión debe ser precisa.

Mientras escribía, me preguntó si quería saber qué habían dicho sobre mi traición los demás, los compañeros y los amigos de tiempo atrás.

Sonreí.

—Ya lo sé, los conozco bien. Me habrán llamado pedazo de mierda y habrán clamado venganza: un tiro en la nuca o un golpe de piolet, como a Trotsky. Palabras huecas, palabras huecas que añadir a todas las demás.

—¿Ni siquiera te interesa saber quién es el compañero que pagará en tu lugar?

—No, ya lo leeré en los periódicos. Y, además, si lo hace, debe de ser porque no tiene otra elección. Apuesto a que entre los nombres que yo hubiera podido dar está el de alguien a quien él quiere mucho.

Cerré la libreta y tiré un billete sobre la mesa.

—Realmente merecerías morir —dijo Sergio, serio.

—No seas patético. —Me marché con la certeza de que no volvería a verlo.

Un par de semanas después, forcé con un destornillador el cajón del escritorio de Régine, cogí joyas y francos y salí para siempre de su vida. Al día siguiente iba a entregarme a la policía italiana, y tenía intención de divertirme un poco antes de acabar en la cárcel. Por poca pasta le vendí las joyas a un perista argelino de Barbes. En la Gare de Lyon tomé un tren para Niza. Elegí un hotel de lujo, una

puta cara, un buen restaurante y, cuando me desperté a la mañana siguiente, no tenía ni un franco en el bolsillo. Llegué a la frontera en autostop.

Antes de llevarme a San Vittore, los polizontes me hicieron hacer una parada en la DIGOS[1] de la comisaría de Milán. Me encerraron en una sala destinada a interrogatorios. Un montón de colillas en el suelo, alguna que otra salpicadura de sangre y bastantes regueros de café en las paredes verdosas. A los polizontes les gustaba echar vasos de papel llenos de asqueroso café encima de los sospechosos para demostrar que estaban cabreados y que no se tragaban las gilipolleces que éstos intentaban colarles. Yo, en conjunto, estaba tranquilo. Me había entregado en manos de la ley. No me podían tocar mucho los huevos. Entró un tipo con mi expediente bajo el brazo. Era alto, grande, con cara de carroñero y un traje de buen corte. Bajé la mirada hacia los zapatos. Inequívocamente caros. O era de familia rica o era corrupto. Opté por la segunda hipótesis y me relajé.

Tiró el legajo sobre la mesa y se sentó.

—Me llamo Ferruccio Anedda y soy un pez gordo.

Me limité a un servil gesto con la cabeza. No quería problemas, y a los polizontes les gusta tener la situación bajo control.

—¿Qué te ha hecho volver de Centroamérica? —preguntó, para darme a entender que sabían más de lo que yo podía imaginar.

—He cerrado esa etapa. Quiero pagar mi cuenta pendiente con la justicia…

Me dio una patada por debajo de la mesa.

—Lo sabemos todo. Has chantajeado a aquellos imbéciles de París y habéis puesto en pie una bonita comedia de cara a la Justicia.

Lo miré admirado.

—¿Tenéis un espía en París?

Ladeó la cabeza y me preguntó irónico:

—¿Sólo uno?

—¿Qué queréis?

—Eso es, así me gusta —replicó satisfecho. Después, cambió de tono—: Queremos los nombres de todos los que no han sido nunca

identificados. Sobre todo de los financiadores. De lo contrario, en el momento adecuado, voy a intercambiar cuatro palabras con el presidente del tribunal y lo del vigilante lo pagas todo tú.

—Según los abogados, no me conviene arrepentirme —aventuré para tantear el terreno.

—Eso es, como arrepentido no nos sirves, pues no tenemos ninguna intención de rascar en el fondo del barril. Hace años que la organización está jodida. Simplemente, los ponemos bajo control. Así, si a alguno se le ocurre poner de nuevo en pie la barraca, nos damos cuenta en seguida y nos ahorramos un montón de trabajo.

—¿Y yo qué gano además de librarme de lo del vigilante?

—¿Evitar la cadena perpetua no te parece bastante?

Estiré los brazos.

—Os puedo ser muy útil.

El polizonte resopló.

—Podemos echarte una mano y hacerte la estancia en la cárcel más agradable.

Encendí un cigarrillo y empecé a bucear en mi memoria. Una hora después, la organización estaba definitivamente liquidada. Hubiera podido seguir proporcionando información que había recogido sobre otros grupos en el curso de los años, pero pensé que en esa ocasión habría sido un total desperdicio. Tal vez pudiera serme de utilidad más adelante. Siempre había sido un buen oyente, y el ambiente de la lucha armada italiana había destacado siempre por la absoluta falta de respeto hacia las normas de seguridad. En teoría, éstas eran férreas y capaces de salvaguardar la organización, pero en la realidad los militantes no las respetaban nunca, demostrando una notable debilidad por la cháchara y las confidencias.

Entré en la cárcel antes del anochecer. Me llevaron directamente a la oficina del registro y Anedda murmuró algo al oído de un sargento. El suboficial se volvió para mirarme y me guiñó el ojo. El polizonte de la DIGOS había pasado las consignas. Tendría que hacer de espía también para los funcionarios de prisiones. Un policía me cogió del brazo y me llevó a un mostrador, donde abrió un libro de registro de aspecto decimonónico.

—¿Apellido?
—Pellegrini.
—¿Nombre?
—Giorgio.
—¿Nacido en?
—Bérgamo, el ocho de mayo de mil novecientos cincuenta y siete.
El guardia dejó de escribir.
—El ocho de mayo —repitió. Y después se dirigió a los demás—: Éste nació el mismo día en que murió Gilíes Villeneuve.
—No lo sabía. ¿Cuándo fue?
El poli me miró asombrado.
—Hace diez años, en mil novecientos ochenta y dos. La desgracia más grande en la historia del automovilismo. —Señaló una pared donde habían instalado un pequeño altar con la foto del piloto de Fórmula 1 y otros valientes de Ferrari. Después, apoyó el índice contra mi nariz—. Aquí todos somos hinchas del Milán y de Ferrari, ¿entendido?
En San Vittore me integré en seguida. Campar sin problemas no era difícil, bastaba con respetar las reglas no escritas y pasar de las demás. Me pusieron a trabajar como barrendero. Tenía que barrer el pasillo de la sección y mantener los ojos abiertos, sobre todo con los extranjeros. De vez en cuando, me llamaban a un cuartucho que había junto a la garita y me pedían información sobre algunos detenidos. Había entendido que el truco era hablar mal de aquellos que no despertaban simpatía en la dirección, aunque no hubieran hecho nada. A veces inventaba cosas, otras contaba lo que había visto. De vez en cuando reaparecía Anedda para obtener más información o alguna aclaración. Si necesitaba algo, negociaba sobre la compensación y el polizonte tenía manga ancha. Con el tiempo, se habituó a traerme una botella de *whisky*. Las suyas eran mis únicas visitas. Mi familia no vino nunca a verme. Habían renegado de mí el día en que huí a París. Las maldiciones de mi padre me habían perseguido a lo largo de la escalera de nuestro edificio, mientras bajaba a la carrera sin volverme hacia atrás ni una sola vez. Al principio sufrí mucho, pero después, el destino me había llevado lejos y ahora ya casi no pensaba en ello.
Al irreductible que se atribuyó la responsabilidad del homicidio

del vigilante lo conocía bien. Se llamaba Giuseppe, y era uno de los que no se habían arrepentido y habían seguido siendo comunistas y revolucionarios. Era obrero en la Dalmine, como su padre y su abuelo. Sindicato, partido; Lenin, Togliatti y Berlinguer colgados en la cocina. Después, había tomado un camino distinto, entrando en la clandestinidad. Lo había traicionado un arrepentido, pero él sólo abrió la boca para decir, en puro dialecto bergamasco, que era un prisionero político.

En París, seguramente habían roto la hucha. Me consiguieron un abogado que tiempo atrás había militado en el Soccorso Rosso[2] y que ahora había emprendido una sólida carrera afiliándose a una nueva fuerza política de centro derecha. Me dijo que había aceptado el caso porque las revisiones estaban de moda, proporcionaban un montón de publicidad y, en mi caso, había perspectivas de éxito reales. Se mostró hábil también en las relaciones con la prensa y de mí se ocuparon los diarios y alguna que otra publicación gráfica. Mientras tanto, los días pasaban, y empecé a plantearme el problema del futuro. Para no salir con los bolsillos vacíos, me dediqué a pequeños tráficos con la cobertura de algunos agentes. Durante una temporada cogí bajo mi protección a un travesti brasileño. Los días alternos, cuando había turno de duchas, le organizaba una sesión de chapas, no más de cinco para evitar llamar la atención. Una cajetilla de Marlboro por una mamada, dos por una enculada. A él le correspondía el diez por ciento y la seguridad de que nadie le cortaría la cara. Los guardias lo visitaban en la celda alrededor de las cuatro de la mañana. Pero eso no era asunto mío, entre otras cosas porque no había nada que ganar: el personal penitenciario no pagaba nunca. En aquella temporada, hice también un montón de contactos interesantes. Muchos profesionales de diversos campos del crimen me ofrecieron su amistad. En otros tiempos, un insociable, para colmo sospechoso de ser confidente de los polizontes, habría sido acuchillado en cuanto sacara la nariz de la celda, pero ahora ni siquiera la cárcel era como antes.

El proceso judicial siguió su curso, lento pero inexorable. El Tribunal de lo Penal admitió la instancia de revisión y envió el expediente al Tribunal de lo Criminal de Apelaciones de Milán. En el proceso, Giuseppe evitó cuidadosamente mirarme a la cara. El

abogado, durante la alegación, explicó al tribunal que su actitud respecto a mí se debía a la vergüenza que sentía por haberme obligado a vivir prófugo por el mundo. Cualquiera se hubiera dado cuenta de que era sólo desprecio. Pero los años setenta eran historia vieja en las salas de los tribunales. La sesión del consejo duró un par de horas, el tiempo de escribir el fallo de la sentencia. Fui absuelto. Me quedaban por cumplir aún un par de meses por pertenencia a banda armada y finalmente saldría de aquella pesadilla. Había comenzado muchos años atrás, cuando Sergio me había convocado en un bar de la periferia y me había propuesto entrar en la organización. Clandestina, comunista y combatiente.

Una mañana me dijeron que entregara en el almacén colchón, sábanas y demás útiles. Hacía poco que había cumplido treinta y ocho años. A la salida me encontré con Anedda.

—Acuérdate de que eres propiedad de la DIGOS de Milán —dijo en voz alta.

—Estoy retirado —repliqué enojado.

El polizonte me empujó con fuerza contra la pared.

—Me debes un montón de favores, y no te olvides nunca de que otro está cumpliendo cadena perpetua en tu lugar.

Me aparté de él y empecé a caminar siguiendo el muro que rodeaba la prisión. Observaba la libertad desde el otro lado de la calle, pero no me sentía aún listo para tomar posesión de ella. Después, a la altura de la torrecilla, crucé.

Flora

La nostalgia por mi país y por la vida despreocupada de antaño se había condensado en un recuerdo de infancia. Mis abuelos paternos, que vivían a las afueras de Bérgamo, siempre que venían a vernos nos traían un regalo, a mí y a mis hermanas, una caja de Otello Dufour. Los bombones más buenos del mundo. Yo cogía un puñado de aquellas delicias y me refugiaba en la habitación o en el jardín, con un libro de Salgari, y los desenvolvía uno tras otro, depositándolos delicadamente sobre la lengua, dejando que se deshicieran despacio. Durante los años de rebeldía y de cárcel, los momentos más íntimos y conmovedores ligados a mis recuerdos acababan siempre por transformarse en el deseo de un bombón de chocolate y licor. Cuando uno está en prisión, piensa siempre en lo primero que hará cuando esté en libertad. Mi deseo se llamaba Dufour. Me metí en la primera pastelería y compré una caja. Pero en cuanto la abrí, me di cuenta de que algo no funcionaba. La forma de los bombones era redonda y no ovalada, y su superficie ya no era de chocolate liso y negro como el misterio, sino más clara, y salpicada por pedacitos de avellana. Me metí uno en la boca y descubrí con horror que ya no tenía nada que ver con los Otello de tiempo atrás. Me sentí traicionado y hasta me dieron ganas de llorar. Durante años había soñado con algo que ya no existía. Entré de nuevo en la tienda y la propietaria me confirmó que los habían convertido en una especie de chocolatina rellena.

—Ya sabe, los gustos que hoy están de moda —dijo encogiéndose de hombros.

Tiré la caja en una papelera. Estaba decepcionado y preocupado. Pensaba que, si había sido tan desafortunado a la hora de cumplir mi primer deseo al salir de la cárcel, mi vida futura no sería precisamente un lecho de rosas.

También Milán había cambiado. Hormigueaba de extranjeros muertos de hambre lanzados al asalto de la opulenta Europa. Yo me hallaba exactamente en su misma situación. Estaba solo y, tras tantos años de ausencia, me parecía que conocía Italia menos que ellos. Me refugié en una comunidad religiosa que ofrecía ayuda a los expresidiarios. Hablé un buen rato con un cura, un abruzzo coriáceo de la orden de los Mercedarios, que frecuentaba la cárcel desde hacía demasiados años como para contarle milongas. Con él fui sincero:

—Tengo miedo, no sé cómo afrontar este mundo. Ya no es el que conocía.

Me miró fijamente un buen rato.

—En estos años te he estado observando. Eres carroña. De las peores. —Después me dio un par de manotazos en la rodilla—. Pero todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad. Puedes quedarte aquí un tiempo, pero no sueñes con comportarte como en San Vittore.

Le di las gracias y, mientras me alejaba, añadió:

—Y no te molestes en fingir que eres creyente. Aquí no hace falta.

El dinero que había ahorrado en la cárcel se me escurría entre los dedos, y el que ganaba en la comunidad, ensamblando muebles zapateros para una empresa especializada en televenta, no me alcanzaba ni siquiera para cigarrillos. Cada vez que salía, regresaba más pobre. Una casa de comidas para olvidar por un momento la sopa boba cocinada por una pareja de extoxicómanos, y una puta callejera para recuperarme de la abstinencia forzosa de la cárcel. No me podía permitir más. Iba al centro y contemplaba durante horas a la gente y los coches. Por allí se movía un montón de dinero, y mucha gente rezumaba seguridad. Yo, en cambio, me sentía tan sólo perdido. Trataba de ligarme a las cuarentonas elegantes. Milán estaba llena de mujeres como Régine, pero mucho más agraciadas y follables. Dieta, gimnasio, peluquero. Me excitaba aquella necesidad suya de ser siempre competitivas en el plano de la belleza y de la sensualidad. Pero no había manera de llamar su atención. Se me veía en la cara que era un marginado. Busqué trabajo, pero me di cuenta de que entrar en ese circuito me habría jodido para la eternidad. Seguiría siendo un miserable. En mis planes para el

futuro había cosas muy distintas a vivir observando la realidad desde la trastienda de un *fast food* con el pelo apestando a grasa. Dinero, necesitaba dinero para salir del estercolero en el que había acabado. Después, me construiría una posición respetable y pasearía por el centro con la cabeza alta, luciendo un sereno rostro de vencedor. Y no cometería el error de todos los que había conocido en San Vittore: tratar de hacer dinero siendo hampones del carajo. De esa manera, el único final seguro era la cárcel. Sólo tenía sentido arriesgarse a acabar en el juzgado si el dinero era un medio para subir socialmente. Cuando vivía con mi familia, antes de entrar en el movimiento y dejar que me jodieran el cerebro, formaba parte de la Bérgamo aposentada. Recordando cuánto había despreciado y me había burlado de ese ambiente, me daban ganas de abrirme la cabeza contra la pared.

Muy pronto empecé a desesperarme. Ni siquiera era fácil dedicarse a la delincuencia. La ciudad estaba blindada, y todo lo que se podía afanar estaba ya bajo control de bandas procedentes del Este, del norte de África y del Extremo Oriente. El cura me obligó a aceptar trabajo en un bar. Y fue mi suerte. Una mañana, le serví café a un viejo conocido de San Vittore, uno de Bari que había obtenido una reducción de condena denunciando a un jefe de la Sacra Corona Unita[3].

—¿Qué tal te va? —pregunté, observando su traje de buen corte.

—A mí bien —contestó observando a su vez mi reloj de plástico —. Pregunta más bien qué haces tú aquí sirviendo en una barra. Qué desaprovechado. ¿Acaso estás enfermo? Un muchachote como tú podría ganarse el pan de un modo algo más digno, ¿no?

Había empleado un tono ofensivo y me dieron ganas de cortarle la cara con el cuchillo que usaba para los limones. Sin embargo, le sonreí:

—Estoy esperando el momento adecuado.

Se bebió el café y después me llamó con un gesto de la mano.

—He abierto cierto negocio en el Véneto, en la zona de Treviso —me explicó—. Un *lap dance*, un local donde las chicas bailan con las tetas al aire y los clientes babean y les meten dinero en las braguitas. Necesito una persona de confianza para ocuparse de las relaciones entre ellos y las bailarinas. A lo mejor podría interesarte.

—¿El sueldo?

Me enseñó una hilera de dientes manchados de nicotina.

—Bueno, excelente. Te lo aseguro.

—Entonces me interesa —concluí contundente.

Me pasó el tarjetón con la publicidad del local. Se llamaba Blue Sky. Realmente original.

—Preséntate mañana por la noche.

Después, mientras abría la puerta para salir, algo le vino a la cabeza y retrocedió.

—Sé que eres un informador —susurró—. Yo también lo soy. Prefiero puntualizarlo para que así no nos hagamos la puñeta.

El Blue Sky había sido una discoteca. A su alrededor, el campo desierto garantizaba a los clientes cierta discreción. Era una fábrica de hacer dinero donde, como había anunciado el propietario, decenas de chicas extranjeras bailaban moviendo el culo ante los clientes, que alargaban el brazo para meterles billetes en las bragas. No todas eran bellezas. La cara importaba poco. Los criterios de contratación se basaban en el siguiente orden: tetas, piernas, altura y culo. Por doscientos papeles al día tenía que ocuparme de gestionar el tráfico de los clientes que pedían un *privé*. Venían a mí, señalaban a una bailarina y, cuando ésta quedaba libre, yo la enviaba a un *séparé*, donde se exhibiría en exclusiva. De vez en cuando, conseguía alguna que otra propina, y el sueldo no estaba mal, pero ese trabajo tampoco iba a traerme nada bueno. Lo máximo a lo que podía aspirar era a convertirme en propietario de un local similar. Exactamente igual que el de Bari, que lucía oro en cuello y muñecas, y en los meñiques uñas de cuatro centímetros. Un hampón de cuidado. Pero ése no era mi modelo. En cambio, el Véneto me gustaba. Era un lugar de frontera, y todo el mundo tenía la posibilidad de construirse un futuro propio de vencedores. Bastaba con un poco de inventiva, ganas de hacer cosas y ningún miedo a dar por el culo al prójimo. El primero de la lista, el Estado y sus impuestos de los cojones. Conocí a gente que andaba con remiendos en el trasero, había encontrado el negocio adecuado y ahora el trasero lo apoyaba en el asiento de cuero de un Mercedes y se gastaba un millón en chicas cada noche. Al tercer mes de esa historia, decidí jugársela al de Bari. El asunto era arriesgado,

porque el tipo era listo, atento y desconfiado, condiciones indispensables para que no te falten al respeto. Para ahuyentar cualquier duda, exhibía en público a sus dos gorilas rumanos, exmineros robustos y crueles. Habían estado al servicio de Mirón Cosma, el jefe de los «hocicos negros», que había llevado a sus mineros a Bucarest para dar una lección a los estudiantes rebeldes. Esos dos no habían vuelto nunca más a sacar carbón y habían cruzado la frontera en busca de fortuna. Me convencí de que era más listo que él y empecé a sisar en los números de los *privé*. El primer movimiento fue favorecer a las chicas que me daban un porcentaje. El diez por ciento de cada cliente, lo que significaba otras trescientas o cuatrocientas mil liras por noche. A continuación, dado que era yo quien llevaba las cuentas de los servicios y el dinero de los clientes, cuando las veladas eran más bien animadas y las bailarinas superaban los veinte servicios, «olvidaba» apuntar a un cliente y me quedaba el dinero. Durante el fin de semana, llegaba a ganar incluso un millón por noche.

Un sábado, poco antes del cierre, una eslovena deslenguada me hizo señas para que la siguiera al camerino y allí me montó una escena, gritándome que quería que le devolviera su dinero o si no se lo soltaría todo al propietario. Obviamente, estaba preparado para afrontar una situación parecida, y reaccioné con rapidez. La golpeé en la boca del estómago porque, como me habían explicado los dos rumanos, las putas están acostumbradas a los bofetones y los aguantan bien. La chica cayó al suelo. Entonces la agarré por el pelo, la obligué a arrodillarse y le metí la polla en la boca. Noté que se relajaba pensando que el trance le iba a salir barato. La dejé hacer. Después la levanté de repente, le di la vuelta tirándola contra la pared, le arranqué el tanga y la sodomicé. Intentó liberarse, pero le endilgué dos puñetazos en los riñones que la hicieron desistir.

—Cuéntaselo a las demás —le dije al final, abrochándome los pantalones—. Y no te olvides: quien no está en mi bando vuelve a casa. Conozco a los policías adecuados. ¿Lo has entendido?

Agachó la cabeza. La cogí por la barbilla.

—Pero tú no debes temer nada. Te perdono y no te llevo a la frontera.

—Perdona, no quería crear problemas —soltó entre lágrimas.

—Muy bien, un poco de educación no está nunca de más —dije

dándole un papirotazo en la cara. La muy burra se lo había tragado de lleno. Por otro lado, apenas tenía diecinueve años, y hacía poco que había llegado. Soñaba con bailar en Las Vegas y que le llenaran las bragas de dólares. Tonta como era, no iba a conseguirlo nunca.

Con el montón de dinero que reuní podía permitirme alquilar una casa en el pueblo. Hasta entonces había vivido en una habitación en el piso de encima de la discoteca. Obviamente, mi nueva vivienda me la proporcionó un cliente propietario de una agencia inmobiliaria. En el local las cosas funcionaban así. Cuando alguno de nosotros necesitaba algo, se dirigía al cliente adecuado. En el pueblo nos conocían, incluso aquellos que nunca habían puesto un pie en el Blue Sky, y en público hacían gala de un comportamiento moralista, tratándonos con desprecio. Se comportaban como en tiempos de sus abuelos, como auténticos pueblerinos mojigatos. Incluso la viuda Biasetto, la mujer de la limpieza, se permitía hacer comentarios. Pero a los clientes los teníamos cogidos por las pelotas. Y lo sabíamos todo de ellos, porque se confesaban más con las chicas que con el párroco. En cuanto tomé posesión de la casa, un chalet adosado que decoré con poco presupuesto gracias a los numerosos comerciantes y fabricantes de muebles a los que les gustaban los *privé*, empecé a frecuentar el pueblo sin preocuparme por las miradas de la gente. Hubiera podido permitirme incluso un automóvil decente, pero ésos llaman la atención, sobre todo a los carabineros, que me paraban cada vez que se tropezaban conmigo. Cuando me pedían la documentación y veían que había sido un peligroso terrorista, aprovechaban para registrarme el coche e interrogarme sobre los negocios del de Bari. Esperaban pescarme con algo de la cocaína que circulaba a mares por el local, pero yo no era tan estúpido. Así pues, tuve que conformarme con un Panda de segunda mano. Al volante de aquel utilitario, daba la impresión de ser el último de los recaderos del Blue Sky. Me consolaba soñando con el pedazo de coche que algún día me compraría.

Una tarde de invierno, paseando bajo los soportales, me detuve a mirar el escaparate de una tienda de zapatos. Pertenecía a un comerciante al que le gustaban las bailarinas y esnifar. En la caja vi a una mujer de unos cuarenta años, rubia, nariz respingona, labios gruesos y ojos azules. Cambié de escaparate para observarla mejor.

Llevaba un traje de chaqueta negro muy ajustado y zapatos con un tacón vertiginoso. Entré para probarme un par de mocasines que no necesitaba para nada. Me las arreglé para que me atendiera ella. Tenía unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y una expresión dura de mujer que ha logrado el bienestar a codazos. Descubrí que se llamaba Flora. La cortejé un poco y compré los zapatos. Volví en los días sucesivos y, cuando no estaba el marido, aprovechaba para entrar e intercambiar algunas palabras con ella. Cada vez se mostraba menos amable. Una mañana miró a su alrededor para comprobar que no hubiera clientes y me dijo con claridad meridiana que evitara importunarla. Habló en dialecto y usó expresiones duras como bofetones. Refunfuñé unas palabras de disculpa y salí por la puerta. Pensé que la olvidaría, pero día tras día, Flora se convirtió para mí en una obsesión. Me dormía y me despertaba pensando en ella. Una noche vi al marido en el local. Buscaba cocaína a crédito y, en ese momento, supe cómo iba a conseguir acostarme con su mujer. Empecé a proveerle droga y chicas asegurándole que podría pagar con comodidad. Se dejó utilizar como un verdadero idiota. Después, un día fui a buscarlo a la tienda. Lo llamé con un gesto de la mano. Estaba también Flora, a la cual guiñé el ojo.

—Tu deuda asciende a veinte millones. Ha llegado el momento de saldar cuentas.

El comerciante palideció.

—No los tengo, tendrás que tener paciencia.

—Yo tengo toda la paciencia que quieras —mentí fingiendo comprensión—. El problema es mi jefe. Ya sabes de qué pasta está hecho, es un meridional del carajo y, cuando uno no paga, se mosquea. Recibirás una visitita de los rumanos, que te romperán los brazos y las piernas. Así es como funciona.

—Ayúdame, te lo ruego —gimoteó desesperado.

—Dentro de una semana, la deuda se doblará. Ya sabes cómo son estas cosas, ya no eres un niño.

—Ayúdame, somos amigos.

Fingí mirar al interior de la tienda.

—¿Quién es esa señora tan guapa? —pregunté señalando a Flora.

—Es mi mujer —contestó él sorprendido.

Le cogí el brazo y se lo apreté con saña.

—Pues ahora ya sabes cómo te puedo ayudar.

Solté la presa y me alejé.

Esa noche, el comerciante no se dejó ver. Algunos días después, saliendo del local a las cuatro de la madrugada, un coche llamó mi atención con las luces. Me acerqué. Era el Hyundai Coupé de Flora. Bajó la ventanilla.

—Te sigo hasta tu casa —dijo sin ninguna emoción.

Hice que se acomodara en el salón. Se quitó la chaqueta de piel.

—¿Me follas aquí o en la cama? —preguntó en un tono desagradable.

—Vete —la rechacé cabreado—. Dile a tu marido que mañana queremos los cuarenta millones o aparecerán los rumanos. En la tienda. Así todo el pueblo sabrá que se ha gastado el dinero en putas.

Levantó los brazos en señal de rendición.

—Perdona.

La nena se iba dejando domesticar. Decidí aumentar la dosis echándola de casa.

La dejé a la intemperie durante unos veinte minutos. No se movió de allí, siguió llamando al timbre.

—Vete —repetí por el interfono.

—Déjame entrar. Podría verme alguien.

Apreté el botón y me dirigí hacia el sofá. Cuando entró, le hice un gesto para que se acomodara a mi lado. Le acaricié la cara con el dorso de una mano, después metí la otra bajo la corta falda de piel y me puse a juguetear con la goma de las medias.

—Has venido a mí como una zorra. —Me reí burlonamente para insultarla.

Bajó la cabeza.

—Es lo que tengo que hacer para salvar nuestra tienda y nuestra reputación. La mía y la del imbécil de mi marido. A propósito, ¿cuánto se supone que va a durar esta historia?

—Hasta que tu hombre salde la deuda. Sin intereses, obviamente. Ésos los pagas tú.

—Con una condición: mi marido no tiene que volver a poner los pies en ese local.

—De acuerdo —acepté. En realidad, ya lo había pensado. Era

evidente que no podía arriesgarme a que una noche, hasta las cejas de coca y alcohol, el tipejo se pusiera a contar por ahí la historia de las deudas. El propietario se hubiera enterado en seguida.

Me acerqué para besarla.

Me rechazó.

—No, nada de besos.

Su rechazo me excitó aún más. La obligué a mirarme a los ojos.

—Ahora tú y yo nos morreamos como dos adolescentes en su primera cita; de lo contrario, rompemos el trato.

La historia con Flora me jodió la concentración. Tenía siempre la polla dura pensando en ella y, cuando no podía esperar a la noche, me presentaba en la tienda durante la pausa de la comida, esperaba a que las dependientas se marcharan y después me la tiraba entre las pilas de cajas del almacén.

Al local llegaron dos rumanas, pero no caí en la cuenta y les impuse también a ellas el porcentaje sobre los *privé*. Como era de suponer, en seguida fueron a contárselo a sus gorilas. Al final de la noche, el de Bari se acercó sonriente y me dijo que me reuniera con él en la oficina. Allí los dos rumanos me rompieron el brazo izquierdo. El hueso hizo un ruido de rama quebrada y el dolor fue insoportable. Vomité sobre la moqueta. Una debilidad que pagué con un puñetazo sobre la fractura. Después hicieron que me sentara en la butaca que había frente al propietario.

—Debo admitir que se te había ocurrido una trama ingeniosa —me felicitó éste mirándose las uñas de los meñiques—. Y las personas inteligentes merecen respeto. Por eso les he dicho a los rumanos que te hagan sólo un poco de pupa. En el fondo, las chicas ya ganan bastante. Seguirás quedándote los duros de un *privé* de cada diez. Sólo que los meterás en la caja. La próxima vez que te pille con las manos en la masa, acabas bajo tierra. Los chicos son buenos cavando agujeros profundos.

Miré a sus dos gorilas. Primero me matarían a palos y después cogerían las palas del maletero del coche.

—De acuerdo, me portaré bien —prometí, aliviado por que el propietario no supiera nada de mi chantaje al comerciante de zapatos. De lo contrario, me habría destrozado el otro brazo y

hubiera tenido que decirle adiós a Flora y a los veinte millones que, fuera como fuese, un día u otro acabarían en mi bolsillo.

La noche siguiente, las bailarinas empezaron a dirigirme miradas de suficiencia y alguna que otra sonrisita desdeñosa. Para restablecer el orden tuve que montar una escena en los vestuarios y tirar contra la pared algunos botes de cosméticos.

Volví a ganar sólo doscientos papeles al día, y la perspectiva de encontrarme nuevamente con los bolsillos vacíos, me obligó a aguzar el ingenio. Todo ello a pesar del pensamiento fijo de Flora. Esa mujer me detestaba. Jamás de los jamases se hubiera acostado conmigo voluntariamente. Y ése era precisamente el aspecto excitante de la aventura. Me impuse no pensar en ella mientras trabajaba y muy pronto empecé a resolver mis problemas financieros. El propietario de un taller donde hacían falsos encajes florentinos me pidió que le echara una mano para ayudarle a que entraran clandestinamente en Italia un grupo de bordadoras búlgaras. No me costó y me pagaron espléndidamente. Corrió la voz y otro par de jefecillos, que confeccionaban vaqueros para una marca anunciada en televisión, necesitaban mano de obra china. Se trataba de conducir una furgoneta de Milán a Treviso, y el sobre que hice que me dieran como anticipo estaba repleto de billetes de quinientos mil. El dueño de un vivero me propuso envenenar los tanques de un competidor. Cuando vertí la sustancia, el agua empezó a borbotear y la superficie se llenó de truchas patitiesas. Lo hacía siempre todo con calma y no tenía nunca miedo. Sólo pensaba en el dinero.

El Blue Sky obviamente era frecuentado por el hampa, italiana y extranjera. Pero con ésos no quería tener nada que ver, y siempre me había limitado a relaciones educadas pero formales. De todos modos, los tenía siempre controlados y muy pronto me di cuenta que los clientes honestos y los hampones se entendían perfectamente. A menudo, asistía al cierre de negocios. En concreto en el campo de los seguros: incendios de naves industriales, robos a los TIR, hurtos. Delitos o percances en perjuicio de mercancías inexistentes. Las fuerzas del orden controlaban el local, pero también para ellos había un buen pedazo de pastel. La filosofía del de Bari se basaba en fajos de billetes e información. El primer dinero de verdad lo hice arruinando a un padre de familia a quien

le gustaban las bailarinas, pero tenía la desgracia de vivir de un sueldo de empleado de la agencia tributaria. La primera vez llegó acompañado por un par de industriales de la zona. A mí ya me habían avisado y había preparado una serie de números de *privé* con las chicas más bonitas. Quedó claro inmediatamente que al tipo le gustaba una dominicana alta y esbelta. Organicé en seguida un baile exclusivo para el señor. A la chica le dije que le hiciera un trabajito con la boca que los dos acompañantes pagarían bien. Pronto se convirtió en un asiduo del local. Al principio gastaba sólo lo que se podía permitir, y me costó bastante convencerlo de que podía darle crédito a un interés cero. «Es como comprar un automóvil a plazos», le decía sonriendo. Al final cedió y, cuando la cuenta se hizo insostenible para sus finanzas, los dos industriales le explicaron el plan para sanear sus deudas imponiéndole cerrar los dos ojos acerca de la contabilidad de sus fábricas. También él, como el marido de Flora, se había dejado engañar. En todo el tiempo que estuve trabajando en el Blue Sky, vi a muchos como él. Además de los ingenuos y los idiotas, siempre he pensado que había gente que no veía el momento de dejarse corromper. La trampa de las bailarinas o de la cocaína representaba sólo la ocasión para dar el salto y disfrutar de la vida.

El local era un mundo aparte que existía sólo de noche y de día se desvanecía. Con el tiempo, empecé a temerlo. Si hubiera seguido trabajando allí me habría quedado para siempre. Habría confundido la realidad con aquella falsificación hecha de luces tenues y de los rostros maquillados en exceso de las bailarinas. Cuando conté mis ahorrillos y vi que ascendían a una sesentena de millones, pensé que quizá había llegado el momento de cambiar de actividad. Pero no era fácil dejar al de Bari. No bastaba con decirle que me despedía. En su mentalidad de hampón meridional del carajo, aquella decisión le correspondía sólo a él y, por el momento, yo le resultaba aún útil. Mientras esperaba la ocasión adecuada para resolver el contrato con el Blue Sky, una noche me llamaron los rumanos. Había que dar una lección a cuatro albaneses que habían molestado a algunas bailarinas en el pueblo. Intenté convencerles para que no me incluyesen en la expedición de castigo, pero me di cuenta de que si hubiera insistido demasiado aquellas dos bestias me habrían aporreado como a un tambor. Subimos a un coche

robado. Uno de los dos me dio un bate de madera. Los albaneses vivían en una casucha en las afueras, entre viñas y campos de soja cubiertos de escarcha. El plan de los gorilas era sencillo. Tirar la puerta abajo, entrar gritando y repartir hostias a diestro y siniestro. La suerte me reservó al único albanés armado con un cuchillo. Intenté abrirle la cabeza, pero evitó el golpe, que acabó sobre su rodilla derecha. Se desmayó del dolor. Uno de los rumanos me gritó que lo golpeara en la cara. Le asesté tres golpes con rabia. Ya en casa, tuve que tirar los pantalones, llenos de sangre. El suceso ocupó una pequeña nota en los periódicos locales. Uno había muerto con una sien aplastada. Tal vez era al que yo había golpeado. Quizá no. Los albaneses eran de lo peor y en el bar, en el pueblo, lo celebraron con una ronda de *prosecco*[4].

Una noche, después del trabajo, encontré a Flora esperándome delante de casa, dentro del coche. Me acerqué sonriendo. Ese día no teníamos que vernos y, por un momento, me imaginé que deseaba estar conmigo. Bajó la ventanilla y me sonrió como no lo había hecho nunca. Con una mano cubierta por un guante negro me entregó un sobre.

—Aquí tienes los veinte millones. Está todo. Finalmente podemos decirnos adiós —dijo contenta.

Me quedé de piedra. No quería renunciar a ella, al poder que ejercía sobre su cuerpo.

—Flora…

—Y una mierda Flora —me interrumpió con rabia—. Ahora sal de mi vida.

Encendió el motor y desapareció en la noche. Sabía que la había perdido para siempre. Si hubiera insistido, ella habría ido a quejarse al de Bari y yo habría acabado metido en un problema serio. Entré en casa. Con un cuchillo levanté los azulejos de debajo del fregadero y añadí el dinero a mis ahorros. Ochenta millones. La cosa empezaba a ir bien.

Al día siguiente, fui a pasear por el centro. Cuando pasé frente al negocio de Flora, ni siquiera me acerqué al escaparate. Estaba de nuevo a la caza de una amante y batí la zona con método y paciencia. Pero una mujer bella y sensual como ella no la encontré en ninguna parte.

Aquella noche, tras una jornada floja y poco movida, salí del

local un poco antes. Fui a un *night club* de Jesolo, donde me habían dicho que trabajaba una *entraîneuse* inglesa que pasaba de los cuarenta. Me llevé una desilusión. Era una larguirucha delgada y de pecho plano. Tenía su clientela, pero no era mi tipo. La invité a tomar algo, dejé que me contara algunas chorradas y después regresé a casa. De vez en cuando, me daban ganas de ir a ver a Flora, pero el miedo me hacía desistir. Sólo eso. Porque de otro modo hubiera hecho cualquier locura con tal de estar de nuevo con ella.

Tuve una historia con la viuda de un *boss* de la mafia milanesa. Muerto el marido, asesinado en una cárcel especial, había perdido poder y dinero, y se buscaba la vida haciendo servicios en los hoteles. Representaba el papel de bella dama, fina y con clase, y se dedicaba a los representantes cincuentones; barrigones calvos de cartera abultada. Fui yo quien la abordé tras observarla intentar ligarse inútilmente al propietario de una quesería del Valle de Aosta. Le propuse que tomáramos algo juntos.

—¿No te parezco un poco madurita para ti? —preguntó asombrada.

La observé. Tiempo atrás debía de haber sido una mujer bellísima, ahora era una cincuentona en lucha con el tiempo y las arrugas para no tener que acabar haciendo la calle por treinta papeles el polvo.

—¿Vienes a tomar algo o te vuelves con el quesero? —la atajé.

Era una tipa experimentada y simpática. Charlaba con desenvoltura, ingeniándoselas en la conversación para no parecer chismosa e inquisitiva. Mediante alguna que otra pregunta atinada, pude saber que no le iba demasiado bien. Era exactamente de lo que yo quería enterarme. Me excitaba la idea de ver hasta qué punto iba a degradarse y humillarse por un puñado de dinero de verdad. En determinado momento, mientras ella me contaba un par de anécdotas sobre un viaje a Viena, la interrumpí. Acerqué la boca a su oreja y le dije una cifra. Después le pregunté si estaba dispuesta a hacer cierta cosa. Fingió escandalizarse, pero por su expresión yo ya había entendido que la respuesta sería afirmativa. Jugué con su dignidad durante un par de meses. Más de una vez cogió el dinero con los ojos llenos de lágrimas. Una noche me preguntó cómo podía ser tan asqueroso. Después se marchó. Mejor así. También yo me

había cansado, y además aquella historia me estaba costando un riñón. Pero su pregunta me hizo reflexionar. Tenía razón, era un asqueroso, o mejor dicho, carroñera, como me había llamado el cura. Pero eso no me avergonzaba. Era consciente de ello, pero ejercer poder sobre débiles mujeres me ayudaba a vivir, a estar mejor, a sobrevivir. A soportar mi pasado, las vejaciones del de Bari y el ambiente de mierda del local. Al fin y al cabo, se trataba siempre de un intercambio. Nos convenía a ambos. Tiempo atrás no había sido así, pero después la experiencia había alterado mi vida. Yo había cambiado. Y además sentía que algo se había roto dentro de mí. Quizás algún psicoanalista del carajo habría dicho que la cárcel había roto mi equilibrio. En el fondo, la relación entre guardias y reclusos no era tan distinta de la que había impuesto con Flora o la viuda. O tal vez sucedió antes. En París, o en la selva centroamericana. Pero no tenía ganas de pensar demasiado en ello. San Vittore era para mí una mezcla confusa de visiones fragmentadas, ruidos y olores. Concentrándome, hubiera podido racionalizar y reordenar los recuerdos, pero tenía miedo de romperme en pedazos si lo hacía. Había pasado muy poco tiempo. Conseguía encontrarle un sentido a la vida e imaginar el futuro tan sólo colocándome continuamente en situaciones límite. Me gustaba ser una carroña. Finalmente, tenía la posibilidad de convertirme en un vencedor.

Llegó el verano. El volumen de negocio del local estaba aumentando y yo aún no había encontrado la ocasión para desaparecer sin herir la susceptibilidad del de Bari. Un día, el barman me avisó de que un tipo preguntaba por mí. Lo reconocí incluso de espaldas. Lo había visto demasiadas veces por los corredores de la sexta galería empujando el carrito de la lavandería. Se llamaba Francesco Casu, apodado Ciccio Formaggio, porque en sardo su apellido significaba precisamente queso. Pero a Cerdeña iba sólo en verano, a ver a sus abuelos. Había nacido y vivía en Milán. También él se había dejado sorber el seso por los extraparlamentarios y había hecho sus buenas gilipolleces; hasta que lo arrestaron, dándole la posibilidad de arrepentirse. Yo no le tenía ningún aprecio, lo consideraba un desgraciado sin remedio y,

mientras me acercaba, esperé que no hubiera hecho todo ese camino para pedirme un trabajo.

Me equivocaba. El trabajo había venido a ofrecérmelo él: un atraco. Un botín de mil millones, como mínimo.

Lo miré directamente a los ojos.

—¿Por qué has venido a buscarme precisamente a mí?

Alargó el brazo.

—Porque yo sólo tengo el soplo, pero ni la más mínima idea de cómo se organiza un golpe. He pensado en ti por tu pasado en la guerrilla centroamericana. Seguro que eres capaz de organizar una operación militar.

—¿Quién te ha pasado la información?

—Un guardia jurado.

—Ésos son los primeros en cantar.

Bajó el tono de voz.

—Pensaba hacerlo desaparecer de la nómina en el momento de repartir. Un trozo más para todos.

—¿Quién más está al corriente del asunto?

—Aparte de ti, nadie.

—¿El objetivo?

—Un furgón blindado en la provincia de Varese. Cada sábado por la noche, puntual como un tren suizo, pasa a recoger la recaudación semanal de un hipermercado. Bajan dos, abren la puerta de la caja, cogen las sacas y se marchan.

—¿La historia de los mil millones es cierta?

—Sí. Antes te he dicho al menos mil. Según el soplón, nunca es inferior a un millar y medio.

Me terminé el *gin-fizz*, meditando sobre la propuesta. La cifra era una de esas que hacían aceptable el riesgo de volver a la cárcel, sobre todo si éramos pocos para repartir. El guardia jurado sería el primero en morir y después le llegaría el turno a Ciccio Formaggio; demasiado estúpido como para seguir viviendo con un secreto que me afectaba directamente. Respecto a los demás, más adelante se vería.

—Antes de decidirme, quiero ver el lugar y el movimiento.

—No te preocupes, yo me ocupo de eso.

El sábado siguiente, me encontré en el aparcamiento al aire libre de un gigantesco hipermercado, empujando un carrito abarrotado de productos recién comprados. Fingía haber olvidado la fila donde había dejado el coche y, mientras tanto, me fijaba en la puerta de acero encajada en la pared externa, donde se custodiaba el dinero. Según las informaciones de Ciccio Formaggio, debía ser retirado al cabo de pocos minutos.

El furgón blindado llegó puntual al aparcamiento. Eran las ocho y media de la tarde. Los guardias jurados esperaron un par de minutos antes de bajar para asegurarse de que no hubiera movimientos sospechosos en los alrededores. Del vehículo salieron sólo dos, el conductor y el colega que se sentaba a su lado. El tercero se quedó en el interior de la parte trasera para cubrirlos. De ser necesario, habría disparado a través de las troneras. Los dos abrieron la puerta, retiraron las sacas y subieron al furgón en menos de un minuto. Habría sido imposible intentar acercarse, desarmarlos, entretener al otro y alejarse con el botín. La única solución era eliminarlos. Miré alrededor y vi un edificio de cuatro pisos con terrado que distaba un centenar de metros en línea de tiro. Me oculté cerca del portal y esperé a ver si entraba alguien. Llegó una señora con un par de niños. En ese momento salí de la oscuridad llevando unas bolsas de la compra. Mi aspecto, la ropa, la sonrisa abierta y la compra la tranquilizaron y me dejó pasar. Enfilé la escalera y llegué a la azotea. Como había previsto, desde el terrado se tenía una visión perfecta de la puerta. Dos hombres armados con fusiles de precisión podrían eliminar a los dos guardias jurados en el momento en que volvieran a subir al furgón. El tercero quedaría atrapado en la parte trasera y alguna que otra ráfaga sobre las troneras sería suficiente para mantenerlo entretenido. Un coche aparcado llegaría de repente junto a los dos cadáveres y recuperaría las sacas con el dinero. Tiempo estimado de la operación: un minuto. Me fumé otro cigarrillo calculando el número de hombres necesarios para dar el golpe. Además de mí, de Ciccio y del soplón, necesitaríamos dos francotiradores en el tejado y tres hombres en el coche. En total, ocho personas. Calculando que el guardia y Ciccio Formaggio no verían un duro, quedaban seis trozos de pastel. De un mínimo de ciento setenta a un máximo de doscientos cincuenta millones por cabeza. Demasiado poco para correr el riesgo de

acabar con cadena perpetua. Sería necesario reducir el número de aspirantes.

Volví a mi coche y me dirigí hacia Varese, donde Ciccio Formaggio me esperaba en una *sandwichería*.

—¿Y bien? —preguntó con tono aprensivo.

Bebí un largo trago de cerveza helada.

—Para organizar un golpe de tal envergadura hace falta tiempo. Hay que planear la acción, encontrar las armas, los coches, los escondites y, sobre todo, a la gente adecuada.

—¿Cuándo crees que podremos entrar en acción?

—No antes de octubre. —A continuación, lo señalé con el índice —: Participo en este trabajo con una condición: el mando es mío y desde este momento tú haces única y exclusivamente lo que yo te diga.

—De acuerdo, no hay problema.

—Tu trabajo consistirá en relacionarte con el soplón y basta. No te arriesgues a tomar iniciativas de otra clase.

—Eh, amigo —rebatió con tono resentido—. La idea del golpe es mía. Recuerda que si te haces rico se lo deberás únicamente a un servidor.

Lo miré. Ciccio era realmente idiota.

—Perdona, tienes razón, pero hace falta que seamos claros desde el principio. Ninguno de nosotros tiene intención de volver a la cárcel, ¿verdad?

—Verdad.

Pensé que matarlo sería un placer y, sonriendo, le di un golpe amistoso en el hombro.

Mientras conducía por la autopista empecé a pensar en cómo disolver mi asociación con el de Bari. Si me quedaba con él, sería su chico de los recados para siempre. No pretendía joderme la vida, pero para él era sólo alguien a quien explotar y de quien deshacerse cuando ya no le sirviera. Él era un arrepentido y un informador y, como la mayoría de nosotros, había seguido delinquiendo. Participaba en distintos tráficos, pero su punto débil era la venta de cocaína. Los inspectores de la Dirección Antimafia del distrito podían pasar por alto muchas cosas, desde las putas hasta la usura,

pero la droga era uno de los asuntos que los hacía encabronarse de lo lindo y sacar las esposas. De hecho, el de Bari iba con cuidado con la coca. Yo mismo había necesitado algo de tiempo para descubrir quién se la proporcionaba. Pero como todos los hampones, tampoco él conseguía no presumir con las putas que se follaba. A una bailarina venezolana que esnifaba como un oso hormiguero le había prometido un poco de nieve, pero pidiéndole que tuviera paciencia porque ésta no llegaría hasta al cabo de dos días. La chica me había pedido si le podía conseguir un poco durante la espera, poniéndome así al corriente de la llegada de la mercancía.

El día de la entrega lo seguí. A media tarde se encontró con un extranjero de tez olivácea en la sección de moda de unos grandes almacenes de Treviso. Con la vieja excusa de probarse unos pantalones, entraron uno después del otro en el mismo probador. El correo había dejado en él un elegante maletín que después fue recogido por mi jefe. El extranjero volvió a entrar para probarse otro par de pantalones y se llevó entonces el dinero que el otro había dejado. Seguí al traficante hasta un aparcamiento y apunté la matrícula de su coche. Antes de ir a trabajar, me regalé una cena en un restaurante de lujo para celebrarlo. Después de aquello, el de Bari me daba menos miedo.

Para acabar con el trabajo en el local tenía dos posibilidades. Vender al propietario a la Sacra Corona Unita, que hacía ya tiempo que quería arreglar cuentas con él porque había mandado a la cárcel a un *boss* tarentino, o vendérselo a los polizontes. Debía valorar con atención los pros y los contras. Estaba claro que no podía permitirme el lujo de equivocarme. Los de la mafia lo degollarían como a un cabrito o lo llenarían de plomo, eliminando el problema de raíz, pero no estaba nada claro que no intentaran acabar también con un servidor, que un día podría convertirse en un testigo incómodo. La hipótesis de los polizontes era menos peligrosa, pero más compleja. El problema era de qué polizonte fiarse, porque al igual que los hampones, también ellos te usaban y después se deshacían de ti sin escrúpulos. Policías y carabineros lo hacían por desprecio, no por interés. Pese a su sueldo de muertos de hambre, los riesgos y la úlcera, para ellos el mundo estaba dividido entre ciudadanos a los que defender y escoria a la que meter en la

cárcel. Escoria a la que odiar y llenarle de escupitajos la cara y de patadas los huevos. Pero de Anedda, el poli de la DIGOS, sabía que podía fiarme. Había algo en él que siempre me había hecho pensar que era deshonesto. No sólo corrupto, deshonesto. El tipo adecuado con el que formar una sociedad. Ofreciéndole al de Bari en bandeja de plata, le abriría el apetito. El resto se lo propondría después. Puse el intermitente para entrar en una área de servicio. Una meada, un café y un teléfono. Exactamente en ese orden.

Ferruccio Anedda era realmente elegante. No sólo tenía buen gusto, sino que sabía llevar los trajes con naturalidad. Como un verdadero señor. Había conducido trescientos kilómetros y el traje de lino color crema no tenía ni siquiera una arruga. Fui directo al asunto y me escuchó con atención. Al final, encendió el cigarrillo con el que hasta ese momento había jugueteado entre pulgar e índice.

Se metió en el bolsillo de la chaqueta el papel con el número de matrícula del correo y sólo entonces se decidió a hablar:

—Muy bien, Giorgetto Pellegrini. Quieres joder al de Bari y también quieres que yo te permita birlarle la pasta de la coca.

—Ésa la repartimos a medias —puntualicé. Las palabras me salieron de la boca en un tono demasiado agudo. Era el miedo a haberme equivocado con el personaje—. Fama y dinero, dos excelentes motivos para aceptar mi propuesta —añadí, tratando de disimular la tensión.

Anedda era demasiado ducho en el oficio para que se le escaparan esos detalles, y jugó con mi miedo mirándome un buen rato fijamente a los ojos.

—Setenta treinta. ¿Quién te crees que eres para quedarte con la mitad?

Extendí los brazos.

—Pido disculpas.

Nos habíamos citado en un camino rural, en la periferia del pueblo. A pesar de la oscuridad y de las ventanillas bajadas, en el coche del polizonte hacía calor. Como si la carrocería emanara todavía el calor estival absorbido durante el día. Notaba la camisa pegada a la espalda. Odiaba sudar. Él, en cambio, parecía recién salido de la ducha.

—Entonces, nosotros esperamos al de Bari fuera de los grandes almacenes y lo pillamos con la cocaína —empezó a recapitular—. Mientras tanto, tú interceptas al correo en el probador, le das una patada en la cabeza y le quitas el dinero. Ése es tu plan, ¿verdad?

—Sí.

—No está mal. Nos ahorra un montón de molestias. Pero ¿estás seguro de que el intercambio lo hacen siempre en el mismo sitio?

Me quedé en silencio y me miré la punta de los zapatos. No había pensado en esa eventualidad. Me parecía que había vuelto atrás en el tiempo, cuando no verifiqué los horarios del vigilante y a aquel idiota le estalló la bomba entre las manos.

—Te lo pregunto —prosiguió Anedda con un tono frío como el cañón de una pistola—, porque no quisiera trasladar a una patrulla de Milán, inventándome una montaña de gilipolleces para justificar la urgencia y la ausencia de comunicación con los colegas de Treviso, y luego que no haya nada. Es un papel de mierda. Y significa ganarme una bronca del copón. Una de esas que te arruinan la carrera. Y, en ese caso, te jodo, Pellegrini. Puedes estar seguro.

No tenía ninguna duda al respecto. Tenía que decidir de prisa. ¿Anular la operación o garantizar que no habría sorpresas? Decidí arriesgarme. De otro modo, el golpe en el hipermercado quedaría en nada y ya no tenía edad para permitirme arrepentimientos. Sólo podía jugármela. Por otro lado, desde un punto de vista estadístico, era difícil que tuviera dos veces la misma mala suerte.

—No te preocupes, Anedda —dije—, te conseguiré fama y dinero. Te compensará.

En el local, la provisión de coca parecía no acabarse nunca. Controlaba el tráfico a través de algunos clientes que esnifaban. Me debían favores. La tensión me consumía. Una mujer me hubiera sentado bien. Una como Flora. Pero tendría que esperar. Hay momentos en los que es mejor estar solo.

El de Bari no tenía socios, no podía tenerlos. Tras caer en manos de Anedda tendría que decirle adiós al Blue Sky y a la libertad. Sus amigos de la Antimafia no podrían hacer nada. El poli milanés se cubriría las espaldas con una bonita conferencia de prensa.

Periódicos, radio y televisión y él y sus hombres alineados detrás de una mesa donde, a modo de exposición, estaría la coca. A Anedda le había dicho que en el local no había nada interesante. Bailarinas y un par de gorilas. Pero mientras lo estaba diciendo, me vino una idea a la cabeza. Es más, dos. La primera me daba la posibilidad de arreglar cuentas con los rumanos. Cuando llovía, el brazo que me habían roto me dolía, lo que hacía que me acordara de la humillación sufrida. Le conté pues a Anedda que me habían confesado que eran ellos quienes habían matado al albanés en la casucha. El funcionario de la DIGOS aguzó el oído.

—Justo me estaba preguntando qué podría dejar a los colegas de la zona para ayudarles a tragarse el sapo. Resolver un homicidio siempre es una buena publicidad, aunque se trate de un caso sin importancia. ¿Sabes de algo que pueda implicar a esos rumanos?

Sonreí.

—Se deshicieron de los bates y de los martillos tirándolos a un foso.

—Y tú por casualidad conoces el sitio.

Sonreí de nuevo.

La segunda idea tenía que ver con el patrimonio del local, es decir, las bailarinas. El Blue Sky sería precintado, y ellas se quedarían en el paro. Una verdadera lástima. Yo, en cambio, podría ganar una pasta vendiendo a algunas de ellas a las bandas de kosovares que hacía tiempo que rondaban por los locales del nordeste, a la caza de bailarinas profesionales para los locales de Pristina. La gloriosa guerra de liberación hacía mucho que había acabado, pero las tropas de la KFOR[5], la fuerza de paz, no se habían ido aún. Y como todos los soldados, también ellos tenían ganas de divertirse y de follar, de modo que, de un día para otro, la mafia kosovar, emanación directa de la albanesa, había abierto locales de todo tipo. Los *lap dance* eran los más rentables, pero no era fácil encontrar bailarinas profesionales. El mayor obstáculo eran las propias chicas, que por nada del mundo querían acabar en manos de los albaneses. Podría rematar ese pequeño negocio aprovechando el momento de confusión después del arresto del de Bari. No podía hacer desaparecer a todas las chicas, pero cinco o seis podía ser un número razonable. Tendría que ocultárselo a Anedda y arriesgarme mucho, pero las muñecas me proporcionarían

al menos cincuenta millones. Me dirigí a un *night club* que frecuentaba el jefe de los kosovares. Estaba presumiendo con la peonada italiana de ser un héroe de la UCK[6] y un exterminador de serbios. Fingí escucharlo con respetuosa atención y después le propuse el negocio. Aceptó la cifra sin discutir demasiado, dijo que enviaría a alguien a escoger a las chicas y fue tan amable que, cuando salí de allí, decidí que me presentaría armado al cierre del negocio.

Los días pasaban, la reserva de cocaína disminuía y el momento de liberarme del de Bari se estaba acercando. Comprendí que era hora de conseguir un refugio seguro y secreto. Los polis no debían encontrarme en el local y, en cualquier caso, pronto querrían cruzar cuatro palabras también conmigo. Hasta que Anedda no hubiera aclarado con sus colegas mi situación, me convenía desaparecer. Conocía un único sistema para conseguir un cubil seguro. Empecé a leer los anuncios de los periódicos de Lombardía, evitando los de la provincia de Bérgamo y privilegiando la zona de Varese. Quería procurarme un refugio no demasiado alejado del objetivo del atraco. Pero en cuanto supe que el de Bari se encontraría con su proveedor diez días después, renuncié a esa parte del plan, y recurrí a una vieja conocida: la viuda del *boss*. Tenía una casa en Milán, me lo había confesado cuando aún no sabía qué clase de tipo era yo. Fui a llamar a la puerta de su habitación en un hotel de Udine. Estaba entreteniendo a un sesentón que, en cuanto me vio, entendió que lo mejor que podía hacer era vestirse y desaparecer. Ella, en cambio, ni siquiera se tapó. Buscó un cigarrillo en la mesita de noche y se sentó en el borde la cama deshecha.

—¿Qué quieres? —preguntó, pasándose una mano por el pelo.

No contesté. Observé la habitación, miserable y sucia.

—Con todo el dinero que te he dado, podrías permitirte algo mejor.

Ella sacudió la cabeza. A través del movimiento de los cabellos vi cómo una mueca de amargura le deformaba el rostro. Fue cuestión de un instante, pero suficiente para entender que la tenía otra vez en un puño. Mi pasta le había dado tanto asco que se la había jugado toda, hasta la última lira.

—Lo has dilapidado en el casino, ¿eh?

—Quizá. Me bastó con una timba.

No disponía de mucho tiempo. Aumenté la dosis.

—Y ahora estás de nuevo sin un duro, obligada a hacer faenitas a los jubilados.

—¿Qué quieres? —repitió.

—Que cojas un tren, regreses a tu casa de Milán y me hospedes durante un par de meses. Te pagaré bien.

La mujer me miró. Había entendido que buscaba un escondite. Era una viuda del hampa.

—Pero nada de guarradas. Estoy harta de tus jueguecitos —dijo con tono de bruja.

Tal vez la señora se sentía autorizada a pensar que podíamos invertir los papeles, en vista de que yo necesitaba su casa. Aquella tímida rebelión suya me excitó como hacía tiempo que no me sucedía. Miré la piel arrugada de su cuello, los senos caídos, los surcos de la celulitis a lo largo de los muslos. La agarré del pelo y la obligué a tumbarse en la cama boca abajo. De la mesita de noche cogí la botella de Fernet que usaba para enjuagarse la boca después de las mamadas y la apoyé delicadamente entre los glúteos. Mi mano permaneció inmóvil durante un interminable minuto. Quería que fuera absolutamente consciente de lo que estaba a punto de aguantar. Se portó bien. Sabía que era sólo una perdedora, una que, en la escala jerárquica de ese ambiente, estaba en el último lugar. Hizo todo lo posible para darme a entender que había vuelto al redil.

Cuando le comuniqué a Anedda que el intercambio tendría lugar en las próximas cuarenta y ocho horas, me dijo que había identificado al correo a través del número de matrícula. El coche pertenecía a una ciudadana italiana residente en Milán, una antigua zorra retirada. Su compañero se llamaba Jesús Zamorano, boliviano con antecedentes por tráfico.

Esa misma tarde, el poli llegó con su cuadrilla, formada por cuarentones con aspecto de expertos. Pertenecían a la generación del antiterrorismo, y eran de los que nos habían dado caza y habían acabado con nosotros. Nos encontramos en el aparcamiento de una pensión, en la tierra firme veneciana. Anedda me hizo un gesto para que lo siguiera. Me entregó una miniatura a caballo entre un móvil

y una máquina de afeitar.

—Es una pistola eléctrica —me explicó—. La apoyas en el cuerpo del boliviano, aprietas el pulsador y lo dejarás fuera de circulación durante unos diez minutos.

—Hubiera preferido una pistola de verdad.

Resopló impaciente.

—Mejor evitar tiroteos y muertos en unos grandes almacenes. Esto es más discreto.

De repente, lo entendí.

—No tienes intención de atrapar al correo.

—Claro que no, se lo regalo a ciertos colegas de Milán a los que debo un par de favores. En estos casos hay que ser generoso. Para quedar como un rey, basta y sobra con el de Bari.

En el local, la noche era más bien movida y el de Bari sonreía satisfecho por cómo estaban yendo los negocios. Me hubiera gustado saber dónde escondía el dinero. Quizá en el extranjero, pero no me parecía la clase de tipo que está lejos de su pasta. El Blue Sky era una auténtica mina de oro y calculaba que habría ahorrado al menos un par de miles de millones. Una buena parte lo gastaría en abogados, y aún le quedaría más que suficiente para vivir sin problemas. Cuando hubiera salido de la cárcel, claro.

Un tipo me tocó el hombro. Era el kosovar que tenía que elegir a las chicas. Las observó durante un buen rato y después señaló siete.

—Son setenta millones —dije con dureza.

Sonrió conciliador.

—No hay problema, amigo.

Evité mirarlo para no darle a entender que no me cabía duda alguna de que me querían engañar. Querían llevarse a las bailarinas sin desembolsar ni un céntimo y yo, evidentemente, no podía presentarme a la cita armado con la pistola eléctrica que me había entregado Anedda. Me la hubieran hecho tragar. Decidí que si no encontraba una arma más eficaz, dejaría el asunto.

Los últimos clientes salieron del local a las cuatro. Corrí a casa. Preparé las maletas y las cargué en el Panda. Tras algunas horas de sueño, me metí bajo la ducha y me dirigí hacia Treviso. Controlé por enésima vez la carga de la batería del móvil. Anedda tenía que llamarme en cuanto el de Bari se hubiera acercado a los grandes almacenes.

El teléfono sonó poco después de las once de la mañana, mientras yo deambulaba desde hacía rato por la sección de menaje, en el último piso.

—Está entrando —me advirtió el polizonte.

Lentamente, me acerqué a la escalera automática. Desde lo alto vi al boliviano, que avanzaba entre los mostradores de los juguetes. También él, después de una llamada de teléfono, se dirigió hacia la sección de moda.

Una vez más usaron el mismo probador para intercambiar dinero por droga. Cuando el de Bari se alejó con la cocaína, me acerqué a la puerta cerrada detrás de la cual el correo estaba probablemente contando el dinero. Cuando la abrió, le planté la pistola eléctrica en el pecho y el hombre se desmoronó sin un gemido. Entré, cerrando la puerta a mis espaldas. Registré el maletín. Estaba lleno de billetes. Registré a Zamorano y descubrí que debajo de la chaqueta, a la altura del costado izquierdo, llevaba una escopeta de cañones recortados. Una bagatela de unos cuarenta centímetros cargada con cartuchos para la caza del jabalí. El arma ideal para presentarse a una cita de negocios con la mafia kosovar. Salí del probador y me alejé presuroso hacia la escalera. En la calle noté una cierta agitación. Un corrillo de curiosos rodeaba dos coches patrulla de la policía. Llegué al aparcamiento, escondí el maletín y la *lupara*[7] debajo del asiento y conduje hasta el pueblo, bien atento para no cometer ni siquiera la más mínima infracción de tráfico. Llegué al Blue Sky, que a esa hora estaba desierto, y me subí a la furgoneta que se usaba para los transportes más variados. La noche antes había sustraído las llaves, que estaban siempre cerca de la máquina registradora. Empecé a hacer el recorrido por las casas de las bailarinas que habían sido elegidas para exhibirse en el *lap dance* de Prístina. Todas vivían en los alrededores. A medida que llamaba a sus puertas, les contaba que estaba a punto de haber una redada y que el de Bari me había ordenado que las escondiera. A ninguna de las chicas le hizo gracia el asunto, aunque, en el fondo, la historia era plausible. El vehículo no tenía ventanas en la parte trasera, por lo que no podían averiguar adónde las estaba llevando. La cita con los kosovares era en el aparcamiento de un centro comercial, a las puertas de Mestre. El grupito, de cinco personas, era guiado por el tipo que había venido al local. Se acercaron

sonriendo. Entendí de inmediato sus intenciones. Me rodearían, saludándome con gran afecto y uno de ellos me apuñalaría. Discretamente. Un navajazo en el corazón, la hoja clavada con destreza entre las costillas. Después, me sujetarían como a un amigo demasiado borracho para tenerse en pie y me meterían en el coche. Me adelanté a ellos apoyando la espalda en la furgoneta y sacando de debajo de la chaqueta la *lupara*. Los mafiosos se quedaron quietos, con las manos bien a la vista. Auténticos profesionales. El mensaje era claro y significaba una petición de tregua para poder negociar. El sudor me resbalaba por el cuello y la cara, y me entraba en los ojos, que me escocían horriblemente, pero bajo ningún concepto hubiera alejado las manos del arma.

Pasó una pareja con el carrito de la compra, vieron la escena y aceleraron el paso.

—Dinero mañana, hoy no es posible —dijo el jefe.

—Malditos hijos de puta. Queríais engañarme. Largaos o disparo.

Se dividieron en dos coches de gran cilindrada y se marcharon derrapando. Abrí la puerta corredera de la furgoneta.

—¡Fuera! —les grité a las chicas—. El local está cerrado para siempre. Buscaos otro trabajo.

La *lupara* que aún sujetaba entre las manos fue para las bailarinas un argumento decisivo. Huyeron pies para que os quiero sin hacer preguntas. Subí a la furgoneta alterado por la rabia y el miedo. Con la palma de la mano me golpeé la frente. Tan fuerte como para hacerme daño. Qué imbécil había sido. Por setenta millones de mierda había estado a punto de dejarme matar. En el futuro, debía arriesgarme menos. De lo contrario, no tendría ninguna posibilidad de salir airoso.

Francisca

Tenía que salir de casa de la viuda para encontrarme con Anedda, pero no podía dejarla sola con mi dinero. En aquella mierda de apartamento no había encontrado ni siquiera un agujero para esconderlo decentemente. Al viejo putón le hubiera bastado con hurgar en mis maletas para correr a derrochar mis ahorros al casino más cercano. Encontré una solución. Al final, bajé a comprar un biberón en la farmacia y una botella de Fernet en un colmado. La viuda se estaba bañando. Le tapé la nariz y le metí en la boca dos pastillas de somníferos y la tetilla.

—Chupa —le ordené.

Probablemente pensó que se trataba de uno de mis juegos. Obedeció asustada. No veía la hora de que me marchara y la dejara en paz. Me senté al borde de la bañera y encendí dos cigarrillos. Le coloqué uno entre los labios.

—Ni se te ocurra vomitar.

Vi en sus ojos las ganas de soltar una de sus desagradables bromas de costumbre, pero se contuvo. Creo que más por resignación que por miedo. Esperé unos diez minutos. Para evitar que se ahogara, quité el tapón y la bañera empezó a vaciarse.

—Cuando vuelva quiero encontrarte aquí.

—Deja que me vaya a la cama. Dormiré una buena siesta. Mojada corro el riesgo de tener un accidente. Suspiré. Hacer concesiones no me iba.

—No, quédate aquí.

El poli Ferruccio me había dicho que acudiera a la puerta del McDonald's, frente a la estación central. En la mano llevaba bien agarrado el maletín con el dinero. Tenía que ser él quien me diera mi treinta por ciento. Una actitud de jefe de banda más que de

policía. Pero uno empieza como un cruzado y después, con el tiempo, se ensucia las manos, el corazón y el cerebro. Llegó en un Fiat Bravo. Sacó la mano por la ventanilla para indicarme que subiera.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó con satisfacción.

Negué con la cabeza.

—¿Y la televisión? —insistió.

—No la miro y no leo los periódicos. Me importan un carajo.

—Lástima. La operación ha tenido un gran eco y a los colegas vénetos no les ha quedado más remedio que quedarse tranquilitos. El jefe de la policía nos ha felicitado en persona.

Asentí con solemnidad. Anedda aparcó en una calle lateral y poco transitada. Señaló el maletín.

—¿Cuánto hay?

—Doscientos exactos.

Me golpeó en el pómulo con el codo. Un golpe seco, preciso y potente, soltado con la naturalidad de la práctica y el entrenamiento. Se me nubló la vista y apoyé la frente en el salpicadero.

—Me he enterado de un movimiento extraño en un aparcamiento de Mestre —espetó con furia—. Un tipo con una escopeta de cañones recortados apuntando a un grupo de cabronazos, y chicas con aspecto de zorronas que de repente saltaron de la parte trasera de una furgoneta huyendo en todas direcciones como gallinas.

Era inútil negarlo, Anedda me habría destrozado.

—Cometí una tontería.

Usó de nuevo el codo para golpearme en la oreja. Técnicas de interrogatorio. En su larga y honrosa carrera debía de haber triturado a un buen montón de estudiantes y obreros de extrema izquierda. Entendí que necesitaba desfogarse y que sería mejor permanecer callado.

—Querías engañarme, pero como eres un cabeza de chorlito has corrido el riesgo de mandarlo todo a tomar por culo. Si te pillaban los carabineros o la guardia de finanzas[8] acabábamos todos en la cárcel.

Sacó la llave del coche del contacto y me cortó la mejilla. En silencio, cogí el pañuelo y me taponé la herida. Bajé el parasol,

limpié el polvo del espejito con los dedos y me miré el corte. Una laceración de un par de centímetros. Poca cosa. Lo justo para aclarar el presente y el futuro de nuestra relación.

—Necesitas que te den una lección —continuó él en un tono más tranquilo—. En lugar del treinta, tu parte será del diez.

Negué con la cabeza.

—Dame el treinta y te hago entrar en un negocio que te hará rico.

—¿Qué es, otra venta de putas al por mayor? —rebatió con sarcasmo.

—Un furgón blindado.

Encendió un cigarrillo.

—¿Cuánto?

—Mil millones seguro, probablemente mil quinientos.

—Te escucho.

—Quiero el treinta.

—Lo tendrás sólo si la propuesta me interesa.

Lo conté todo, sin omitir un detalle.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó al final—. ¡No pretenderás que me ponga un pasamontañas en la cabeza!

—Por supuesto que no —aclaré con presteza—. Sólo tendrás que decirme a quién contrato para el golpe. Estoy fuera de circulación. O, mejor dicho, no quiero dirigirme a los hampones que conocí en San Vittore. Saben quién soy y, de cualquier modo, no me fío; si algo saliera mal, cantarían en seguida.

—¿Sólo eso?

—Y hay otra cosita, pero no hace falta para dar el golpe. Digamos que es útil para luego ser menos para repartir.

Se rió burlón.

—¿A cuántos quieres eliminar?

—Dos ya están muertos pero aún no lo saben. Lo demás está por decidir. Pensaba reunirlos a todos para el reparto… y con tu ayuda distribuir un poco de plomo.

Sacó la pistola y me apuntó en el costado.

—A lo mejor te dan ganas de matarme a mí.

—A lo mejor la idea es recíproca.

Ferruccio volvió a meter la Beretta en la funda y cambió de tema.

—Entonces quieres que te consiga desesperados, gente sin futuro.

—¿Es complicado?

Estalló en una carcajada.

—En absoluto. Antes eran una rareza, pero ahora los venden a peso. Este país se ha convertido en un cementerio de elefantes: vienen todos a morir aquí.

Recuperó la seriedad y empezó a contar el dinero. Metió mi parte en un sobre de papel y me dijo que desapareciera. Ya me llamaría al móvil. No me preguntó dónde estaba viviendo. O ya lo sabía, o le era del todo indiferente.

Paré un taxi e hice que me dejara a doscientos metros de la casa de la viuda. La encontré aún en el mundo de los sueños. La saqué de la bañera y la deposité en la cama. Volví al baño para mirarme al espejo. Tenía el pómulo hinchado y la herida de la mejilla ya no sangraba. Revolví en el armarito y encontré desinfectante y esparadrapo. Me quedaría una señal. En un ambulatorio un cirujano hubiera podido juntar los bordes de la piel con un par de puntos, pero el corte parecía exactamente lo que era: una chirlo, una cuchillada. Mejor evitar complicaciones. La casa estaba en silencio y me arrellané en un sillón a fumar un cigarrillo. Tenía que resolver el problema del escondite de mis ahorros. No podía narcotizar a la viuda cada vez que saliera. A base de somníferos y Fernet la mataría, y aún era demasiado pronto. Desde luego, tenía que morir. Después del atraco no podía dejar atrás una boca dispuesta a hablar. Por el momento no sabía nada, pero había estado demasiado tiempo en contacto con la mala vida para no asociar mi presencia en Milán con el asalto al furgón. Un golpe millonario con dos muertos sobre el asfalto es una noticia que no pasa inadvertida. Si Ciccio Formaggio iba a ser eliminado por la remota posibilidad de que se le pudiera escapar una palabra de más, sobre la viuda no tenía ninguna duda de que hablaría. Por venganza, por el simple gusto de levantar la cabeza una última vez en la vida. Tendría que encontrar una manera de eliminarla sin levantar sospechas, pues los vecinos seguramente habían advertido mi presencia. Me levanté y empecé a dar vueltas por la casa buscando un escondite. En una habitación encontré un armario demasiado pesado para que ella sola pudiera moverlo. Volví a donde estaba ella y me cercioré de

que dormía. Dividí el dinero en fajos, los metí en bolsitas de congelar alimentos y las fijé con chinchetas en la parte posterior del mueble. Lo empujé de nuevo contra la pared y me aseguré de que las bolsitas no se vieran. No era una gran cosa como hucha, pero no disponía de nada mejor.

Me cambié. La viuda se había despertado, pero fingía dormir para evitar que la molestara.

—Yo salgo, tú quédate en casa mirando la televisión. También te pago para eso.

Cuando estuve en la calle, me di cuenta de que no sabía adónde ir. No tenía ganas de volver a los lugares que frecuentaba cuando era un expresidiario desesperado y sin un céntimo. Empecé a andar sin rumbo. Era una bonita tarde de finales de septiembre y pasé un buen rato mirando los escaparates y la animación. Me metí en un restaurante lleno de gente que comía, bebía y charlaba. Era el único que no tenía nada más que hacer que mirar a su alrededor. Me quedé embobado hasta que el camarero me sirvió el *risotto*. En un momento determinado, el chef salió de la cocina. Por cómo se comportaba, entendí que era también el propietario. Empezó a pasearse entre las mesas preguntando a los clientes si la comida había sido de su agrado. A veces, se sentaba algunos minutos con algunos a cruzar cuatro palabras. Era un gesto de cortesía que las personas apreciaban. Llegó mi turno. El tipo me escrutó, consideró que era tan sólo un cliente ocasional y se limitó a preguntarme a media voz si estaba contento con la comida y con el servicio.

No contesté y le señalé en cambio la silla que había a mi derecha.

—Le ofrezco una copa de vino.

Se quedó un instante turbado y después me complació. Con un gesto de la mano, se hizo traer una copa.

—Trabajaba en un local —le conté—. También yo, como usted, era tratado con respeto por los clientes. ¿Entiende a qué me refiero?

El chef asintió y se ajustó el pañuelo que llevaba al cuello. Era cincuentón, delgado pero musculoso. En su uniforme no había ni una sola manchita y también sus manos se veían limpias y cuidadas. Un ganador.

—En vistas de que quisiera cambiar de actividad —continué—, me preguntaba si abrir un restaurante puede ser una buena

inversión. ¿Sabe?, a mí me gusta trabajar con gente…

El chef vació la copa de un trago. No tenía la más mínima intención de perder el tiempo conmigo.

—No sé en qué clase de local trabajaba antes, pero la restauración es una cosa seria —empezó a explicar en tono sabihondo—. Hay que ser del oficio y tener un gran conocimiento también de enología. Quizá una pizzería sea una actividad más adecuada. Buenas o malas, gustan a todos —concluyó levantándose. Me ofreció educadamente la mano y se acercó a otra mesa.

«Y un carajo, una pizzería», pensé mientras seguía observándolo. No invertiría mi dinero en una actividad de bajo nivel. Ahora tenían pizzerías incluso los chinos. Con los riesgos que estaba corriendo para garantizarme un futuro decente, merecía algo mejor. Sobre todo, a nivel de clientela. Necesitaría una nueva virginidad y ésta sólo podía proporcionármela la gente bien. La que tiene la cartera abultada y las amistades adecuadas. Abriría un local de lujo. Obviamente, no intentaría convertirme en restaurador. Me limitaría a contratar a profesionales y yo ejercería de dueño, dividiendo mi tiempo entre la caja y las mesas de los clientes. Sólo era cuestión de dinero. Cuando eres un marginal que ha pasado por la cárcel, la vida es una carrera cuesta arriba. El esfuerzo es doble.

Pagué al contado y proseguí mi paseo. Cuando me sentí cansado, me metí en un cine. Una película americana, aburrida.

Volví a casa de la viuda. Cuando oyó girar la llave en la cerradura, corrió a encerrarse en la habitación. Por un instante estuve tentado de dejarla en paz, pero estaba aburrido y tenía ganas de distraerme. Llamé a la puerta. La obligué a volver al salón a cuatro patas.

Ferruccio no dio señales de vida durante una semana. El sábado me acerqué al hipermercado para comprobar los horarios y movimientos del furgón blindado. Fue el único momento en que logré ahuyentar el aburrimiento. La ciudad me rechazaba como un cuerpo extraño y la única distracción que tenía eran los restaurantes. Dos al día. Entraba sólo en los que me parecían de un cierto nivel.

El mismo McDonald's de la otra vez y el mismo coche. Anedda

conducía veloz en medio del tráfico, mirando continuamente por el retrovisor. Estaba siempre alerta.

—Ya he encontrado a los tipos adecuados —anunció—. Tres anarquistas españoles, dos hombres y una mujer, en busca y captura por otro atraco y sin ninguna posibilidad de salir airosos.

—¿Y los otros? —le interrogué.

Se rió.

—Dos croatas miembros de la Ustacha[9]. Criminales de guerra, pero excelentes tiradores.

Negué con la cabeza.

—No funcionará. Nunca aceptarán trabajar juntos.

—Por supuesto que sí —rebatió Ferruccio—. Están realmente desesperados y necesitan el dinero. Y, además, no tienen por qué coincidir. Los croatas en el terrado y los españoles en el coche para recuperar las sacas con el dinero.

Tenía razón. No era mala idea.

—Y aunque mueran no se entera nadie, ¿verdad?

—Verdad. Debajo de tu asiento hay dos carpetas con toda la información sobre ellos, fotos y direcciones actuales incluidas. Eran para arrestarlos, pero he conseguido cambiar el plan. Tienes diez minutos para leer la información. No las puedo dejar por ahí.

Empecé con los croatas. Romo Dujc, apodado Cerni *el Negro*, cuarenta y cuatro años, y Tonci Zaninovic, cuarenta y dos. Milicianos del batallón setenta y dos de la policía militar, acusados de haber participado en diversas operaciones de limpieza étnica. El informe los definía como *sniper*, francotiradores. Y ése era el único dato que me interesaba. Miré las fotografías. Menudos caretos. Tipos peligrosos. No sería fácil liquidarlos. Se escondían en un pequeño apartamento del Giambellino alquilado por una prostituta croata. Solidaridad patriótica.

Pasé a los españoles. Sebastián Monrubia, Esteban Collar y María Garcés, treinta y nueve, treinta y seis y treinta y un años respectivamente. Nombres de batalla: Pepe, Javier y Francisca. Ella era un pedazo de chorba, los otros dos tenían la expresión torva de los militantes destinados al sacrificio. Sacarlos de en medio no sería un problema. La justicia española los buscaba por un atraco que había acabado mal, con un guardia civil difunto y otro herido de gravedad. Se habían refugiado en casa de un compañero italiano

que frecuentaba un centro social y tenía el teléfono intervenido.

Volví a colocar la carpeta en su sitio y encendí un cigarrillo.

—Mañana contrataré a los dos grupos.

—¿Cómo piensas abordarlos?

Esperaba esa pregunta. El contacto era el momento más difícil de la operación. La excusa tenía que ser convincente. Muy convincente.

—Les diré que soy un informador y que los he localizado, pero dado que son buenos chicos, en lugar de venderlos a la pasma les propongo la participación en un atraco fácil y rentable.

Anedda se volvió para mirarme.

—¿No se te ha ocurrido nada menos peligroso? No me parece que sean gente que aprecie a los informadores. Te arriesgas a que te llenen de plomo.

Me encogí de hombros.

—Lo difícil es hacer que se traguen que un hampón los ha descubierto. Mejor una media verdad.

El poli me dejó cerca de la estación de Cadorna. Paseé hasta que me entró hambre. Después, me metí en un restaurante.

Llamé al timbre del refugio de los croatas a las ocho de la mañana. Prefería enfrentarme a ellos cuando estuvieran medio dormidos. Me abrió la chica. De apellido se llamaba Bazov, su nombre era impronunciable. En el ambiente de la prostitución se hacía llamar Luana, porque no hay nada peor para una puta que tener un nombre complicado. Venía de Vukovar. Primero prófuga en su país, luego prófuga en Italia, ahora hacía la calle. Abrió la puerta con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres? —farfulló.

—De ti nada. Quiero hablar con Cerni y su socio, Zaninovic.

Se quedó lívida y se despertó de golpe. Negó con la cabeza presa del pánico.

—No conozco a esos hombres —mintió.

Le pellizqué un pezón con mala baba. Otro truquito que me habían enseñado los dos rumanos en el local.

—Ve a llamarlos —ordené.

Luana, asustada, me cerró la puerta en las narices. Hubiera

podido dar un empujón y entrar en el apartamento por la fuerza, pero no descartaba que los dos tipos estuvieran allí escuchando, armados y dispuestos ante cualquier eventualidad. Advertí que alguien me observaba a través de la mirilla. No moví ni un músculo. Fue Cerni en persona quien me abrió. Una mano en el picaporte y la otra armada con una automática de grandes proporciones.

—Hola, Romo —lo saludé—. Quiero hablar contigo.

Estiró el cuello para comprobar si estaba solo. Después volvió a mirarme. Era alto y robusto y tenía un rostro inquietante. La boquita de señorita contrastaba con el cráneo rasurado, las patillas de *skinhead* y la papada. Cuando me crucé con su mirada azul pálido de animal de presa, tuve la seguridad de que no se dejaría matar tan fácilmente para regalarnos su parte del pastel.

Con la cabeza me hizo gesto de que entrara. En cuanto crucé el umbral, me estampó contra la pared para cachearme. Me registró con profesionalidad. Era lógico, había sido policía militar durante buena parte de su vida. Me señaló el pasillo con la pistola. Entramos en una cocina grande donde nos esperaba su socio armado con una escopeta de aire comprimido. Me la puso en la cara. Si hubiera apretado el gatillo, mi cabeza se habría separado del cuerpo. Romo gritó una orden y Tonci bajó el arma. Les sonreí. Era alto y delgado, con los músculos bien modelados por años de gimnasio. También él llevaba la cabeza rasurada y tenía cara de carroñero, en la que destacaba una perillita rubia. El clásico ejecutor. Me señalaron una silla. En la mesa se veían aún los restos de la cena. Platos y cubiertos para dos. La chica debía de marcharse a hacer la calle antes de cenar. Encendí un cigarrillo.

—Habla —ordenó Cerni en italiano con tono de poli. El oficio se le había quedado grabado en el ADN.

—Trabajo para la policía —expliqué—. Ayudo a la pasma a cazar a los prófugos. Lo hago por dinero, yo no soy un patriota, como vosotros. Os he descubierto, pero en lugar de venderos he pensado ofreceros un trabajo.

Cerni tradujo para el amigo. Después volvió a mirarme.

—¿Qué clase de trabajo?

—Un atraco a un furgón blindado.

—Nunca hemos atracado.

—Sólo tendréis que subiros a un terrado y abatir a dos guardias

—hice el gesto de cargar el fusil y disparar—. *Sniper* —añadí.

Hablaron entre ellos.

—¿Cuánto dinero habrá para cada uno?

—No menos de doscientos millones. Con ese dinero podéis garantizaros una fuga decente.

—¿Por qué tendríamos que fiarnos de ti?

—Porque estáis de mierda hasta el cuello. Si os veis obligados a esconderos en el extranjero, significa que los amigos que teníais en vuestro país os han abandonado. Os han considerado sacrificables, y la única manera de salvar el culo es encontrar bastante dinero como para atravesar el océano y abandonar Europa.

—¿Y si no aceptamos la propuesta, quizá porque no nos fiamos? Los informadores traicionan a todos, sin distinción.

—Entonces es mejor que encontréis otro escondite, porque aquí pronto llegará la policía.

Romo se rió burlón.

—Podríamos matarte ahora; así no podrías ir a avisar a tus amigos.

Sacudí la cabeza afligido.

—Me desilusionas. Creía que eras más listo. ¿De verdad crees que he venido aquí sin tomar las debidas precauciones?

Se levantó y cogió una botella de cerveza de la nevera.

—No me gusta tener que fiarme de un confidente.

—Pues no tienes alternativa —atajé con dureza—. No os he vendido porque sois dos buenos tiradores y el atraco me supone más dinero que el que cobraría por vosotros. Eso es todo.

Hablaron de nuevo entre ellos. De los dos, Tonci me parecía el más maleable.

Romo se rascó la barba hirsuta.

—De acuerdo, aceptamos. Pero ten cuidado, italiano. Nosotros somos vengativos.

Descarté la amenaza con un gesto de la mano y pasé a contarles los detalles del golpe. Descubrí que poseían un discreto arsenal, incluidos dos fusiles rusos de precisión modelo Dragunov, con cargador de diez disparos y mira telescópica con rayos infrarrojos. A los útiles de trabajo uno se aficiona y no se abandonan nunca.

Romo tradujo la pregunta de Tonci sobre cómo se procedería al reparto del botín. Ninguno de los dos era estúpido. Sabían

perfectamente que ése era el momento más peligroso. Contesté que aún no lo había pensado y Romo me advirtió que no participarían en la operación sin conocer todos los detalles. Les dije que no se preocuparan y me dirigí hacia la puerta.

Fui a tomar un café para relajarme. Aquellos dos daban escalofríos. Fanáticos peligrosos, profesionales de la violencia y de la crueldad. Reflexionando sobre la charla, palabra por palabra, llegué a la conclusión de que intentarían quedarse con el botín entero. No tenían nada que perder y podían decidir no dejar testigos a sus espaldas. El momento del reparto corría el riesgo de transformarse en un tiroteo. Mi plan preveía, en cambio, una ejecución.

Decidí ir a ver a los españoles. Cogí el tranvía. Siempre prefería viajar en transporte público, pues así podía controlar con más facilidad si alguien me seguía. Y además me gustaba mirar la ciudad desde la ventanilla y observar las calles y el tráfico.

En la casa no había nadie. Su anfitrión debía de estar en el trabajo. Dado que eran las once de la mañana, pensé que estarían por el barrio, haciendo la compra; siempre que no hubieran decidido mantenerse en forma atracando un banco. Los encontré en un bar. Al pasar frente al cristal los vi zampando *croissants* y bebiendo capuchinos y batidos. Entré, cogí una silla y me senté a su mesa. Los dos hombres reaccionaron metiéndose las manos en los bolsillos de las chaquetas en busca de la culata tranquilizadora de las pistolas. Los desafié con la mirada. La mujer se limitó a mirarme fijamente. Ella era el jefe, no cabía duda. Apoyé las manos en la mesa para dar a entender que no tenía malas intenciones.

—Pepe, Javier y Francisca. Encantado de conoceros —dije en tono amistoso, hablando en español y usando sus nombres de batalla.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Alguien que lo sabe todo de vosotros.

—¿Eres un compañero? —quiso saber Pepe.

Me reí burlón.

—Lo era hace tiempo. Ahora he dejado de soñar y me dedico a

hacer dinero.

—¿Quién eres? —repitió Francisca—. Hablas español como un mexicano.

La miré. Era realmente guapa. Pelo y ojos negros. Rostro ovalado y perfecto. Tetas grandes y piernas largas que asomaban por debajo de la minifalda. Los zapatos de tacón bajo desentonaban con su atuendo, pero la elección debía de estar impuesta por la necesidad de poder correr lo más de prisa posible. Lástima que no fuera mi tipo. No sólo era demasiado joven, sino que debía de ser la típica *tocapelotas* que no agachaba nunca la cabeza; y mucho menos frente a un hombre.

Ignoré su pregunta y le pedí al camarero el tercer café de la mañana. Encendí un cigarrillo. Sólo entonces hablé.

—Soy un informador de la policía. Os habría vendido a ellos por dinero, pero por suerte para vosotros os necesito para cierto trabajito.

—¿Qué trabajito? —preguntó la mujer.

—Un atraco. Un furgón. Doscientos millones por cabeza.

Los tres se miraron. Los dos hombres apuntándome con las pistolas a través del bolsillo de la chaqueta. Hubieran disparado con ganas, pero estaban en un sitio con demasiada gente.

—No trabajamos con los desgraciados —dijo Francisca.

Sonreí y la miré a los ojos.

—Entonces empezad a correr —rebatí señalando la puerta del bar—. Claro que vuestro amiguito italiano, su novia y los demás del centro social lo pasarán un poco mal.

—Hijo de puta —me insultó Pepe—. Ellos no saben nada de nosotros. Creen que somos tres amigos españoles de vacaciones.

—Lo sé. Pero ¿pensáis que la policía y la magistratura no aprovecharán la circunstancia para «criminalizar esa área del movimiento», para arreglar un poco las cuentas con un centro social que toca las narices todo el rato? No es la primera vez que sucede en Italia. Es más, es la norma.

Los miré. Sabía perfectamente qué estaban pensando. Otros hubieran cogido la puerta y no habrían experimentado ningún remordimiento si alguien acababa en la cárcel. Los compañeros, no. Coherencia, sentido de la responsabilidad y solidaridad militante. Observé su turbación.

Idéntica a la que había visto en la cara de Gianni en la *brasería* de París. Aceptarían. No podían llevarse a la tumba la vergüenza de una traición. Bien por ellos, morirían contentos.

—Levantad el culo —ordenó la mujer—. Tenemos que hablar. Nos volvemos a ver aquí mañana a la misma hora.

Paseé hasta la hora de comer. Elegí con cuidado un restaurante y telefoneé a Ferruccio. Me preguntó dónde estaba. Veinte minutos después lo vi entrar, impecable y elegante como siempre. El vino que había elegido no era de su agrado e hizo que lo cambiaran sin preguntar mi opinión. Prepotencia de polizonte.

—¿Han aceptado? —preguntó.

Se lo conté todo, hasta los más mínimos detalles, como hacía siempre con él. Le confié también mis sospechas sobre las intenciones de los croatas de eliminarnos y quedarse el botín.

—Una tentación que podrían tener también los españoles —argumentó Anedda—. Así pueden matar a dos fascistas croatas y a un informador de la policía.

No había pensado en eso. El razonamiento no tenía vuelta de hoja, pero conocía demasiado a fondo el ambiente de los idealistas de extrema izquierda como para creerlo posible. Fuera como fuese, era aconsejable no dar nada por descontado.

—Cuando repartamos el botín, tú tendrás que estar allí, bien escondido y dispuesto a aparecer en el momento adecuado y echarme una mano para dejarlos secos.

—Siete son demasiados —comentó.

—Cinco —puntualicé—. Ciccio Formaggio y su informador caerán la noche antes.

—¿Te ocuparás tú?

—Sí.

Se ajustó el nudo de la corbata.

—Cinco no son pocos, pero se puede hacer. En todo caso, habrá que encontrar un caserón deshabitado en el campo.

—Ése es trabajo tuyo. El milanés eres tú.

Por enésima vez miró a su alrededor con discreción en busca de alguna cara conocida. Tranquilizado, se levantó y se marchó sin pagar su parte de la cuenta.

La viuda se había emborrachado. La encontré tumbada boca abajo en el sofá. La habitación apestaba a humo y licor. Abrí una ventana. Preparé un café fuerte y llené la bañera de agua fría. Aquella imbécil había bebido aposta para evitarme.

A la mañana siguiente, en el bar se presentó sólo María Garcés, alias Francisca. Llevaba el pelo recogido y unos *jeans* que resaltaban su culo y sus piernas.

—¿Sola?

—Mejor uno en la cárcel que tres.

—Cierto. La prudencia no es nunca bastante. Entonces, ¿qué habéis decidido?

—No podemos permitir que unos inocentes paguen por nosotros. El problema es que tú no ofreces ninguna garantía de seguridad. Puede tratarse de una trampa: después del golpe, puedes dispararnos por la espalda o entregarnos a la policía. Y, una vez que nos marchemos, siempre puedes denunciar a nuestros compañeros italianos. Con los desechos humanos como tú nunca se sabe.

Le gustaba insultarme. Estaba indignada y cabreada, sobre todo porque sabía que los tenía acorralados.

—Si has acabado con las gilipolleces, podemos pasar a examinar el plano.

Le expliqué la operación sin señalar ni el lugar ni el día, tal como había hecho con los croatas. Cuando me preguntó quiénes eran los demás cómplices, hablé sólo de Romo y Tonci. En cuanto la mujer supo que eran miembros de la Ustacha, empezó a lanzar insultos durante algunos minutos. Dejé que se desahogara. Se calmó cuando le dije que, después del reparto del botín, podría asesinarlos. Por su expresión entendí que también ellos habían reflexionado y discutido acerca de esa posibilidad. Ferruccio había acertado. Aparte del idiota de Ciccio Formaggio y del soplón, todos los demás participantes en el golpe pensaban en eliminar a la competencia. Pero los españoles no me preocupaban ni una pizca. Eran los croatas los que me quitaban el sueño. Y Anedda. El poli era una incógnita, lo veía capaz de todo. Hasta de reservarme la última bala del cargador una vez eliminados los demás. Yo no tenía ninguna intención de matarlo. En el futuro todavía me podía

resultar útil. Pero lo tendría controlado y, si intentaba engañarme, le pagaría con la misma moneda.

—Quiero ver el sitio y el furgón en el momento de recoger el dinero. Quiero comprobar las vías de escape —empezó a detallar la española apartándome de mis pensamientos.

La detuve con un gesto de la mano.

—Os enseñaré un vídeo. No quiero prófugos rondando alrededor de mi golpe. Corréis el riesgo de mandarlo todo al carajo. La operación será dentro de diez días. El sábado grabaré la escena con una cámara de vídeo y la próxima semana entraremos en materia.

Me miró con odio.

—Este robo apesta cada vez más a trampa.

—Lo cierto es que apesta sólo a dinero, pero tú estás demasiado metida en tu papel de militante pura y dura para darte cuenta.

Levantó la mano para abofetearme.

—Estamos en un bar —le recordé en tono tranquilizador.

La bajó.

—Intenta joderme y es la última gilipollez que harás.

Suspiré. Era insoportable. Dispararle habría sido un placer. Esbocé una sonrisa.

—Nos vemos aquí exactamente dentro de una semana, a la misma hora. Y trae a tus amiguitos. Os presentaré al resto del grupo.

Con Ciccio Formaggio quedé a la hora de comer. Empezó a quejarse tras leer los precios del menú.

—A qué mierda de sitio me has traído. Aquí nos desplumarán de tal manera que no lo olvidaremos en la vida.

Resoplé.

—¡Qué huevos! ¿Estás a punto de llenarte los bolsillos de millones y te quejas por la cuenta de un restaurante?

Le volvió el buen humor.

—Entonces, ¿lo hacemos?

—Sí, sólo faltan algunos detalles operativos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Robar dos coches. Que tengan cuatro puertas y no sean unas carracas. Después llevas cada uno a un *parking* de pago bien

distantes el uno del otro y me das los *tickets*.

—¿Sólo eso?

—Bueno, no —contesté amigablemente—. Tienes que venir con el soplón a recoger vuestra parte del dinero y disfrutarlo.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Te lo diré cuando me des los *tickets*.

Me di prisa en aprender a usar la cámara de vídeo por la que había pagado un montón de pasta. Necesitaba imágenes nítidas para enseñárselas al resto de la banda. Cuando llegó el furgón a recoger los ingresos de la semana, yo estaba en la azotea del edificio donde colocaría a los dos croatas, dispuesto a grabar una peliculita de un millar y medio de millones. Había entrado con una llave maestra que me había dado Ciccio Formaggio la noche antes. Estaba ya oscuro, pero la explanada del hipermercado estaba iluminada como si fuera de día. Igual que las otras veces, el vehículo blindado se detuvo durante un par de minutos con el motor encendido. Las portezuelas se abrieron y los dos guardias bajaron con la mano en la funda de la pistola. Grandes semiautomáticas con una capacidad de treinta disparos. Armas adecuadas para un enfrentamiento a corta distancia con un enemigo visible, pero no para defenderse de las balas de los francotiradores. Llevaban chalecos antibalas, pero también éstos servían de poco contra los potentes calibres de guerra de Romo y Tonci. Las balas blindadas atravesarían los cuerpecillos de lado a lado como un cuchillo hundido en la mantequilla. De todos modos, los *sniper* apuntarían a la cabeza. Los dos guardias caerían al suelo como reses en el matadero. Asaltar furgones blindados en Italia era rentable y para nada complicado. Bastaba con saber cuál era el punto débil del trayecto y matar al mayor número de guardias. Se trataba tan sólo de tener los huevos de arriesgarse a la cadena perpetua. Abrieron la puerta de acero y cogieron las sacas con el dinero. A través del objetivo, seguí al vehículo hasta que desapareció detrás de la curva. Por seguridad, revisé lo que había filmado. Perfecto.

Había organizado el encuentro en una casa de juego de la zona de los Navigli. El domingo por la mañana el sitio estaba desierto y el propietario, un hampón de medio pelo que había conocido en

San Vittore, me la había alquilado por algunos billetes de cien mil. Cuando abrí la puerta, me envolvió una vaharada de olor a humo, sudor y desgracia. Abrí todas las ventanas en un inútil intento de renovar el aire. Decoración esencial, mesas redondas de plástico cubiertas con tela verde, sillas de madera viejas y tambaleantes. Los únicos objetos nuevos eran la televisión y el vídeo. Al lado, en el suelo, un montón de películas porno. Servían para que los clientes se entretuvieran mientras esperaban para jugar. Encendí un cigarrillo y me coloqué junto a la ventana para controlar la calle. Los primeros en llegar fueron los croatas. Recelosos y con las manos metidas en el bolsillo, listos para sacar las pistolas y disparar. Los esperé en la puerta y, con las manos bien a la vista, los invité a inspeccionar el apartamento. Aunque no precisamente tranquilizados, se sentaron en un sofacito desde donde podían controlar la entrada. Los españoles llegaron con media hora de retraso. Pepe y Javier entraron con los revólveres detrás de la espalda y se colocaron a ambos lados de la puerta. Sólo entonces entró Francisca. Ese día estaba aún más guapa. Llevaba un traje de chaqueta elegante, zapatos y bolso a conjunto, y unas medias negras tupidas. No me dirigió ni una mirada. Se detuvo en el centro de la habitación, mirando a los dos croatas. Romo y Tonci la miraron a su vez. Me inquietó la mirada turbia de Cerni. La española le gustaba. Le hubiera gustado violarla y después asesinarla. En Centroamérica había podido adquirir cierta experiencia en cuestiones de soldadesca y sabía que no me equivocaba. No me importaba un carajo cómo pudiera acabar la española, pero no quería que el golpe se fuera a la mierda por un polvo. Cuando los croatas se dieron cuenta de que los acompañantes de la bella dama empuñaban sus pistolas, ellos sacaron las suyas apoyándolas sobre las rodillas. La tensión se palpaba en el aire.

—Guardad las pipas —dije con firmeza—, y concentraos en el plano. El próximo sábado daremos el golpe.

Oscurecí el ambiente y accioné el botón del reproductor. Las imágenes empezaron a desfilar sobre la pantalla, captando la atención de todos y rebajando la tensión. Les pasé el vídeo sin interrupciones, después lo rebobiné y usé la pausa para comentar los detalles. La cosa se ralentizó a causa de Tonci, que necesitaba la traducción de su socio, pero al final todos estaban convencidos de

que el plan funcionaría.

Sobre un plano señalé el camino para llegar al hipermercado y la vía de escape. Croatas y españoles tenían que usar los dos coches robados por Ciccio Formaggio, y después del atraco reunirse conmigo en una estación de servicio de la Varesina[10]. Yo los llevaría a un caserón de campo donde procederíamos al reparto del botín. Después, cada uno se iría por su lado.

Los anarquistas se levantaron y salieron de la habitación. Francisca se volvió para mirar a Romo fijamente a los ojos. Había leído el pensamiento del ustache y su respuesta estaba en aquella mirada desafiante. El hombre, para nada impresionado, se lamió los labios provocador.

Los dos croatas esperaron diez minutos antes de irse también, sin saludar. Fumé un cigarrillo. Quité la cinta del reproductor y la pisoteé. No era bueno conservar pruebas incriminatorias. Metí los trocitos en una bolsa de plástico en la que vacié también los ceniceros llenos de colillas. Me cercioré de que en la casa de juego no quedara ni rastro de nuestra presencia y me marché. Paseé por las calles desiertas hasta el bar, donde me esperaba el propietario de la timba. Deslicé en su mano la llave del apartamento y la otra mitad del dinero que le debía.

Me dirigí hacia el centro. Necesitaba reflexionar con calma. Elegí un restaurante especializado en pescados. Tenía apetito y pedí unos entremeses mixtos, calientes y fríos, *linguine all'astice*[11] y fritura de sepias y calamares. Llegó el *sommelier*. Con modales afectados me sugirió un blanco del Collio. Mientras ensalzaba sus méritos, hojeé la carta y vi que costaba un billete de cincuenta mil. Por ese precio, tenía que ser bueno por fuerza. Con un gesto de la cabeza mostré estar de acuerdo con su elección.

Cuando me quedé solo, miré abstraído la imagen de mi rostro deformada en la fuente de plata. Después, mentalmente, hice la lista de las personas que tenían que morir: la viuda, Ciccio Formaggio, el guardia-soplón, Romo, Tonci, Pepe, Javier y Francisca. Ocho. Demasiados si estaban relacionados entre sí. Pero eso no era así y los cuerpos de los extranjeros jamás se encontrarían. Serían prófugos incluso muertos. De los tres primeros tendría que ocuparme personalmente. A mitad de los entremeses, había resuelto el problema de la viuda. La dormiría con el sistema de costumbre,

Fernet y somníferos. Después, cogiéndola por las piernas, dejaría resbalar su cuerpo en el agua hasta que ésta le cubriera la cabeza. Los vecinos, acostumbrados a sus largas ausencias, no sospecharían nada, y cuando el hedor les hiciera llamar a la policía, todos, forense incluido, pensarían en un accidente. La prensa se acordaría de con quién había estado casada y le dedicaría una notita llena de recuerdos y piedad. La mataría el martes por la mañana, tres días después del golpe, cuando las aguas se hubieran calmado. Después me trasladaría al Véneto para cambiar de vida. Pensar en la viuda hizo que se me pusiera la polla dura y que se me ocurrieran algunas *ideíllas* para divertirme. Pero era mejor dejarlas por el momento. Si dejaba algún rastro de mis jueguecitos, a un abre cadáveres despierto se le podían ocurrir extrañas ideas.

Los otros dos morirían la noche antes del golpe, el viernes. Le pediría a Ciccio que viniera a entregarme los *tickets* y las llaves junto con el soplón. Si preguntaba la razón de ese encuentro, le contestaría que quería ver la cara de su socio antes del reparto del dinero, para evitar sorpresas. Era una excusa del carajo. Sólo un estúpido como Ciccio Formaggio podía creérsela. El guardia también se la tragaría porque era un tipo sin antecedentes y sin ninguna experiencia en el hampa. Y además Ciccio le daba garantías. Chupando las pinzas de los bogavantes, pensé en cómo quitarlos de en medio. Hay que elegir siempre el método más fácil, más rápido y más limpio. Y en este caso un tiro en la nuca era la mejor solución. El proyectil destroza el cerebro y la víctima no tiene ni siquiera tiempo de decir adiós a este mundo. Y la porquería, sangre, fragmentos óseos y materia cerebral, salpica exactamente del lado opuesto al agujero de entrada. Me sentaría en el asiento trasero de su coche y los dejaría tiesos. Primero al conductor. Después al de al lado. Con una pistola con silenciador. Cuando ajusticié a Luca en Centroamérica, la detonación me había ensordecido, arruinándome en parte la sensación de placer y de poder que se experimenta al quitarle la vida a un hombre apretando un gatillo. Finalmente, rociaría con gasolina los cadáveres y los polis necesitarían mucho tiempo para identificar los restos carbonizados. Una vez descubrieran que pertenecían a un exterrorista arrepentido y a un guardia jurado, inmediatamente relacionarían el doble homicidio con el atraco. Era lo que quería. La

pista no llevaría a ninguna parte y, de todos modos, Anedda, en calidad de funcionario de la DIGOS, participaría en la investigación, despistándolos si fuera necesario.

Respecto a los otros cinco, los croatas y los españoles, el asunto era distinto. Matarlos era un riesgo, calculado pero un riesgo. Había que disparar a gente que lo esperaba y que era perfectamente capaz de responder al fuego. Pero yo saldría de allí. Vivo. Ellos no. No tendrían ninguna posibilidad de probar una fritura de sepias y calamares como la que el camarero me acababa de servir. Tan caliente y tierna que se deshacía en la boca. Los llevaría hasta el caserón. Anedda saldría de su escondite llenándolos de plomo. Mientras tanto, yo sacaría la *lupara* haciendo mi parte. En realidad, sería mejor momento más tarde, durante el reparto del botín, pero corríamos el riesgo de que alguno de ellos se nos anticipase. Y también que el dinero se estropeara, manchándose de sangre o siendo alcanzado por las balas. Enterraríamos los cuerpos y sus nombres y sus rostros seguirían aún una veintena de años más en las listas de prófugos.

Terminé la cena con una porción de pastel napolitano. El *sommelier* reapareció para proponerme un *passito*[12] siciliano para acompañar el postre. Para evitar una lección sobre vinos dulces, le dije en seguida que era uno de mis vinos preferidos. Había llegado el momento de pensar en los tiempos. Toda operación militar debe funcionar como un reloj suizo. Y un atraco a un furgón blindado con una decena de muertos lo era a todos los efectos. Recapitulé cada fase del golpe y, cuando pagué la cuenta, me sentía distinto. Rico y vencedor, así es como me sentía.

Luana

Lunes, 14 horas

Anedda estaba nervioso. Tenía prisa. Lo estaban esperando en comisaría para organizar un asalto a un escondite de terroristas argelinos. Un grupo de fanáticos, acostumbrados a degollar mujeres y niños. Como siempre, conducía mirando por el rabillo del ojo.

—¿Y bien?

Lo puse al corriente de la situación.

—Me parece que todo marcha —comentó satisfecho.

—Necesito una pistola con silenciador.

—¿Para quién?

—Para Ciccio Formaggio y para el soplón.

—¿Y los cuerpos?

—Flambeados.

—¿Y la viuda?

Aquel poli de mierda sabía dónde vivía. Una manera de advertirme que no intentara engañarlo. Encajé el golpe sin mover un solo músculo.

—Muerta, naturalmente. El drama de la soledad.

Se rió divertido.

—He encontrado un caserón abandonado en campo abierto que nos irá de maravilla —dijo hablando ya en serio—. Nadie oirá los disparos y no será necesario cavar fosas. Hay una vieja cisterna donde podemos meter los cuerpos. Iremos a verlo pasado mañana. Llevaré también las armas.

Se acercó a la acera. Ya no teníamos nada más que decirnos.

Miércoles, 11 horas

Un bonito y cálido sol. Un octubre como ése no se veía desde hacía tiempo. El techo del establo y del granero de la vieja granja abandonada hacía mucho que se había hundido. La casa, en cambio, era aún sólida. Puertas y ventanas arrancadas y paredes llenas de pintadas. Restos de hogueras y un colchón desventrado. Anedda descargó del coche una gran bolsa y me guió hasta la cocina. Una habitación amplia, con una gran chimenea ennegrecida por el humo y por el tiempo y una pila de piedra gastada. En medio, una vieja mesa de madera.

—La mesa la he puesto yo. La encontré en el piso de arriba. —A continuación, empezó a contarme su plan—: Cuando lleguéis, será noche cerrada. Bajas del coche, iluminas la puerta y el pasillo con la linterna y los traes aquí, enciendes la lámpara de *camping* gas y les dices a los españoles que pongan las sacas sobre la mesa. Yo estaré escondido detrás de la ventana. En cuanto el dinero esté encima de la mesa, empezaré a disparar.

Observé el espacio.

—Yo estaré justo en medio del intercambio de balas.

—No —contestó él—. Tienes que resguardarte rápidamente detrás del lado izquierdo de la chimenea. Estarás a cubierto y podrás disparar con tranquilidad.

La vieja campana de piedra tenía más de un metro de profundidad por poco menos de un metro y medio de alto. Menos es nada. Advertí que en la esquina con la pared había una ménsula. Un excelente escondite para la *lupara* que me había salvado de los albaneses en Mestre. Quité los trapos que la envolvían, comprobé que estuviera cargada y la apoyé en la repisa. Era el arma adecuada para usar en un interior. De cerca, era imposible errar el tiro.

—¿Necesitas munición?

Negué con la cabeza.

—No tendré tiempo de cargar otra vez.

Anedda abrió la bolsa de tela. Sacó una escopeta de aire comprimido con la culata plegable, dos pistolas con cargador de gran calibre y una semiautomática calibre veintidós con silenciador, la típica arma de ejecución. Tiempo atrás era despreciada por los asesinos a sueldo por el escaso alcance del calibre, después, la mafia americana había empezado a usarla con éxito y se había puesto de moda. La cogí para examinarla. El cargador estaba lleno de

proyectiles blindados.

—¿De dónde proceden?

—*Souvenirs* de registros —contestó divertido—. En la policía tenemos la sana costumbre de quedarnos un pequeño recuerdo. A los terroristas siempre les sobran.

Me pasó uno de los revólveres. Un 357 magnum de fabricación española.

—Mételo al lado de la *lupara*. Podrías necesitarlo.

Tapé las armas con un trapo y miré nuevamente la habitación, memorizando los detalles. Después seguí al poli a la parte trasera de la casa. Apartó una vieja tapa de hierro agujereada por la herrumbre. Miré hacia abajo. En el fondo de la cisterna de cemento había sólo dos dedos de agua de lluvia. Aquella enorme tumba escondería los cuerpos de cinco de nuestros cómplices.

—Los meteremos aquí.

—No podemos —objeté—. Dentro de cuatro o cinco días el olor a descomposición apestará la zona. Los campos de los alrededores están todos cultivados.

—Pondremos encima de la tapa alguna que otra tabla de madera y la cubriremos de tierra. Descansarán en paz por una larga temporada.

Miércoles, 19 horas

—Lo mejor de esta ciudad es la hora del aperitivo —comentó Ciccio Formaggio al entrar en el bar—. Las barras están llenas de regalos divinos y puedes saltarte tranquilamente la cena.

—¿Has conseguido los coches? —pregunté dirigiéndome hacia una mesita apartada.

—Sí. Un Ford Escort y un Renault 21. Son modelos que no llaman la atención.

—Espero que no sean unas carracas.

—No —contestó convencido—. Los he probado y corren que da gusto. De todos modos, por precaución, he cambiado aceite, filtros y bujías, comprobado las ruedas y llenado los depósitos.

—¡Menuda eficacia! —lo felicité sonriendo.

—Soy un profesional —ratificó el idiota regocijado.

—¿Cuándo los meterás en los aparcamientos?

—El viernes a última hora de la madrugada. Antes de esa hora, los polis a menudo hacen controles en busca de coches robados. Les conozco el truco.

El camarero nos trajo dos Negroni y un plato lleno de frutos secos.

—¿Tú no quieres? —preguntó Ciccio asombrado, llenándose en seguida la boca de cacahuetes.

No contesté. Era un estúpido glotón. Hablé de nuevo.

Le di el nombre de un bar de Puerta Romana donde tendría que entregarme los *tickets* de aparcamiento.

—Ven también con el soplón. Quiero verle la cara antes de encontrármelo delante para el reparto del botín.

El exterrorista se removió a disgusto en la silla.

—Precisamente de eso quería hablarte. El guardia que me ha dado el soplo del golpe no quiere que nadie lo vea.

Ni siquiera quiere ir a buscar su parte. Quiere que sea yo quien se la lleve.

Me reí.

—Tu amigo quiere pasarse de listo. Si la policía sospecha de él y le aprieta las tuercas, siempre podrá decir que 93 él te lo comentó y que tú, expresidiario, te aprovechaste de su buena fe organizando el robo. Su palabra contra la tuya. Tú acabarás en la cárcel y él disfrutará del dinero, que mientras tanto habrá escondido.

Ciccio Formaggio me miró. Estaba visiblemente atormentado por la duda.

—¿Crees que quiere engañarme? Porque si es así, tardo un segundo en meterle una navaja en el estómago —exclamó en tono belicoso.

Le puse una mano en el brazo, como a un amigo de verdad.

—No podrá engañar a nadie si todos lo vemos. Si lo conocemos, siempre podemos vengarnos, quizá contando su papel en la aventura.

El exterrorista aún no estaba convencido. A mi pesar, me vi obligado a revelarle parte del plan:

—Tendremos que disparar sobre dos de sus colegas. La empresa de vigilancia será vuelta del revés como un calcetín. Entiende bien que tenemos que tenerlo bien cogido por los huevos para impedir

que lo traicionen los nervios.

Ciccio asintió.

—¡Joder!, dos muertos —comentó en voz baja—. Te lo llevaré a la cita, tú tranquilo.

Viernes, 19.30 horas

El soplón era un muchachote que no llegaba a los treinta años y, como sospechaba, no tenía más cerebro que Ciccio Formaggio. Estaba convencido de que tenía derecho a una parte de la riqueza que custodiaba cada día por un sueldo de miseria. Había llegado hasta la linde del territorio del hampa porque sabía que la honestidad le garantizaría como mucho una pensión escuálida. Pero ahora le hubiera gustado dar marcha atrás. El tiempo de la palabrería y de las confidencias de bar, donde parece fácil comerse el mundo, se había acabado. Ahora jugábamos en serio, y el dinero tenía un color ligeramente distinto. Podría comprar los coches y las mujeres que nunca se había podido permitir, pero también podía llevarlo derechito a la cárcel. Y los guardias, aunque se hubieran pasado al otro lado, nunca eran allí muy bien vistos.

Leí todo eso en sus ojos. Eliminarlo se había convertido en una necesidad. Frente al primer polizonte que le hubiera dirigido la más sencilla de las preguntas, lo habría soltado todo. Otro perdedor.

Me hice el simpático. Repartí apretones de manos y golpecitos en la espalda. El soplón se llamaba Ausonio.

Probablemente aquella noche mataría al último hombre que llevaba ese nombre. Le pregunté si quería tomar algo. Sólo una ronda. Tenía prisa por acabar porque tenía ganas de matarlos. Sentía el peso de la pistola en uno de los bolsillos de la chaqueta. En el otro llevaba el silenciador. Había pasado la tarde entrenándome para montarla rápidamente. El tiempo de contar hasta cinco y estaría listo para abrir fuego. El guardia jurado se desabrochó la chaqueta de cuero barato. Un bulto en el jersey me hizo entender que llevaba una pistola metida en el cinturón. No tendría tiempo ni siquiera de pensar en usarla.

—Aquí están las llaves y los *tickets* de aparcamiento —dijo Ciccio pasándome un sobre de papel.

—¿Habéis venido en coche? —pregunté cordial.

—Con el suyo —contestó Ciccio señalando al socio con el pulgar.

—Perfecto —dije—. Os llevo a ver el sitio donde nos encontraremos para repartir el botín.

—¿Hace falta que vaya yo? —balbuceó tímidamente Ausonio.

Estiré el brazo.

—Nadie te obliga. Pero si las cosas están así, el golpe se anula y mis socios se cabrearán contigo. Pensarán que nos has hecho perder tiempo y dinero y querrán darte un escarmiento.

El mocetón palideció y agachó la cabeza. Tenía una calvicie incipiente y caspa jamás combatida con decisión.

—Yo no soy del ambiente y hay cosas que desconozco.

—Es verdad, hay que tener un poco de paciencia con él. No es de los nuestros —intervino en su defensa Ciccio.

—Ahora ya conoce las reglas —atajé.

—De acuerdo, llegaré hasta el fondo —soltó el guardia.

Me levanté.

—Seguidme.

Subí en mi Panda y ellos en el Fiat Tipo de Ausonio. Los llevé al campo, a la zona de Cusago. Enfilé un camino sin asfaltar y me acerqué a unos cincuenta metros de un caserón abandonado. Me puse un par de guantes de piel. Bajé y subí a su coche. Me senté en el centro del asiento trasero.

—Ése es el lugar —mentí mientras sacaba de los bolsillos la pistola y el silenciador—. Mañana llegaréis aquí no antes de las once de la noche. Avisaréis de vuestra presencia encendiendo y apagando los faros tres veces.

Los dos, concentrados en mis palabras, miraban hacia el caserón. Quité el seguro, estiré el brazo y disparé en la nuca del guardia Ausonio. Una salpicadura de sangre alcanzó el parabrisas. Coloqué el arma en la nuca del tonto de Ciccio Formaggio. Apreté el gatillo. Otra salpicadura en el parabrisas. El silenciador había ahogado eficazmente las detonaciones. Los casquillos, expulsados por el extractor, habían chocado tintineando contra la ventanilla de mi derecha. El habitáculo se había llenado de olor a pólvora y del silencio imprevisto de la muerte.

Tenía que recoger los casquillos para no dejar huellas y poder

conservar la pistola. También tenía que coger la semiautomática del guardia, la garrafa de gasolina de mi coche, encender el fuego y largarme en seguida. No tenía tiempo que perder. Cada instante transcurrido sin motivo en el lugar del delito era pura locura. Era consciente de ello y, sin embargo, saqué con calma del bolsillo de los pantalones cigarrillos y encendedor. Y fumé. Un cigarrillo entero. Estiré el brazo y encendí la luz del interior del coche. Cogí sus carteras y hurgué en sus vidas. Documentos, tarjetas, fotografías. Ausonio sonreía entre dos señores mayores: mamá y papá. La rompí con un gesto brusco. Diez minutos después encendí el segundo cigarrillo. Un par de caladas y lo tiré en el vehículo rociado de gasolina.

Sábado, 11.30 horas

Los españoles llegaban de nuevo tarde. Entraron en el bar con las manos en los bolsillos. Pepe fue a la barra y pidió un zumo de naranja. Javier se dirigió hacia mi mesita. Le di la llave del coche y el *ticket* para retirarlo. Se marchó en silencio. Su compañero pagó la consumición y, al salir, se limitó a dirigirme una mirada distraída.

Sábado, 14 horas

Otro bar, otro barrio. Romo Dujc, llamado Cerni, estaba bebiendo una bebida no alcohólica. Nunca alcohol antes de apoyar el ojo en una mira de precisión y apretar el gatillo. Tonci Zaninovic, su socio, estaba sentado a otra mesa, con la mirada fija en la calle.

Tiré sobre la mesa el sobre.

—Llave y *ticket*.

El croata asintió. Ese día nadie tenía ganas de hablar.

Sábado, 20.32 horas

Después del atraco, pude reconstruir los hechos gracias a los periódicos y a las entrevistas hechas a los testigos por las emisoras

lombardas y nacionales.

El furgón blindado llegó puntual, a las ocho y media de la tarde. Durante dos minutos, la escolta comprobó la zona circundante. Después, el conductor y otro guardia jurado bajaron del vehículo, abrieron la puerta de acero y cogieron las sacas con el dinero; en ese momento fueron abatidos por varios proyectiles. Gianni Casiraghi, el conductor, cuarenta y un años, separado, con dos hijas, había sido alcanzado en plena cara y en la garganta. Walter Salemme, veintinueve años, casado, un niño de cuatro meses, un tiro en la sien. Estaba ya muerto antes de caer al suelo. De una fila del aparcamiento, un Renault 21 salió derrapando hacia las sacas abandonadas sobre el asfalto. Los testigos estaban seguros de que lo conducía una mujer. Mientras tanto, los francotiradores habían seguido disparando algunos tiros sobre la tronera trasera del furgón para impedir que el otro vigilante pudiera abrir fuego. Pero no hacía falta. Antonio Donati, treinta y tres años, casado y sin hijos, a la vista de sus colegas fulminados con mortífera precisión, se había tumbado en el suelo del vehículo, rezando y sollozando. El terror incluso le había impedido coger el micrófono de la radio y dar la alarma a la central de la empresa de vigilancia. Del Renault habían bajado dos hombres. Uno había recogido las cuatro sacas, el otro lo había cubierto empuñando dos pistolas. Los periódicos se explayaron ofreciendo a los lectores planos del lugar hechos por ordenador y tesis poco creíbles. La única suposición exacta se refería a la presencia de un soplón en la banda. Los cadáveres de Ciccio y Ausonio habían sido ya encontrados, pero tanto el automóvil como los cuerpos estaban carbonizados hasta tal punto que haría falta tiempo para averiguar sus identidades. La noticia del robo ocupó la primera página durante varios días, no sólo por los dos muertos, los funerales con prelados de rango y el luto ciudadano, sino también por la importancia del botín: mil setecientos cuarenta millones.

Contrariamente a la costumbre, los investigadores habían hecho tan sólo declaraciones vagas y de escaso interés. La dinámica del atraco y el hallazgo en la azotea de una veintena de casquillos de fabricación rusa los había encaminado inmediatamente hacia la pista de una peligrosa banda extranjera. Una investigación difícil, donde cada elemento podía resultar útil sólo si no se hacía público.

Sábado, 21.15 horas

La estación de servicio había cerrado a las 19.30 horas. Aparqué el Panda detrás del túnel de lavado para evitar que lo viera la policía local. Mi presencia hubiera podido despertar la curiosidad de alguna patrulla de paso. Llegó el Ford Escort de los croatas, y en seguida el Renault de los españoles. Giré la llave en el contacto y los guié hasta el caserón. Estaba contento, contento y excitado con la idea de hacerme rico. El último esfuerzo sería meter los cadáveres de mis cómplices en la vieja cisterna.

Sábado, 22.40 horas

Para evitar los controles nos vimos obligados a recorrer caminos secundarios, a menudo sin asfaltar. Aparqué el coche, encendí una potente linterna e hice un gesto a los demás para que me siguieran. El caserón abandonado estaba sumido en la oscuridad. Por un instante, nadie se movió. El lugar parecía hecho adrede para tender una trampa. Después, todos se metieron las manos en los bolsillos y el contacto con las culatas de las pistolas los convenció para entrar en la casa. En la cocina encendí la lámpara de *camping-gas* y, mientras les decía a los españoles que pusieran el dinero sobre la mesa, empecé a moverme hacia mi escondite, la esquina de la chimenea.

Anedda empezó a disparar demasiado pronto y lo jodió todo. Fulminó a Pepe alcanzándolo en el pecho y con otra descarga de balas destrozó el costado de Javier. Pero Francisca y los croatas aún no habían entrado en la cocina y retrocedieron por el pasillo poniéndose fuera de tiro. Empuñé la escopeta de cañones recortados y me moví lentamente hacia la puerta, dispuesto a disparar. Pero fui sorprendido por un tiro cruzado y tuve que ponerme a cubierto. Javier empezó a quejarse débilmente. Cogí la pistola y lo rematé.

—La que has armado —le grité furioso a Anedda, que había entrado por la ventana.

—Tenemos el dinero —respondió él señalando las sacas sobre la mesa—. Vayamos fuera a acabar el trabajo —añadió, apagando la lámpara.

En vez de eso, nos quedamos inmóviles en la habitación. Los croatas habían cogido del coche los fusiles con las miras de rayos infrarrojos y, protegidos por la oscuridad, nos tenían a tiro mientras que nosotros no podíamos verlos.

—Nos han jodido.

—Negociemos —aconsejó el polizonte.

—Es inútil que nos disparéis —grité—. Os damos la mitad del dinero y cada uno se va por su lado.

—Todo el dinero —gritó a su vez el croata—. No estáis en condiciones de negociar.

—Podemos resistir hasta el alba y entonces vuestras miras os las podréis meter en el culo.

No contestó. Evidentemente estaban sopesando la situación.

—¿Y la española? —preguntó Anedda.

Claro, Francisca.

—No tengo ni idea —contesté—. O la han matado los ustaches o está escondida en los alrededores.

—¿Qué hacemos?

—Lo único que podemos hacer es quedarnos a cubierto. Tú vigila la puerta y yo la ventana.

Fuimos interrumpidos por la voz de Romo:

—De acuerdo. Tirad fuera dos sacas y nos marchamos.

—Qué chico más listo —dijo Ferruccio con sarcasmo.

—Si sigues diciendo gilipolleces nos echamos una siestecita hasta mañana por la mañana —grité—. El dinero a cambio de los fusiles con mira telescópica. Y basta de discusiones inútiles.

—De acuerdo.

Pasaron otros diez minutos antes de llegar a un acuerdo sobre la dinámica del intercambio. Finalmente las dos sacas y los dos Dragunov yacían sobre el claro de delante de la casa. Sólo entonces volví a encender la linterna. Con el haz de luz rompí la oscuridad hasta ver a Romo y Tonci a cubierto detrás de un coche. Pero no estaban solos. Cerni tenía a Francisca cogida por el pelo, y apoyaba un cuchillo en la garganta de ésta. El socio empuñaba una pistola y nos tenía a tiro. Correspondido por Anedda, que no lo perdía de vista a través de la mirilla de la escopeta de aire comprimido.

El croata se rió burlón.

—Vosotros marchaos. Nosotros nos quedamos aquí para

divertirnos con la puta anarquista.

Con un movimiento de la cabeza, Francisca intentó autodegollarse. No lo consiguió, tuvo mala suerte. Romo le estampó la cabeza con el coche y ella cayó al suelo desmayada. Los dos ustaches encontrarían la manera de que volviera en sí.

—¿Qué hacemos? —pregunté en voz baja a Ferruccio.

Éste se encogió de hombros.

—La española debe morir de todos modos. Mientras ellos se la folian, nosotros encontraremos la manera de engañarlos. Esas dos sacas son nuestras.

—¿Ya tienes un plan?

—No, pero tengo una idea: vayamos a cruzar cuatro palabras con Luana.

—Perfecto. Ésa seguro que conoce los próximos movimientos de esos gilipollas.

—¿Y bien? —nos instó el ustache.

—De acuerdo, nos marchamos —respondió en voz alta—. Pero no podemos permitirnos dejar cadáveres por ahí. Antes de iros tendréis que esconder los cuerpos en la cisterna que hay detrás de la casa.

—No hay problema —dijo Cerni.

—Ahora alejaos de los coches —ordené.

Mientras el poli me cubría las espaldas, subí al Panda y, con una impetuosa marcha atrás, llegué a su lado para que subiera; después metí primera y pisé a fondo el pedal del acelerador.

Domingo, 1.25 horas

Luana hacía la calle en via Novara, en la zona de San Siró, pero esa noche nadie la había visto.

—Estará en casa —sugerí por enésima vez.

Aunque íbamos en el coche de Anedda, que podía enseñar su tarjeta de funcionario de la DIGOS, no me sentía a gusto circulando armado hasta los dientes y con dos sacas llenas de dinero robado en el maletero. A él, en cambio, le importaba un bledo. Se creía intocable. Conducía despacio, escrutando la acera atestada de putas procedentes del Este. Aquélla era la zona de la mujer.

—Seguramente está en casa esperando a los otros dos —repetí una vez más.

—De acuerdo, vayamos a ver. Pero hubiera preferido pillarla en la calle.

Veinte minutos más tarde, estábamos con el índice en el timbre de la puerta de su apartamento. El poli me detuvo con un gesto de la mano. Dio un paso hacia atrás y le soltó una patada a la cerradura. La puerta, de pésima calidad, cedió con un ruido de madera partida. Entró sosteniendo la pistola con ambas manos en posición de tiro. Lo seguí sacando a mi vez el revólver. Luana Bazov, prófuga de Vukovar, estaba en el dormitorio y hacía las maletas. Cuando nos vio, su rostro se convirtió en una máscara de terror.

—Hazle daño —ordenó mi socio.

No me hice de rogar. Fingiendo que iba a golpearla en el rostro, la obligué a protegerse alargando el brazo hacia mí. Entonces le cogí el dedo de una mano y, con una torsión veloz de la muñeca, se lo rompí. Se quedó sin aliento. De un empujón la tiré sobre la cama. Ferruccio le plantó la pistola en el pecho izquierdo, a la altura del corazón.

—Puta viva o puta muerta. ¿A qué juego quieres jugar?

—Puta viva —lloriqueó la chica.

—Queremos a Romo y a Tonci.

—No sé dónde están —contestó desesperada.

—Puta muerta —se rió burlón el polizonte levantando el cañón de la pistola.

Tenía más miedo de sus paisanos que de nuestra amenaza de muerte. Los dos miembros de la Ustacha y sus amigos podían hacerles daño a sus familiares.

Me incliné sobre ella.

—Si nos ayudas a encontrarlos, los mataremos. No volverás a verlos y nadie podrá relacionarte con su muerte.

—¿De verdad queréis matar a ese cerdo de Romo?

Había acertado. Le dirigí una sonrisa cómplice:

—Sí.

Luana recuperó el color, se sentó y nos contó que debía esperarlos en otro apartamento, alquilado hacía unos días. Serviría para esconderlos hasta que las aguas se hubieran calmado. Después,

un tren hasta Génova y un barco directo a Paraguay. Cerni había decidido que ella era su mujer, y que tendría que seguirlo allí adonde fuera, pero ella lo odiaba. Nos dio la dirección, las llaves y nos explicó la contraseña para anunciarnos: un timbrazo corto y dos largos.

—Desaparece de Milán —le ordenó Anedda—. Si te veo otra vez, estás muerta.

Señalé a la mujer.

—¿Dejamos una testigo a nuestras espaldas?

Miró a Luana.

—Lo último que le conviene hacer es hablar de este encuentro.

—Podría avisar a los dos croatas.

Negó con la cabeza.

—No lo hará.

Me encogí de hombros.

—A mí me parece un riesgo inútil. De todos modos, el jefe eres tú.

Al salir de la habitación, me volví hacia la zorra:

—En vista de que aún estás viva, ponte hielo en el dedo y ve a un ambulatorio.

Estalló en llanto, aliviada por haber salvado la vida. Ferruccio sonrió satisfecho por su gran gesto. En realidad, una auténtica gilipollez. No hay que fiarse nunca de las putas. Pero no osé contradecirlo. Esfuerzo inútil. No habría cambiado de idea.

—Démonos prisa —dijo una vez subimos al coche—. Tenemos que llegar antes que ellos.

—¿Cómo piensas acabar con ellos en el apartamento? No podemos permitirnos el lujo de un tiroteo en un edificio.

—¿Llevas la pistola con silenciador?

—Está en casa de la viuda. Hoy no la necesitaba.

—Entonces tenemos que espabilar.

Aparcamos lejos y nos acercamos con circunspección, vigilando los coches aparcados a ambos lados de la calle. No vimos ni el Renault ni el Ford Escort. Llamé al timbre respetando la contraseña. Un minuto después entramos en el apartamento pistola en mano. Vacío, aparte de las maletas de los ustaches. Las revisamos apresuradamente: ropa, tres pistolas y algunas cajas de munición.

Anedda señaló una que contenía el mismo tipo de proyectiles

usados para asesinar a los guardias jurados.

—Cuando los encuentre registrando el apartamento con mis hombres, podré afirmar con absoluta certeza que los dos cadáveres pertenecen a los francotiradores. Mi carrera sacará un discreto provecho —se rió frotándose las manos.

Lo miré admirado.

—Tienes agallas. ¿Y cómo te las arreglarás para «descubrir» el escondite?

—El clásico soplo de un informador.

—Ya. Con eso vosotros lo justificáis todo.

—No te quejes. Piensa que de esta manera la investigación señalará definitivamente la pista de los dos miembros de la Ustacha y nosotros no correremos ningún riesgo. —Miró el reloj—. Nuestros amigos habrán terminado ya de repasarse a la española y estarán aquí en un momento. Preparémonos para recibirlos.

En la cocina, volcó la mesa de madera y arrancó una pata.

—Usaremos el sistema Ruanda: rápido, silencioso y letal.

Veinte minutos más tarde, el timbre sonó tres veces. Abrí la puerta. Romo entró el primero, seguido por Tonci. Tenían las manos ocupadas con los fusiles y las sacas con el dinero. Los cañones de nuestras pistolas se materializaron en sus nucas.

—De rodillas y con las manos detrás de la cabeza —ordenó Anedda.

Romo obedeció y su amigo no necesitó traducción. No les di tiempo a reflexionar. Dejé la pistola, empuñé la pata de la mesa y la abatí con todas mis fuerzas sobre el cráneo de Cerni. Levanté de nuevo la madera sobre mi cabeza y golpeé a Tonci Zaninovic. Di un paso atrás para contemplar la escena: dos cuerpos en el suelo, cráneos hundidos, salpicaduras de sangre en la pared, en mis zapatos y en los pantalones de Anedda.

El poli se agachó para tocarles las carótidas.

—Aún están vivos.

Mascullé entre dientes una blasfemia. Fui a hurgar en las maletas. Volví con el cinturón de un albornoz y los pantalones de un pijama.

—Ocúpate del otro —dije, enrollando los pantalones del pijama en el cuello de Romo.

Nunca hay que tener demasiada prisa en abandonar el lugar del delito. Se corre el riesgo de descuidar algún detalle que pueda dirigir las investigaciones en la dirección correcta. Anedda y yo nos cambiamos de zapatos y pantalones rebuscando en el guardarropa de los difuntos. Nuestra ropa, junto con el cinturón, el pijama y la pata de la mesa, acabaron en una bolsa de basura que más tarde tiraríamos en otra zona de la ciudad. El poli empezó a buscar huellas. Evidentemente no para inventariarlas. Habíamos usado guantes todo el rato y no debíamos preocuparnos por las digitales. Pero las de las suelas de nuestros zapatos se veían bien nítidas sobre el pavimento. Busqué un cubo y una bayeta y resolví el problema. Al final, nos marchamos satisfechos. Anedda volvería a la noche siguiente, llevando una chaqueta azul en cuya espalda se leería «Policía».

Aún no sabía si debía fiarme de él. Ahora quedábamos sólo nosotros dos para repartirnos el botín. Siempre le podían entrar de repente ganas de quedárselo todo. Cuando subimos al coche, metí la mano en el bolsillo buscando la culata de la pistola. Advirtió el gesto, pero disimuló.

—¿Cuándo tienes intención de matar a la viuda? —preguntó.

—El martes, antes de irme de Milán.

—Podría ser demasiado pronto. Mañana vuelvo al servicio y veré qué aire se respira. Antes de actuar, espera a que te llame por teléfono.

—De acuerdo.

—Quédate tú con el dinero. Lo repartiremos antes de que te marches. En cuanto hayas acabado con tu anfitriona.

De la sorpresa, me atraganté con la saliva.

—¿Bromeas?

—No. De ti me puedo fiar porque no se te ocurriría nunca traicionarme, no te lo puedes permitir. —Tenía razón. Me hubiera encontrado en cualquier parte—. Cuéntalo y divídelo por la mitad —añadió—. Tira las sacas y mete los billetes en bolsas de viaje.

El apartamento de la viuda estaba sumido en el silencio, como siempre. Cuando la televisión no estaba encendida, parecía que no hubiera nadie. El teléfono no sonaba nunca, y raramente el móvil.

Llamadas de viejos clientes preocupados por no haberla encontrado en algún hotel. La soledad de aquella mujer era espantosa, y la soledad era el único aspecto de la existencia que me daba miedo. Cuando estás solo y sin medios, te conviertes en presa de otra persona. Como le había pasado a ella conmigo. Pero eso a mí no me sucedería, porque yo me organizaría la vida de manera distinta y nunca me encontraría en su misma situación a una cierta edad. Aquella estúpida mujer no había sabido pensar a largo plazo, y había jugado mal sus cartas representando durante demasiado tiempo el papel de viuda del gran *boss*. Pero la gente olvida de prisa y ella había ido cayendo cada vez más bajo, hasta conocerme a mí, hundiéndose entonces para siempre en los abismos de la derrota. Tan sólo le faltaba una muerte violenta e injusta, y de eso me ocuparía bien pronto. Fui a mi habitación y tiré sobre la cama las sacas con el botín, la pistola y la *lupara*. Advertí una presencia a mis espaldas. Me volví lentamente y me encontré mirando a los ojos a la dueña de la casa. Llevaba un traje de chaqueta negro, medias oscuras y zapatos de charol de tacón alto. El pelo recogido en un sobrio moño y la cara perfectamente maquillada. Por primera vez parecía una auténtica señora y no una vieja prostituta.

—¿Sales? —pregunté.

Negó con la cabeza y señaló las sacas.

—He visto la televisión. Desde el principio entendí que estabas preparando un golpe y que yo no era más que un testigo incómodo. —Se arregló los puños de la camisa de seda—. Hace tiempo era una mujer elegante y quiero morir elegante.

Seguí mirándola sin decir nada. Mi silencio confirmaba sus sospechas, pero no tenía sentido tranquilizarla. Si no había escapado, eso significaba que ya le iba bien marcharse al otro mundo y también que fuera yo quien la matara.

—No te preocupes, no sucederá esta noche.

La viuda asintió. Se sentó al borde de la cama, cruzando las piernas, y encendió un cigarrillo. Pasó despacio la mano por las sacas.

—Cuando mi marido vivía me hacía contar a mí el dinero de los robos. Quería que me pintara las uñas con esmalte rojo oscuro de Chanel, se sentaba en un sillón y me miraba mientras manejaba los fajos de billetes. Al final, hacíamos el amor. Y mientras estaba

dentro de mí, me olfateaba las manos, que olían a dinero. Después se volvió importante, y enviaba a otros a asaltar bancos. Amplió los negocios: droga, juego, falsificaciones y desde ese momento empezó también a tener otras mujeres. Yo paseaba por Milán con abrigo de piel y enjoyada como una princesa, pero por la noche dormía sola. Nunca dejé de quererlo; yo soy una de esas que en la vida aman a un solo hombre, y cuando me lo mataron me convertí en la «viuda». Para siempre.

Recordaba el suceso. El *boss* estaba en el patio de la cárcel de seguridad de Cuneo cuando un grupo de asesinos a sueldo lo rodeó y lo asesinó a cuchilladas. Por desprecio, le habían arrancado el corazón y lo habían tirado al suelo.

—Después del funeral —reanudó melancólicamente la narración —, algunos de los nuevos jefes me cortejaron durante mucho tiempo. Sólo por el gusto de follarse a la mujer del viejo *boss*. Una afrenta sin riesgos, propia de cobardes, pero yo preferí defender su memoria y joderme la vida. Después llegaste tú. Me has hecho entender que seguir viviendo así sólo puede ser humillante. No tengo miedo de morir, y mi tumba hace tiempo que está lista, al lado de mi marido. Lo único que te pido es que no me hagas sufrir demasiado y que dejes que me encuentren elegante, como lo estoy ahora. No quiero que los periódicos escriban que he muerto como una harapienta.

Le sonreí.

—Tranquila, quedarás como una reina —mentí. Mi plan preveía para ella algo bien distinto. Después cambié de tema—: Estoy cansado, cuenta tú el dinero y divídelo en dos partes.

—Sí que habéis quedado pocos para repartiros el botín. Una banda de caballeros.

Me metí bajo la ducha para quitarme el olor a muerte y a miedo que me impregnaba la ropa y el cerebro. Empecé a relajarme y a sentirme contento. Hice un par de cálculos y comprobé que era millonario. No estaba mal, para un tipo que había salido de Centroamérica con una cadena perpetua a sus espaldas. Finalmente era rico y podía pensar en construirme la vida a la que tenía derecho, después de tantas fatigas. También la actitud resignada de la viuda contribuía a mi satisfacción. No tenía ganas de más líos. Cuando volví a la habitación, la mujer estaba aún contando. Fui al

salón, me serví un trago y encendí la televisión. Todas las emisoras transmitían informativos especiales sobre el atraco al hipermercado. Las imágenes eran casi siempre las mismas: los cuerpos de los dos guardias tapados con una sábana y los hombres de la científica haciendo turnos. Alcé la copa para brindar por mi plan: simple, fácil y, en consecuencia, genial.

La viuda se acercó.

—Mil setecientos cuarenta millones. Felicidades. —Después miró las imágenes que se pasaban en la tele—. Tiempo atrás, la mafia daba parte del dinero a las viudas. También a las de los polizontes.

—No digas imbecilidades. Ésas eran patrañas que te contaba tu *boss* para hacerte creer que era un gran hombre —refuté con maldad—. Y ahora desaparece, vete a tu habitación.

Esa noche dormí con la pistola debajo de la almohada. Racionalmente sabía que estaba seguro, pero era difícil controlar la tensión, y me despertaba con cada pequeño ruido. Por la mañana abrí los ojos y me encontré a la viuda sentada en la cama, en camisón. El cabello suelto le caía sobre los hombros y olía a limpio. Encendió un cigarrillo y empezó a contar anécdotas de cuando aún era alguien. Un verdadero rollo. Hubiera querido mandarla a la mierda, pero era mejor dejarla tranquila. Crearía menos problemas en el momento de abandonar la vida terrenal. De vez en cuando asentía fingiendo interés, pero mientras ella hablaba, mi mente estaba lejos, había vuelto al pueblo, con Flora. Durante algunos minutos me abandoné al sueño irrealizable de recuperarla con el poder del dinero. Ante el recuerdo de los polvos en el almacén de la zapatería, la polla se me puso dura como el mármol. Cogí la mano de la mujer y la metí debajo de las sábanas.

—Sé útil —le dije.

El tiempo no pasaba nunca y la espera de la llamada de teléfono de Anedda se hizo exasperante. La viuda empezó a perder el control y alternaba momentos de aparente tranquilidad con largas crisis de llanto. La televisión estaba perennemente sintonizada en los telediarios. Cuando una noche vi a mi socio pavonearse en una conferencia de prensa por el hallazgo del «escondite de los atracadores y de los cadáveres de dos de ellos, probablemente

extremistas croatas», la apagué. No hacía falta seguir las crónicas para entender en qué punto estaban las investigaciones. Estaba todo bajo control.

Hice las maletas, las que contenían el dinero y las de mi ropa. El lunes sonó el móvil.

—Mañana por la mañana retiran los puestos de control —anunció expeditivo Ferruccio—. Estate a las diez en punto frente al restaurante donde comimos juntos… con mi bolsa, obviamente —añadió riéndose.

La viuda, en cambio, estaba llorando. En silencio, pero de manera irrefrenable. Tenía los ojos hinchados y rojos.

Le rodeé la espalda con un brazo.

—Quizá sea mejor que te des un buen baño caliente, eso te calmará.

La ayudé a desnudarse y a llenar la bañera de agua, sales y gel de baño. Después fui a preparar el biberón de Fernet y a coger los somníferos. Cuando me vio volver, se asustó.

—Me marcho dentro de tres días —mentí para tranquilizarla.

Le puse la tetilla en la boca y le solté una cantidad inverosímil de palabras huecas pero melosas. Ella chupó hasta la última gota, como una buena niña. Perdió el sentido veinticinco minutos después. La cogí por los pies, me los metí bajo los sobacos y, agarrándola por las rodillas, empecé a meterle la cabeza en el agua. El instinto de supervivencia la hizo hacer algunos intentos convulsos de salir del agua, pero fueron débiles e insignificantes. Cuando estuve seguro de que estaba muerta, volví a colocar el cuerpo en la bañera.

Después empecé a limpiar el apartamento de las trazas de mi presencia y de huellas digitales. Aproveché para registrar atentamente las habitaciones en busca de algo que valiera la pena llevarse. Fue una buena idea, porque descubrí que la vieja puta había intentado engañarme. En un cajón encontré escondido un sobre con estas palabras: «Para leer después de mi muerte». Y dentro, un par de folios escritos con una caligrafía temblorosa pero perfectamente comprensible. Si hubieran acabado en las manos equivocadas, me habrían costado la cadena perpetua. Empecé a temblar como una hoja, y un ataque de pánico me empujó a registrar la casa de arriba abajo un par de veces. Al día siguiente, en

el momento de marcharme, atormentado por la idea de que la viuda hubiera escondido otras cartas, me asaltó la tentación de quemarlo todo. Logré calmarme y me convencí de que si no las había descubierto yo, tampoco lo haría la pasma. Al final encontré fuerzas para abrir la puerta e irme. Decidí no contarle nada a Anedda. La posibilidad de que yo estuviera comprometido podía hacer que me considerase un peligro potencial y me disparase un tiro en la cabeza.

El polizonte Ferruccio llegó con un coche patrulla de la comisaría. Abrí la portezuela y dejé en el asiento la bolsa con su parte del botín. Metió la marcha y se fue, saludándome con un apresurado gesto de la mano. Seguí el coche con la mirada hasta que se confundió con el tráfico, pensando que había hecho bien en fiarme de aquel poli elegante por fuera y podrido por dentro. *A posteriori* tendría oportunidad de arrepentirme amargamente, y que en ese momento no pudiera saberlo o imaginarlo, nunca fue una justificación válida. En una historia como ésa, un muerto más no se hubiera notado. Porque de los policías uno no puede fiarse nunca. Como las putas, tienen siempre un último favor que pedirte: el que te jode. En lugar de la bolsa, hubiera tenido que meter en el coche la pistola con el silenciador. Tres, cuatro tiros y la historia se habría acabado para siempre. Y no hubiera tenido que repartir el botín con nadie. El error fue pensar que un polizonte con quien había hecho negocios siempre podía volver a resultarme útil. En cambio, en cuanto dejé de jugar a policías y ladrones y entré en el mundo real, me di cuenta de que allí los polis no contaban un carajo. Existía un submundo de «profesionales», cada uno con su especialidad, sus contactos, sus derechos y su parcela de poder. Eran ellos los que te resolvían los problemas. Y a la ley y a los guardianes del orden se los pasaban por el forro de los cojones.

Subí a mi Panda, que transportaba más de mil millones en billetes distintos emitidos por la casa de moneda y timbre del Estado. Tomé la autopista en dirección al nordeste. No tenía aún las ideas claras sobre mi futuro, pero sabía que iba en la dirección adecuada, a donde quien tiene huevos y cerebro puede llegar lejos: el nordeste de los vencedores.

La Nena

Algunos días después de haber cumplido cuarenta y un años, me establecí en una ciudad del Véneto. No tiene importancia especificar en cuál. Padua, Treviso o Vicenza; el hambre de dinero era la misma en todas partes. De todos modos, la elección no fue casual. Me trasladé donde vivía el abogado Sante Brianese, el profesional que me tenía que introducir en el mundo de los ciudadanos honestos. Su nombre me lo había aconsejado en San Vittore el exdirector de un banco véneto condenado por estafa y apropiación indebida, por si acaso un día necesitaba un picapleitos.

—No tiene ni pajolera idea de derecho penal —aclaró el hombre —, pero es muy hábil resolviendo esa miríada de problemas que sirven de corolario a una causa penal, en concreto la inversión de capitales de procedencia ilícita.

Al principio, no tenía intención de dirigirme a él. Pensaba en arreglármelas solo. Pero bien pronto me di cuenta de que no tenía los papeles en regla ni siquiera para alquilar un apartamento y, cada vez que me paraban en un control rutinario, mis antecedentes penales me causaban un montón de quebraderos de cabeza.

Brianese me recibió en un despacho poco vistoso, decorado con muebles sobrios y caros. De mediana estatura, pero con un físico entrenado con regularidad en las pistas de tenis, era un hombre elegante que inspiraba confianza. Su rostro de rasgos angulosos, de hombre de negocios del siglo XIX, daba la impresión de que fuera a resolver cualquier problema. Cuando le confesé dónde había conocido a la persona que me había dado su nombre, me dijo que pusiera sobre la mesa un anticipo de sus honorarios.

—Bien —dijo, metiéndose los billetes en la chaqueta—. Ahora es usted mi cliente. Hable con total confianza.

En realidad, fui muy conciso. Me limité a explicar mi situación de expresidiario con un cierto capital que invertir en el sector de la

restauración.

—Vuelva mañana a la misma hora —se despidió de mí el profesional—. Usted me ha expuesto la situación con extrema claridad, pero entenderá que debo hacerme con la correspondiente información.

—Su problema se llama rehabilitación —empezó a explicar al día siguiente—. Nuestro código civil contempla la posibilidad de que un condenado, tras haber demostrado durante cinco años absoluta buena conducta, pueda solicitar al juez de guardia recuperar los derechos civiles. En resumen, la concesión de este beneficio borra los antecedentes de la vida de una persona.

—Y entonces todo resulta más fácil —comenté.

El profesional sonrió.

—Sí, exactamente. Por lo que me ha dicho, usted terminó de cumplir la condena hará unos tres años…

—Tres años y dos meses.

—Así pues, en un par de años podremos presentar la instancia de rehabilitación, siempre que su comportamiento posterior a la excarcelación se haya mantenido dentro de la absoluta legalidad.

Me removí incómodo en la silla.

—Bueno, durante algún tiempo trabajé en un *lap dance*. Policías, carabineros y guardias de finanzas nos visitaban a menudo, y mi nombre figura sin duda en los informes, sobre todo teniendo en cuenta que el propietario acabó en la cárcel por tráfico.

—¿Usted estuvo directamente implicado en la diligencia?

—No.

—Entonces no tenemos nada de que preocuparnos. Lo importante es que de ahora en adelante evite frecuentar ambientes poco recomendables. Pero de eso me parece ya convencido si, por lo que he entendido, tiene intención de invertir en la restauración, actividad rentable y totalmente respetable.

—Exacto. Dispongo de un cierto capital y mi objetivo es dirigir un local de nivel.

—¿Cuánto?

—Mil millones.

—Los ahorros de toda una vida —bromeó el abogado—. Aquí,

entre nosotros, no importa saber de dónde procede el dinero —añadió poniéndose serio—. Pero no debe apestar a hampa. Por el contrario, debe perfumarlo de duro trabajo e inteligencia productiva. ¿Entiende lo que quiero decir?

—A la perfección. Precisamente por eso me he dirigido a usted.

—Y ha hecho bien. Aténgase a mis instrucciones y le garantizo que obtendrá lo que quiere.

La primera instrucción fue acerca de sus honorarios. Por el estudio de factibilidad pidió veinte millones, al contado. Antes de despedirse de mí me preguntó dónde me alojaba. Le di el nombre de un hotel de la periferia y el abogado se horrorizó.

—Con todos los controles de policía que hay en los hoteles de la zona, si descubren que no trabaja se arriesga a ser expulsado —me reprochó sacudiendo la cabeza. Cogió un par de llaves de un cajón—. Un amigo tiene un pisito en el centro, pequeño pero confortable.

Alargué la mano.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Dos millones al mes.

El abogado había dicho la verdad. El apartamentito estaba decorado con gusto. Y la vista sobre los tejados de las iglesias y de los edificios antiguos era encantadora. Me bastó echar una ojeada al baño y al frigorífico para entender que nadie había vivido jamás allí y que se trataba de un picadero. Probablemente pertenecía al propio abogado, que usaba el pisito para llevar allí a sus amigas y para organizar alguna que otra orgía. Me mudé, llevando conmigo tan sólo las maletas llenas de dinero y la pistola con silenciador. Las bolsas con la ropa las tiré en un contenedor. Había decidido cambiar de imagen y vestirme finalmente en una sastrería. Como un tipo que se hace respetar. Acudí también a un centro de belleza. Mientras esperaba mi turno para la manicura, hojeé distraídamente algunas revistas. Me encontré mirando la foto de la viuda cuando era aún joven y sonriente. El semanario le dedicaba un reportaje de tres páginas. No perdí tiempo leyéndolo. Me bastó el título: «¿Accidente o suicidio?».

Unos diez días después, entré en el estudio de Brianese ataviado como un auténtico señor. El abogado me escrutó sin hacer comentarios. Me acomodé y encendí un cigarrillo.

—Buenas noticias —empezó diciendo el profesional, examinando una serie de folios esparcidos sobre la mesa—. Pero antes de exponerle mi proyecto quisiera discutir mis honorarios.

—¿Cuánto? —abrevié.

—Trescientos millones en pagos mensuales hasta obtener la rehabilitación y el diez por ciento de los beneficios de su actividad durante los próximos cinco años.

Lo miré sin dar crédito. La cifra me parecía exorbitante.

—¿Y con qué garantías?

Brianese se encogió de hombros.

—Ninguna. Pero las posibilidades de éxito son razonablemente buenas.

Hubiera podido amenazarlo. Prometerle una bala en la cabeza en la hipótesis de un fracaso o, peor aún, de una estafa. Pero el tipo no era precisamente estúpido. No podía no conocer los riesgos de esa actividad y ciertamente sabía lo que se hacía.

—De acuerdo, abogado. Le escucho.

La Nena era una vieja taberna del centro histórico, que llevaban una pareja de ancianos: Toni y Nena. Tiempo atrás, ella había sido una mujer bellísima, que había hecho enloquecer a un montón de parroquianos. Ahora, con setenta años recién cumplidos, no veía la hora de retirarse con su marido a una casita en el campo. Sus dos hijos habían estudiado en la universidad y no querían seguir los pasos de los padres. El plan de Brianese consistía en que empezara a trabajar en el lugar como camarero y que poco a poco fuera asumiendo la dirección. Una vez rehabilitado, me convertiría en propietario, transformando el local a mi gusto. Mientras tanto, para afianzarme en el oficio, asistiría a cursos de especialización.

Toni y Nena estaban obviamente de acuerdo y ya habían fijado el precio de compra de la taberna: la mitad en el momento de mi contratación y el resto al cierre de la venta.

—No esconderemos su pasado —explicó el abogado—. La gente lo descubriría de todos modos y sería peor. Lo presentaremos como un buen hombre, víctima de malas compañías, pero dispuesto a demostrar que ha cambiado y que es útil a la sociedad. Usted

deberá comportarse con discreción, pero al mismo tiempo con simpatía, haciéndose querer. Y sobre todo, no deberá hacer ninguna ostentación de riqueza. La ropa que lleva en este momento volverá a meterla en el armario, a la espera de convertirse en propietario. Se vestirá en los grandes almacenes, como hacen los camareros. Y no frecuentará locales caros y mucho menos *night-clubs* y *lap dances*. Su vida transcurrirá de casa al trabajo. Yo le proporcionaré la clientela, seleccionada y de primer orden. Con el tiempo lo convertiremos en un local exclusivo. Tengo intención de meterme en política y La Nena podría convertirse en mi club.

—¿Política? ¿Qué clase de política?

—Moderada y destinada a gobernar —respondió guiñándome el ojo—. Representaré a un grupo de comerciantes y profesionales que durante demasiado tiempo se ha visto obligado a permanecer en los márgenes de la vida política de esta ciudad. Pero ahora el viento ha cambiado de dirección y tenemos intenciones de contar cada vez más, aquí y en Roma. Tendrá la posibilidad de conocer a gente que le resultará muy útil para incorporarse completamente al tejido ciudadano. ¿Qué le parece?

—Así dicho, suena como un plan perfecto —contesté cauto.

—Lo es —subrayó picado—. Siempre y cuando usted no lo mande todo a hacer gárgaras cometiendo alguna fechoría.

Brianese cambió de tema.

—Dado que en este período se verá obligado a echar mano de su capital para pagar mi compensación y el anticipo de la taberna, le puedo dirigir a una persona de confianza que puede hacerle recuperar parte del dinero.

—¿Cómo?

—Préstamos: sumas importantes, rápidos y rentables. Si dispone de más líquido para invertir aproveche la oportunidad, es un verdadero negocio.

El abogado estuvo hablando una hora más: pautas, consejos, advertencias. El tipo de San Vittore tenía razón. Sante Brianese era un hacha. Había pensado en todo. En un par de años me habría construido una posición respetable, dejando atrás el pasado para siempre.

Cuando salí del despacho, tuve la tentación de correr a celebrarlo a un restaurante de lujo; pero recordando las

advertencias del abogado, me metí en un *self-service* de la cadena Break. Después, directo a casa.

En los días siguientes me vi con algunas personas de confianza de Brianese, encargadas de ocuparse de los aspectos fiscales de la operación. Conocí también al consultor de la empresa que gestionaba la trama de usura. Un director de banco le dirigía ciertos clientes que necesitaban préstamos. El dinero era concedido por una sociedad financiera y de intermediación que se ocupaba directamente de la recuperación del dinero. El negocio estaba bien montado, y trató de convencerme de que le confiara doscientos cincuenta millones, pero al final le di sólo setenta. Prefería guardarme cierta suma, por si acaso algo salía mal y me veía obligado a abandonar precipitadamente la ciudad.

Finalmente, Brianese me acompañó a mi local. Se hallaba bajo los soportales de una calle antigua, en la zona de la plaza del mercado. Toni y Nena recibieron al abogado con temerosa deferencia. Seguro que tenían una gran deuda de reconocimiento hacia él. Conmigo se limitaron a un simple apretón de manos. Él tenía aspecto de bebedor en las últimas. Ella, en cambio, estaba llena de energía, e intentaba darse aún un aire de señora de la casa. Llevaban batas azules. No las veía desde la infancia. Los parroquianos tampoco eran jóvenes, exceptuando algún grupo de estudiantes y de holgazanes con rastas y *piercings* a los que desalojaría en cuanto tuviera ocasión. El local —una única sala con mesas y sillas de madera diseminadas aquí y allá— olía a comida recalentada, humo añejo y vino. La barra de mármol ocupaba toda una pared. Enfrente estaban el baño y una puerta que daba a un patio interior, que comunicaba con un almacén lleno de garrafas. Por todos lados había cuadros al óleo pintados por las manos más dispares. Al parecer, durante una época, Toni aceptaba que los artistas muertos de hambre pagaran alguna que otra comida con sus obras. Nena me contó que habían cogido el local recién acabada la guerra. Los judíos que lo llevaban habían sido arrestados por los republicanos en el 44. Desde entonces, no había cambiado nada. El mismo vino de siempre y el mismo menú: callos con salsa, bacalao con polenta, estofado de carne, tortilla de verduras, huevos duros

con menestra, *soppressa*[13] a la plancha y calamares guisados. Brianese me había dicho que era una de las últimas tabernas de Italia. Incluso una asociación la había metido en una lista de locales históricos a preservar. El abogado tenía una idea muy distinta. Un amigo suyo arquitecto la transformaría en un local de moda. Paredes de color salmón y decoración francesa. No iba muy descaminado. Estaba claro que la taberna necesitaba una buena mano de pintura.

Empecé lavando platos y vasos y sirviendo las mesas. La taberna abría a las siete de la mañana y cerraba a las ocho de la tarde. Volvía a casa hecho polvo. Una ducha, un plato de pasta y después me iba a recibir clases del *cavalier* Minozzi. Durante cuarenta años había dirigido el mejor restaurante de la ciudad, hasta que las deudas de juego le habían impedido pagar a los proveedores. El asunto tenía todas las trazas de acabar en los tribunales, pero la providencial intervención del abogado Brianese había tranquilizado a los acreedores. Llegados a ese punto, los hijos quisieron que el padre vendiera el local y se retirase. Ahora era un viejecito vivaz, que, a cambio de sus consejos, me obligaba a jugar con él largas partidas de cartas. Era un jugador de prisión, taimado y de mano ágil. Él se divertía, y las mejores sugerencias sobre mi futura profesión me las daba entre mano y mano. Su esposa, una mujercita diminuta y maternal, nos servía pastel y licores. El *cavalier* Minozzi resultó ser un maestro valiosísimo. Un par de meses después introduje los primeros cambios que harían época en la historia de La Nena. Eliminé el vino de garrafa y los viejos vasos «opacos». En su lugar, puse una selección de botellas de las mejores haciendas vinícolas del Véneto, el Trentino y el Friuli, además de algún que otro buen tinto piamontés y toscano. Sustituí los vasos de *duralex* por copas de vino y copas aflautadas. Obviamente, los precios levitaron y los jubilados fueron los primeros en buscar otro lugar donde beberse su cuarto de tinto de dos mil liras. Toni y Nena me lanzaban mudas miradas de desaprobación. A los viejos clientes que pedían explicaciones, no podían darles más que respuestas vagas y afligidas. El hombre, como un autómata, repetía: «Los tiempos cambian, ya nada es como antes».

El siguiente paso fue renovar los platos de la barra por embutidos, montaditos y bocadillos. Estas innovaciones y una limpieza a fondo del local fueron suficientes para asistir a un gradual cambio de clientela. Después de los viejecitos, lo abandonaron los estudiantes y los alternativos. Durante algún tiempo, el local tuvo pérdidas, pero por suerte los cuartos invertidos en la usura eran más que suficiente para tapar los agujeros. Gracias a la publicidad de Brianese, la taberna empezó a ser frecuentada por gente guapa. Se dejaban ver a la hora del aperitivo: *prosecco* y un tentempié, y me daban una marea de consejos. Todos tenían algo que recomendar. De los vinos a las ensaladas. La mayor parte de las veces se trataba de nombres que no había oído nunca. Al parecer, a la gente de un cierto nivel le importaba sólo el dinero y lo que se metía en la boca. Bien pronto me di cuenta que en este país había pasado algo. Había cambiado la relación con la comida. Destiné una mesa a una serie de guías y revistas especializadas. Los clientes no hacían más que cogerlas para enseñar a los amigos la reseña de un restaurante o de un vino de barrica. Todos se daban aires de *gourmet*. Toni y Nena no pudieron con todos estos cambios y le pidieron al abogado poder retirarse antes de lo acordado. Brianese les dijo que corrieran la voz de que querían vender y que mientras tanto yo haría otro tanto. Como primer paso contraté a un par de chicos para servir las mesas. Por consejo de una anticuaría, los vestí como camareros de una *brasería* parisina. A pesar de mis esfuerzos y de la calidad de los piscolabis y de los vinos, el local seguía siendo una taberna. El punto flaco era la cocina. La nueva clientela no tenía ningunas ganas de probar las comidas grasientas de La Nena. El *cavalier* Minozzi me organizó un menú ligero, con algunos platos de pasta y muchas ensaladas. Encontré a un joven cocinero recién salido de la escuela de hostelería y, en poco tiempo, conseguí una rotación de clientes que venían regularmente a comer. Me inscribí en un curso de *sommelier* y a todos los organizados por diversos círculos y asociaciones de *gourmets*. Casi todas las noches las pasaba entre degustaciones y clases de enología y, francamente, era muy agradable. Después de tratar con extraparlamentarios, guerrilleros, malhechores y ladrones finalmente estaba entre gente corriente. Personas que habían tenido una existencia absolutamente normal. De la escuela a la universidad, del aprendizaje de una

profesión al matrimonio. Los envidiaba, y aquella nueva vida dedicada al trabajo era tan distinta de la que había vivido hasta el día en que ahogué a la viuda, que los recuerdos se hacían cada vez más confusos. Me sentía más tranquilo, descubría sensaciones nuevas y empezaba a apreciar cosas que me habían resultado siempre indiferentes, como la música y el cine. Había varias mujeres que me gustaban. Pero no sabía cómo abordarlas. Con sus recatos y sofisticaciones no sabía cómo manejarme. Pertenecían a otro mundo. Los rumores sobre mi pasado, alimentados voluntariamente por Brianese, habían circulado por la ciudad, pero no habían cosechado rechazo. Curiosidad, sí, y mucha. De vez en cuando, alguien me hacía preguntas sobre el terrorismo o sobre la cárcel. De repente, se hacía el silencio y todos me miraban esperando la respuesta. El abogado me había preparado bien sobre la cuestión y los complacía con una sonrisa melancólica estampada en el rostro. En aquel grupo había también antiguos revolucionarios. A menudo se acercaban y, con aire de conspiradores, me confiaban haber militado en algún grupo de la extrema izquierda. Errores de juventud. La noticia de la sentencia definitiva en el caso Calabresi fue anunciada en la taberna por un abogado recién llegado del tribunal de Venecia. Era la hora del aperitivo de la tarde y La Nena estaba llena de gente. La condena fue acogida con exclamaciones de satisfacción y grititos de alegría por parte de un par de señoras. Sante Brianese organizó un brindis y, de repente, me encontré con la mirada de todos puesta en mí.

Entendí que me la estaba jugando.

—Invito yo, —grité alegre, levantando una botella de *prosecco*. Busqué con la mirada a los exrevolucionarios que había entre los clientes, y noté que todos se esforzaban por demostrar que habían cortado lazos con el pasado. Sonreí satisfecho. Estaba en buena compañía.

Cuando conseguí poder abrir la taberna hasta la una de la noche, se produjo un verdadero salto de calidad. Tuve que contratar más personal, pero el volumen de clientes aumentó considerablemente. Confié la apertura de la mañana a uno de los chicos que había contratado y que se había revelado serio y de confianza. Yo llegaba

hacia las once y me ocupaba del cierre. La clientela de la noche era completamente distinta. A excepción de alguno que otro que se dejaba ver también durante el día, los demás frecuentaban el local exclusivamente después de la cena. Me bastó poco para entender que eran todos personas relacionadas con Brianese desde el punto de vista profesional y político; o ambas cosas. Por consejo de un decorador, eliminé las viejas luces de neón, sustituyéndolas por apliques que hacían el ambiente más acogedor. Por la noche, el local perdía completamente el aspecto de taberna. El viejo y sabio Minozzi me había preparado una lista de licores refinados que los clientes consumían con gusto, charlando amablemente en las mesas. Sante Brianese hacía su labor. Pasaba de una mesa a otra, cerrando negocios o ampliando el club de los protectores. Sus objetivos eran claros: consejero regional durante una legislatura y después directo a Montecitorio. Yo no tenía dudas sobre su éxito y eran muchos los que pensaban igual, a juzgar por la deferencia con que trataban al personaje. En realidad, a él la política le importaba un pepino. Era tan sólo un medio para conseguir sus fines, en buena parte ilícitos. Su campo eran los delitos económicos. De hecho, en la taberna nunca pusieron el pie personajes vinculados al tráfico de estupefacientes o a la prostitución. Y mucho menos extracomunitarios, ni siquiera los honestos. Brianese había entendido que el modelo económico del nordeste, la famosa «locomotora», como la llamaban los medios de comunicación, donde economía legal e ilegal se fundían en un único sistema, ofrecía la posibilidad de enriquecerse y de construirse una discreta posición de poder. Y él lo aprovechaba con inteligencia y sabiduría. Negocios, crimen y política. La mafia, la nueva, había hecho escuela.

Entre sus más estrechos colaboradores se encontraban varios expolíticos y administradores públicos que habían acabado metidos en problemas con Tangentopoli[14]. Estaba también el excomandante de la policía tributaria. Acababa de cumplir seis años de reclusión por extorsión y corrupción. Los jueces estaban convencidos de que había conseguido atesorar una ingente fortuna. La habían buscado durante mucho tiempo en el extranjero, pero se habían visto obligados a renunciar. Sin duda, Brianese le había hecho un excelente trabajo. La mayoría militaban en el centro

derecha, y soñaban con arreglar cuentas con aquella parte de la magistratura que los había puesto bajo investigación, y con las fuerzas políticas que la habían apoyado. Otros ostentaban posiciones independentistas o autonomistas, pero a excepción de algunas discusiones, el ambiente era totalmente tranquilo. El único episodio desagradable se produjo no a causa de la política sino de la música. En el primer aniversario de la muerte de Lucio Battisti, un grupo de clientes, fans del cantante desaparecido, había organizado una velada para recordarlo. Llegaron con discos y guitarras. Cantos, algunas lágrimas y aplausos. En un momento dado, se acercó a la barra un tipo que había estado toda la noche bebiendo apartado. Nunca lo había visto antes. Era alto, gordo y de ojos azules. Y sobre todo estaba muy borracho. Con un gesto de la mano me dijo que me acercara.

—Battisti cantó todos los tópicos de la pequeña burguesía italiana —dijo despacio.

—Estás en el sitio equivocado para permitirte ciertos comentarios —le advertí.

—Sus letras no son más que repugnantes banalidades, y las melodías…

—Si te callas, te invito a una copa —lo interrumpí.

—Brindo por De André —dijo en voz alta.

Y estalló la catástrofe. Los fans de Battisti empezaron a insultarlo. Alguien gritó: «Comunista de mierda». Y todos querían que lo sacara del local. La señora Cardin, propietaria de un centro de belleza, incluso intentó agredirlo. Para arreglar el asunto tuve que darle al tipo dos puñetazos en el estómago. Después lo cogí por el cogote y lo saqué fuera. Los clientes aplaudieron y recibí un montón de felicitaciones y palmadas en la espalda.

Aquella noche eché el primer polvo de mi nueva vida. Gianna, una clienta habitual, me lanzaba miradas desde hacía ya tiempo. Era una morenita mona, de unos cuarenta años. Por las conversaciones de sus amigas sabía que el marido hacía un tiempo que la tenía abandonada a causa del trabajo. Oficialmente, era un pequeño artesano con un negocio propio. En realidad, era propietario de una gran empresa especializada en el sector de la pavimentación, totalmente desconocida para el fisco. Distribución, fondos y personal eran gestionados por una contabilidad paralela.

Que los negocios iban viento en popa lo demostraban las joyas y las pieles que la mujer lucía con muy poca discreción. Se quedó charlando conmigo en la barra hasta la hora del cierre. Entonces la llevé al almacén y le metí una mano por debajo de la falda. Resultó ser una amante hábil y ardiente. Repetimos otras veces y fue siempre agradable.

Después conocí a Nicoletta: rubia, alta, delgada, esbelta y con dos tetas grandes y blancas como la leche. Gran fumadora y amante de los tintos de reserva, se dedicaba a la alta costura y llevaba siempre ropa elegante y cara: Hermès o Chanel. Eran prendas de su muestrario. Los artículos eran completamente falsos, pero para muchas señoras de la buena sociedad y para algunos comerciantes, ése era un detalle secundario. Ya había tenido que ir a los tribunales un par de veces y Brianese había conseguido sacarla siempre de apuros. Estaba separada y vivía en una casita confortable en la periferia. Se dejaba caer un par de noches a la semana, esperaba a que bajara la persiana y después me llevaba a su casa.

En esa época, decidí dejar el costoso apartamento del abogado. Me presenté en una agencia inmobiliaria del centro y, como garantía, fue suficiente el nombre de La Nena. Alquilé un pisito cerca del local. Nicoletta me ayudó a decorarlo. Por primera vez sentí que una casa me pertenecía. Escoger muebles y objetos con ella me hizo conocer el placer de compartir algo con una mujer. Empecé a desear tener una relación duradera. Con Gianna o Nicoletta no había más que atracción física y simpatía, pero para mí era una novedad. No había sentido la necesidad de someterlas y de controlar su existencia, como había hecho con Flora o con la viuda. Aunque eso no significaba que hubiera cambiado mis preferencias sexuales. Experimentaba continuamente sensaciones nuevas. Y la cosa me gustaba. Quizá cambiar de vida significaba precisamente eso.

Justo al cabo de un año, Brianese vino a pedirme el primer favor. Bien pagado, pero de todos modos al margen de todo lo que habíamos acordado. Una comerciante de menaje del hogar de la provincia se había dejado embaucar por una vidente y ésta le había sacado cincuenta y cinco millones para curar a la hija de una grave

forma de anorexia. El abogado quería que los recuperase.

—He cambiado de vida —atajé.

—Cierto, y con excelentes resultados. Sólo que tú tienes un bagaje de experiencias que ninguno de nosotros posee. Es justo que la pongas al servicio de los amigos. Tú sabes bien que hay situaciones que no pueden resolverse con la intervención de la justicia.

—¿Esto significa que habrá otras peticiones de favores?

—Es posible. Has tenido tiempo de mirar a tu alrededor y darte cuenta de que aquí, con los contactos adecuados, puedes hacer fortuna y vivir feliz y tranquilo. Pero los contactos hay que cultivarlos…

—¿Riesgos?

—Mínimos. Por otro lado, serán menudencias. Y, además, recuerda que tienes las espaldas cubiertas.

—Cuando usted me habló de la rehabilitación, me dijo que me mantuviera lejos de ciertos ambientes, y que mantuviera una conducta irreprochable…

El profesional me interrumpió con un gesto impaciente.

—¿Qué problema tienes?

—No quiero poner en peligro la rehabilitación.

—Eso no sucederá, tienes mi palabra.

Lo miré. No tenía ningunas ganas de arriesgar todo lo que había logrado con tanto esfuerzo. Pero se lo debía todo a Brianese y tenía que hacer por tanto lo que él quería. Obedecerle como un siervo.

—De acuerdo.

El abogado recuperó la sonrisa y el buen humor y, entre anécdotas y bromas, me contó el caso de la maga. El mecanismo del engaño era sencillo. La quiromante Jessica publicitaba sus poderes mágicos en una emisora local. La comerciante, desesperada por la situación de la hija, había fijado una cita. Por doscientas mil liras, Jessica había escuchado las preocupaciones de la madre, prometiéndole interrogar a las fuerzas misteriosas de lo oculto para tantear las posibilidades de resolver el problema. La volvió a citar para diez días después. Mientras tanto, la maga, como era su costumbre, había encargado a un detective privado que consiguiera el máximo posible de datos sobre la clienta, sobre todo acerca de sus posibilidades económicas. En el siguiente encuentro, Jessica se

mostró sombría. Sin rodeos, le dijo a la comerciante que la situación de la hija estaba empeorando a cada hora que pasaba y que sólo una intervención esotérica podía salvarla. Y así, en sólo cuatro sesiones, la cliente se encontró aligerada de un buen montón de dinero. El marido, al enterarse del asunto, se había dirigido al abogado.

Jessica ejercía en varias ciudades del nordeste. Fijé la cita en Mestre. Nunca había estado allí y nadie me conocía. Un tipo con aspecto de gorila de discoteca me guió hasta el despacho. Cuando abrió la puerta, lo golpeé con un calcetín lleno de monedas. Antes de que cayera al suelo, lo empujé con todas mis fuerzas dentro de la habitación. Aterrizó en la moqueta, precisamente delante de la mesa de Jessica.

La mujer se levantó de golpe.

—¡Dios mío! —gritó aterrorizada.

La callé con un sopapo. Esperaba encontrarme frente a una tipa extravagante y en cambio era sólo una mujer de unos cincuenta años, algo obesa, con el pelo crepado, las manos gordezuelas llenas de anillos y un vestido floreado. La cogí por el cuello.

—Tienes tres días para devolverle el dinero a la comerciante.

La mujer asintió. Entendí que no la había asustado lo bastante, y entonces le rompí un brazo, como habían hecho los dos rumanos conmigo. La quiromante se desmayó. Hubiera querido volver a amenazarla, pero no había manera de que volviera en sí. Peor para ella. Cuando se va a pedir algo, hay que demostrar que en la violencia no se tiene límite. La golpeé varias veces en la cara, aplastándole la nariz. Después volví a ocuparme de su guardaespaldas. Patadas en la boca y en los cojones. Al fin y al cabo, ninguno de los dos presentaría denuncia.

Jessica cumplió el plazo para la devolución, y tres días después, la comerciante recuperó sus millones. Brianese me felicitó y me pasó un sobre con la compensación. La usé para dar la paga y señal de un coche. Había llegado el momento de jubilar el viejo Panda. Elegí otro utilitario. El tiempo de los grandes coches estaba aún lejos.

Me fueron solicitados otros favores. Pero el abogado respetó siempre el pacto de que se tratase de cosas de poca importancia.

—Tu papel es defender a nuestro grupo de amigos de agresiones

externas —me dijo una vez—. Restablecer la legalidad. La nuestra, obviamente.

Por lo general, se trataba de usar los músculos. Algunas veces no tuve ni siquiera que recurrir a la violencia, como en el caso de una cliente de una oficina bancaria de la provincia que afirmaba que el director le había hecho firmar fianzas en blanco como garantía de un préstamo de trescientos millones. Me limité a aconsejarle que retirara la denuncia. En otras ocasiones, me vi obligado a ser realmente malo. Como en el caso de Alexia, puta triestina que chantajeaba a un asiduo de La Nena. El hombre, un acaudalado emprendedor del sector de la bisutería, había conocido a la chica en un local nocturno. Se lo había llevado a casa por medio millón y, mientras estaban en la cama, una cámara de vídeo oculta en una librería había grabado el acto. Por no enviar un paquete anónimo a la mujer del emprendedor y a los dos periódicos de la ciudad, Alexia quería doscientos millones.

Acompañé al hombre a la cita para entregar el dinero. Cuando la chica miró a través de la mirilla vio sólo al cliente, pero cuando abrió la puerta se encontró conmigo. Asustada, intentó llamar al emprendedor, que se alejaba escaleras abajo. Le di un puñetazo en la boca del estómago y la empujé dentro. Recuperé la cinta, pero a pesar de sus promesas no la creí cuando juró que no había hecho copias. La até a una silla. De la cocina cogí un paquete de sal gorda, un embudo y una garrafa de agua. Un interrogatorio policial en plena regla. A la segunda garrafa me confesó que en el armario, entre las sábanas, había dos cintas más. Alexia había decidido desplumar bien a su pollo. Al emprendedor le dije que existían otras copias del vídeo y que necesitaba veinte millones para recuperarlas. Pagó sin rechistar.

Una vez me pidieron que realizara un hurto. Bien pagado e, imagino, encargado por alguna empresa farmacéutica. Tenía que meterme en una sala del hospital y sustraer algunas fichas con datos clínicos de los pacientes. Fue un juego de niños.

El abogado había tenido también razón en el tema de las amistades. Cuando los clientes se dieron cuenta de que podían fiarse de mí, empezaron a tratarme de una manera distinta. No como a uno de ellos, sino como a uno con quien se podían hacer negocios. Así entré en otros dos negocios de usura. Me convertí en socio de un

taller clandestino de géneros de punto donde trabajaba mano de obra china. Y, sobre todo, invertía en negocios rápidos y rentables, desde partidas de vino a muebles, desde tracas de Fin de Año a ordenadores. En el nordeste, las cosas eran así. Mercancías y dinero corrían veloces.

Bastaba estar en el ambiente adecuado. Y aquél lo era en todos los sentidos. Entre las amistades había también una serie de polizontes. De todas clases, de los *caramba*[15] a los guardias municipales. Los que formaban parte de la corte de Brianese, frecuentaban La Nena asiduamente. Otros venían de vez en cuando a tomar el aperitivo. Al principio, su presencia me ponía nervioso. Después me acostumbré. El abogado no perdía ocasión de alabar mi voluntad de reinserción. Con el tiempo, empezaron a hacerme algunas preguntas sobre algunos clientes. No me extrañó demasiado. Buena parte de los propietarios de locales son informadores. Algunos acabaron metidos en líos gracias a mis soplos, que se referían a cosas de poca importancia. Falsas pruebas cinematográficas, vacaciones inexistentes, tráfico de obras de arte. Todo organizado por criminales de poca monta. Gente que tenía prisa por hacer dinero y había elegido un atajo creyendo que era fácil. Tan fácil como para permitirse el lujo de hablar demasiado. Por mi parte, era más que feliz proporcionando información a las fuerzas del orden. Me servía para allanar el camino de mi reinserción en la sociedad. Una vez vino incluso la DIGOS, justo después del homicidio de D'Antona. Me pidieron que les advirtiera en caso de que apareciera algún viejo compañero de los tiempos de la lucha armada.

—Aquí no vendrán nunca.

—Quién sabe, todos hacen tonterías —rebatió el más mayor.

—A nosotros nos interesan los de los centros sociales —explicó el otro.

—No frecuentan este local.

—Es verdad. Pero ten igualmente las antenas puestas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Estaba seguro de tener razón. En la ciudad todos estaban enterados de que La Nena la llevaba un exterrorista. Y los de los centros sociales sabían también cómo me había librado de la cadena

perpetua. Me lo habían dado a entender escribiendo en la persiana «Pellegrini infame». Varias veces. Pasaba por encima una mano de pintura y ellos volvían armados con un *spray* de color rojo fuego. Una noche, alguien escribió: «Después de Seattle nada será como antes». Conocía el eslogan. Estaba escrito en todas las paredes de la ciudad. No lo borré, no me afectaba.

Sante Brianese se convirtió en consejero regional. Tras una hábil campaña, logró hacerse con una asesoría que garantizaba la buena marcha de los negocios. Lo celebró en La Nena. Ríos de champán, abrazos con los viejos amigos y solemnes apretones de manos con los nuevos. Su corte se hacía cada vez más numerosa. Los invité a un piscolabis. Estaba sinceramente feliz por su éxito. También porque sentía que tenía la rehabilitación a mi alcance. Faltaban cuatro meses para que pasaran los cinco años. Después, tras la presentación de la instancia, tendría que esperar los plazos técnicos de la investigación y a que fijaran la fecha de la audiencia: ocho, diez meses como máximo. A los cuarenta y cuatro años me convertiría a todos los efectos en un ciudadano. Esa noche Brianese se me acercó por detrás.

—Ha llegado el momento de que encuentres a una buena chica —dijo en tono paternal—. Se dice por ahí que eres un mujeriego y eso no conviene. Aquí, entre nosotros, la gente primero se casa por la Iglesia. Después, con la bendición del cura, se folla uno todos los chochos que se le ponen a tiro.

Sus palabras me hicieron pensar por primera vez en la posibilidad de casarme. Era una buena idea. Vivir con una mujer podía ser útil y agradable. Empecé a mirar a mi alrededor. Me fijé en seguida en una mujer de unos treinta y cinco años que venía a comer todos los días. Se llamaba Roberta. Por lo que sabía, trabajaba en una notaría. Llegaba con un par de colegas y pedía siempre comidas ligeras. Aunque para mi gusto era demasiado joven, me había llamado la atención por su timidez. De vez en cuando me daba una vuelta por las mesas e intercambiaba bromas con los clientes. Con las mujeres era en extremo galante, como me había enseñado el abogado. Ella cada vez bajaba la mirada, y en su bonita boca se dibujaba una sonrisa avergonzada. Observándola, me

había llegado a convencer de que era una mujer sometida por naturaleza, y que no haría falta obligarla a representar ese papel. Físicamente me atraía: era alta, esbelta y bien formada. No era de pecho abundante pero tampoco plana y tenía un bonito trasero. El pelo castaño, hasta los hombros, enmarcaba una cara agraciada de rasgos regulares. Las piernas, en cambio, no eran gran cosa. Se las miré de soslayo mientras las cruzaba, y advertí que no tenía los tobillos delgados y que en los muslos se le veían indicios de celulitis. Imperfecciones que seguramente la hacían vulnerable y necesitada de aprobación. Empecé a cortejarla: miradas, sonrisas, pequeñas atenciones. No sabía nada de ella. Le pedí a Nicoletta, mi examante vendedora de Chanel falsos, que preguntara por ahí. Supe que había acabado con una relación de seis años con un hombre que no había querido llevarla al altar. Vivía sola, en un dúplex de un gran edificio de la periferia.

—No es la mujer adecuada para ti —comentó mi informadora.

—¿Celosa?

Negó con la cabeza.

—Roberta es una chica chapada a la antigua. Matrimonio, hijos, árbol de Navidad…

Sonreí satisfecho.

—Es precisamente la mujer que busco.

Nicoletta me dio un cachete cariñoso en la mejilla.

—Entonces, buena suerte.

La excusa para empezar fue un dolor de cabeza. Un día vino a la barra y me pidió un analgésico.

Miré en un cajón.

—Tengo aspirinas.

—No, gracias, soy alérgica.

—Tenía una tía con el mismo problema. Recuerdo que debía tener mucho cuidado. Espera que le pregunte al cocinero. Tiene migrañas y siempre va bien provisto.

Volví de la cocina con un comprimido.

—Me ha dicho que éste te puede ir bien.

Miró el nombre del fármaco.

—Me irá estupendamente, gracias.

—El miércoles es el día que cerramos. ¿Te apetecería salir conmigo?

Me miró.

—¿Para ir adónde? —preguntó cauta.

—¿Cine y *pizza*?

Hizo como que se lo pensaba.

—De acuerdo.

La película fue un tostón meloso con Richard Gere. La chica moría de accidente de tráfico y él se convertía en un hombre mejor. Nunca había visto una película tan coñazo, pero Roberta lloró todo el tiempo y estaba entusiasmada.

—Preciosa, una gran historia de amor. ¿A ti te ha gustado?

—Mucho.

En la pizzería, aproveché su estado de ánimo para endilgarle una historia confeccionada a medida.

—Soy un hombre que se ha equivocado durante buena parte de su vida —empecé diciendo—. Ahora estoy tratando de reparar mis errores y el mal que he hecho. Sobre todo a mi familia. Mi padre y mi madre murieron de sendos ataques al corazón. Mis hermanas viven lejos y no me atrevo a volver a verlas.

Posó su mano sobre la mía. Le conté cómo los malvados maestros y las fuerzas oscuras de la destrucción habían desviado mi joven mente. París, Centroamérica, el regreso a Italia, la cárcel… Una mezcla incoherente de mentiras, sostenidas tan sólo por el tono quebrado de mi voz.

—Es la primera vez que me sincero con alguien —dije finalmente.

—Me gusta que me hayas escogido a mí. Había oído algo sobre tu pasado, pero no imaginaba que hubieras sufrido tanto.

Sintió la necesidad de sincerarse a su vez. Me habló del trabajo, de la familia y, sobre todo, de Alfio. Había sido el amor de su vida, pero en el momento de afrontar la cuestión del matrimonio, se había escabullido. Ella se había recuperado con dificultad y ahora no estaba segura de querer arriesgarse con otro hombre. Me mostré comprensivo e intenté tranquilizarla con disertaciones banales sobre la sinceridad de los sentimientos. Finalmente le lancé un claro mensaje, confiándole mis sueños y mis proyectos. El retrato de mi mujer ideal parecía su fotografía. La acompañé hasta el portal de

casa y me despedí de ella con un casto beso en la mejilla. Como siempre, sonrió vergonzosa y bajó la mirada.

Desde ese día, salimos todos los miércoles. El primer mes sólo cine, teatros y restaurantes. Después, una noche, vino a mi casa. Después de la cena la inmovilicé en el sofá y la besé. Se dejó acariciar el pecho, pero cuando le bajé la cremallera de los pantalones dijo que le parecía prematuro. Mientras se estaba poniendo el abrigo decidí arriesgarme. Había llegado el momento de comprobar si la había juzgado bien.

—Así me pierdes. Para siempre —dije con un hilo de voz.

Ella se bloqueó, petrificada. Después se quitó el abrigo y volvió al sofá.

—Pon un poco de música, por favor.

En casa no había demasiada. CD que compraba en el supermercado por novecientas liras, en su mayoría reediciones de viejos discos. Música que había escuchado de jovencito, cuando iba a guateques el sábado por la tarde y bailaba lentos intentando tocarles las tetas a las compañeras de clase. Cogí el primero que vi: los éxitos de Caterina Caselli.

Roberta era una pésima amante. Sólo sabía abrirse de piernas. A pesar de las ganas que tenía de un servicio completo, me comporté como un auténtico caballero, llenándola de atenciones. Sonaron nueve canciones antes de que llegara al orgasmo. Lanzó un primer gritito mientras la Caselli cantaba: «*Hasta nunca, mi amor, las nubes han pasado ya*». Cuando me levanté para tirar el preservativo, ella me pidió que pusiera de nuevo la canción.

—Se titula Ya no estoy junto a ti.

—Lo sé. Es triste pero siempre me ha gustado mucho.

La complací. Y entre las diversas zalamerías de amantes se convirtió en «nuestra» canción. La usaba como señal cuando tenía ganas de llevármela a la cama. Cosa que no sucedía a menudo. Con una mujer que no tenía intenciones de chupármela ni de que le diera por el culo no sabía qué hacer. Pero tenía muchas otras cualidades y, en vista de que quería casarme con ella, no lo consideraba grave. Era dulce, atenta y no tocaba los cojones. Y en casa era diligente. Me gustaba su compañía. Llenaba los agujeros de mi vida: la noche, el tiempo libre… En pareja todo era más divertido. Entendí finalmente por qué la gente se casaba, y me

apresuré a hablarle de boda. Para coronar sus sueños de fotonovela, un miércoles por la noche la llevé a Venecia. Buen restaurante y paseo en góndola con serenata. En la plaza San Marcos, le puse un estuche en la mano.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunté en el momento exacto en que estaba mirando el anillo de quince millones. Obviamente, yo no había pagado ese precio, pero ése era su valor.

Roberta estalló en lágrimas de felicidad. Me abrazó y me cubrió de besos. Aquella noche tuve entre los brazos a una mujer apasionada y entendí que tan sólo necesitaba asegurarse de mis auténticas intenciones. Quería estar segura de llegar al altar. Decidimos fijar la fecha para después de la rehabilitación. Celebramos el compromiso en La Nena. Brianese levantó la copa y brindó por nuestra felicidad.

Desde ese momento empecé a frecuentar a la familia de mi prometida, y a sus amistades. Salíamos a menudo con otra pareja, Luciano y Martina. Me bastó una mirada para saber que esta última no era como mi Roberta. De vez en cuando, cruzaba mi mirada con la suya, repleta de alusiones. Su marido, poca cosa y antipático, justificaba plenamente tanto ardor. A mi novia no se le escapó el asunto. Ya en casa, me montó la primera escena. Hubiera querido pegarle para que parara, pero en cambio me limité a tranquilizarla. Era una de esas mujeres que se dedican en cuerpo y alma a un hombre, pero que no soportan el estrés de la inseguridad. Adopté una estrategia de ataque e hice todo lo posible para que creyera que ella era la persona más importante de mi vida. Hacerla feliz no era para nada complicado. Era tan previsible en sus deseos que bastaba con prestar un poco de atención. De vez en cuando, la sorprendía con el lujo. Cuando hacía un buen negocio o llegaba mi parte de los beneficios de la usura, le hacía regalos caros, de gran señora. Ella no sabía que yo era rico, y pensaba que aquellos objetos me habían costado sudor y esfuerzo.

Cuando se tranquilizó, me acosté con Martina. Finalmente, sexo de verdad. Pero lo pagué caro. Ella confesó la aventura a una amiga y, de boca en boca, la noticia llegó a oídos de Roberta. Lo negué absolutamente. Ella al final fingió creerme, pero su confianza en mí se había resquebrajado. Bien pronto descubrí que me vigilaba. Mi novia me registraba los bolsillos, la cartera y controlaba las

llamadas del móvil en busca de indicios de otras mujeres. Fingí no enterarme. En el futuro tendría que tener más cuidado.

Sante Brianese me citó en su despacho. Había presentado la instancia de rehabilitación. El juez de vigilancia pediría a las fuerzas del orden un informe sobre mi conducta y sobre mi estado patrimonial.

—Ya he movido mis hilos —dijo—. No tenemos nada de que preocuparnos.

Como de costumbre, tuvo razón. Los informes fueron todos positivos. El juez fijó audiencia para el mes siguiente. Me separaban treinta días de mi nueva vida. Podría votar, hacer mil cosas más y, sobre todo, dejar de temer que me detuvieran en un control. Justo el tiempo para preparar una ceremonia de ensueño. Roberta ya había pensado en ello y demostró que tenía las ideas muy claras a este respecto. Incluso sobre el viaje de novios: las Maldivas. No me parecía un gran sitio, pero me guardé muy mucho de objetar nada. Los preparativos la mantendrían ocupada y dejaría de consumirse en la duda de que le estuviera poniendo los cuernos con Martina.

Por primera vez, me sentía realmente ubicado. E invulnerable. El pasado ya no volvería a ser una amenaza.

Roberta

Me había confiado demasiado. Y fue un error imperdonable. Sólo se puede sentir seguro quien, en la vida, no ha hecho nunca nada al margen de las reglas. Un tipo como yo podía sólo confiar en las probabilidades. Como mucho, podría haberme sentido «razonablemente» seguro. Ésa hubiera sido la manera de no bajar nunca la guardia. En cambio un error, uno de tantos, reapareció desde mi pasado y me cogió con el culo al aire: Anedda. Levanté la mirada y lo encontré frente a mí. Lo primero que pensé es que hubiera tenido que matarlo para impedir que volviera a mi vida. La suya no era evidentemente una visita de cortesía. El polizonte Ferruccio siempre estaba metido en líos, y de los grandes. Bastaba mirarlo para comprender que era un hombre desesperado: el traje sucio, la barba crecida, los ojos brillantes y febriles, el pelo revuelto. Frente a mí estaba el fantasma del hombre que había conocido tiempo atrás. Su mirada decía que yo era su última esperanza. Le serví un aguardiente de poca calidad, el que usaba para los carajillos. Se lo tragó de un sorbo.

—Tengo que hablar contigo —dijo con voz ronca. Entre nosotros la tensión era casi tan palpable como el humo de su cigarrillo.

—Yo en cambio no tengo nada que decirte.

—Nos vemos esta noche en tu casa.

—No me has entendido.

—El que no ha entendido eres tú —replicó con su tono arrogante de costumbre—. Haz lo que te digo y sin rechistar.

Mientras se alejaba, miré su espalda con odio. Eché un vistazo a los clientes para comprobar si alguno había observado la conversación. La situación parecía tranquila. Me serví dos dedos de Lagavullin. El calor del *whisky* deshizo por un instante el bloque de hielo que tenía en el estómago. Yo también estaba desesperado. Anedda seguramente quería meterme en alguna fea historia que

pondría en peligro todo lo que había construido. Y eso a dieciocho días de la audiencia para la rehabilitación. No me merecía esta burla del destino.

Bajé la persiana de la taberna y me dirigí hacia casa. El poli no me había pedido la dirección, seguro que ya tenía toda la información que necesitaba sobre mí. Mientras estaba abriendo el portal, con el rabillo del ojo lo vi bajar de un Alfa Romeo negro como la noche. Me siguió en silencio. Se arrellanó en un sofá.

—Qué cansancio —exclamó.

Sacó un cigarrillo de un paquete tan arrugado como su traje.

—¿Qué quieres?

Fue derecho al asunto.

—Tienes que eliminar a un tipo.

—Ni hablar —solté—. Yo no mato a nadie por ti. He cambiado de vida.

—Lo sé, ahora eres un buen chico. Pero si no me haces este favor, acabaré de mierda hasta el cuello. Y para reducir perjuicios me veré obligado a colaborar. Te arrastraré conmigo hasta el fondo.

Qué simpático el polizonte, me tenía bien cogido. Me serví una copa.

—¿A quién se supone que tengo que eliminar?

—A un informador mío, un mierda de argelino infiltrado en el FIS[16]. Hicimos un par de negocios juntos y después desapareció. He sabido que ha empezado a trabajar para los carabineros. Si no le tapo en seguida la boca, me joderá vivo. Los *caramba* siempre consiguen que se lo cuenten todo.

—¿Dónde está?

—En Bolonia. He necesitado tres días y tres noches para encontrar su escondite. He removido cielo y tierra.

—¿Y por qué no haces tú el trabajito?

Estalló en una carcajada.

—Lo haría encantado. Pero en el momento en que el imbécil pasará a mejor vida, yo estaré en mi oficina de Milán. Necesito una coartada incuestionable.

—Entonces ¿sospechan ya de ti?

—Sí, pero todavía no tienen nada concreto. Están investigando;

yo era el controlador directo del argelino.

—¿Qué pasó?

—Nada que te interese.

—No me arriesgo a cadena perpetua a ciegas. Quiero saber en qué lío te has metido.

—Un correo procedente de Irán, una maleta llena de dólares. ¿Necesitas saber más?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo debe morir?

—Una bala en la cabeza. ¿Tienes aún la veintidós con silenciador?

—He cambiado de vida, ya no necesito pistolas.

—Entonces te la consigo yo.

—¿Cuándo tengo que eliminarlo?

—Pasado mañana. Siempre y cuando no sea demasiado tarde.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿Seguirás acudiendo a mí cada vez que estés en el fango y necesites un barrendero?

—Tranquilo, una vez resuelto el problema ya no volverás a verme.

En ese momento, entendí que Anedda quería eliminarme a mí también. De otro modo, me hubiera descargado encima toda su arrogancia para recordarme que estaba a su servicio. La historia del argelino le había enseñado la lección. Ningún testigo, ningún riesgo.

Oí girar la llave en la cerradura. Era Roberta. Por lo que sabía, esa noche debía estar en casa de sus padres. Entró corriendo en el salón.

—¡Amor, tengo una sorpresa! —dijo contenta—. Un CD de Alessandro Haber con *Ya no estoy junto a ti*.

Cuando se dio cuenta de la presencia de un desconocido, se calló de golpe.

—Perdonad —refunfuñó cortada—. Creía que Giorgio estaba solo.

El polizonte se levantó.

—Precisamente ya me iba —dijo con una sonrisa forzada.

—Te acompaño hasta la puerta.

—Veo que has dejado de frecuentar a las profesionales —me

comentó en voz baja.

—He cambiado de vida —repetí por enésima vez.

—Pasaré mañana por la mañana por la taberna —replicó Anedda.

Cerré la puerta lanzando una blasfemia.

—¿Quién es? —quiso saber mi novia.

Me encogí de hombros.

—El propietario de una hacienda vinícola —contesté.

—¿Y qué quería?

—Me ha propuesto un negocio.

—¿Aquí, en casa? Por lo general, van a la taberna.

Roberta estaba haciendo demasiadas preguntas. La abracé.

—Estoy deseando escuchar la versión de Haber.

Sonrió contenta, dejando de lado la curiosidad. Algunos segundos después, la voz cálida del actor que se había dejado tentar por la música llenó la habitación. Esa noche era ella la que tenía ganas de hacer el amor: lo último que yo tenía en la cabeza.

—Otro día —murmuré cabreado. Su presencia me fastidiaba. Necesitaba estar solo para reflexionar. En las próximas veinticuatro horas tendría que matar a un hombre e intentar no acabar como él.

No tenía sueño. Roberta, a mi lado, dormía tranquila, con la mano apoyada en mi pecho. El problema no era matar al argelino, sino impedir que el polizonte Ferruccio me eliminase a mí. Seguro que ya tenía un plan. No intentaría nada el día de la muerte del magrebí. La necesidad de una coartada lo obligaba a no salir de comisaría, al menos durante varios días. Hasta que se quitara de encima la sospecha de ser un funcionario corrupto. Después, tras esperar algún tiempo, una noche me dispararía junto al portal de mi vivienda. O acaso haría que lo invitara a tomar una copa en casa, hipótesis más probable. Llegados a este punto, tendría que eliminar también a Roberta. Le había visto bien la cara. Y lo había visto conmigo. No tenía miedo, pero estaba profundamente angustiado por lo imprevisible del destino. No soportaba la idea de una vida a merced de los acontecimientos. Si sobrevivía a esa historia, ¿qué más me pasaría? ¿Un tumor, un accidente de carretera, el arresto de Brianese? Un ataque de taquicardia me obligó a levantarme. ¿Qué puñetas me estaba pasando? Volví al salón y me obligué a mirar la televisión. Pasaban una película con Franco Franchi. Hacía el papel

de un frailecito que iba en busca de su tía, madama en un burdel. Al cabo de un rato, noté que los latidos se me normalizaban. Volví a la habitación para comprobar que mi novia dormía. Después, con un destornillador, arranqué de la pared del pasillo un trozo de zócalo. Un agujero hecho en la pared escondía una bolsita de nailon. Le había mentido a Anedda, conservaba la pistola. Nunca se sabe lo que puede pasar. Y había sido una buena decisión. La Ruger 22, la que había usado para matar a Ausonio y a Ciccio Formaggio, estaba desmontada. Había envuelto las diversas piezas en trapos empapados en aceite: cañón, percutor, corredera, armazón y cargador. Enrosqué el silenciador, accioné el percutor. Estaba dispuesto a defender mi vida de la única manera que sabía. Volví a la cama. Roberta se abrazó a mí.

El polizonte Ferruccio se dejó ver después del mediodía. Pidió un café.

—Esta noche pasaré por tu casa. Te llevaré la foto del tipo y el arma.

—No —contesté veloz—. Estará mi novia. Veámonos en el aparcamiento de la estación de autobuses.

Reflexionó algunos segundos sobre el cambio de programa.

—De acuerdo, a la una y media. Puntual.

Estábamos a principios de marzo y el frío de la noche aún se notaba. Me puse una chaqueta oscura y un abrigado gorro de lana, regalos de mi prometida. Los guantes de piel los había comprado esa tarde. Cogí la bicicleta del almacén y me dirigí a la cita. Era una Bianchi de los años cincuenta, restaurada y pintada. Era cara, pero no había resistido la tentación porque era idéntica a la que tenía mi abuelo. Cuando era pequeño e iba a visitarlo, me sentaba en la barra y me llevaba a dar una vuelta por el pueblo. Yo la usaba cada día para circular por el centro, que estaba cerrado a los vehículos de cuatro ruedas. El aparcamiento no estaba precisamente desierto. Aquí y allá había coches aparcados en los que putas nigerianas o albanesas se trabajaban a sus clientes. El Alfa Romeo negro estaba detenido en el centro del gran descampado. El polizonte Ferruccio

quería estar seguro de ver bien a quien llegara. Me detuve a la altura de la puerta del acompañante. Me hizo un gesto para que subiera. Con el pie, bajé el caballete de la Bianchi y abrí la portezuela tan sólo lo necesario para meter la pistola. Apreté el gatillo diez veces, todos los proyectiles del cargador. El silenciador amortiguó el ruido de las detonaciones y ahogó las llamaradas de fuego que acompañaban la salida de los proyectiles. Quienes estaban presentes en el aparcamiento habrían podido advertir en la oscuridad esa larga serie de destellos, parecidos a los de un *flash*, en cambio, con el silenciador, no vieron ni oyeron absolutamente nada. El imbécil estaba muerto, la cabeza apoyada en el volante, los ojos abiertos de par en par. Un reguero de sangre le chorreaba desde la boca. Cerré con cuidado la portezuela, me monté en la bicicleta y me marché pedaleando tranquilamente. Me desembaracé de los guantes y de la pistola tirándolos en un contenedor. Fue una lástima decirle adiós a la Ruger. Me había servido fielmente, pero ahora ya estaba quemada. En el coche y en el cuerpo de Anedda habían quedado balas y casquillos, conservarla hubiera sido un suicidio. Estaba satisfecho pero no tranquilo. Para poder cogerlo por sorpresa había tenido que renunciar a un plan más seguro. Hubiese preferido llevarlo a un sitio más apartado, en pleno campo, para así poder quemar coche y cadáver. Pero él era demasiado listo para caer en una trampa tan simple. Descubierto el cadáver, los investigadores encontrarían el material que iba a darme: la pistola y la fotografía del argelino. El riesgo era que hubiera también algo que pudiera relacionarme con él. Una nota, una dirección, un número de teléfono. Una sabia precaución hubiera sido desaparecer durante un tiempo. Pero no podía hacerlo. Hubiese tenido que dar demasiadas explicaciones a demasiadas personas. Sólo podía esperar y correr el riesgo de ser arrestado.

En casa me encontré a Roberta. Me estaba esperando leyendo en el sillón.

—¿Dónde estabas?

—Tomando una copa con Brianese en otro local.

—¿Habéis hablado de la audiencia?

—Sí, ya falta poco.

—¿Seguro que no has estado con otra mujer?

—Por favor, amor, no empecemos.

Dejó sobre la mesa la revista de decoración que estaba leyendo y estiró los brazos hacia mí.

—Ven aquí.

Me dejé mimar. Necesitaba relajarme. Cerré los ojos y volví a ver la escena de la muerte de Anedda. Matarlo había sido necesario, y satisfactorio. Matar siempre me había gustado. Desde aquella vez en que le disparé en la nuca a mi amigo Luca, en aquella mierda de selva centroamericana. Al polizonte Ferruccio también hubiera podido dispararle en la nuca en vez de soltarle todo el cargador, como me había visto obligado a hacer por las dudas de no dar en seguida en los centros vitales. Herido, aunque fuera de gravedad, podía sacar su calibre nueve y pagarme con la misma moneda. Los investigadores seguramente pensarían en un asesinato apresurado e improvisado y yo hubiese preferido que se encontraran frente a la obra de un profesional. El tiro en la nuca es solemne como la sentencia de un tribunal, es justicia.

Dos días después, en los periódicos apareció la noticia sobre el hallazgo del cadáver de Anedda. En la ciudad no se hablaba de otra cosa. Llegaron periodistas de los canales nacionales. Los diarios defendieron la tesis del terrorismo internacional. Pero el interés de los medios por mantener viva la noticia no coincidía con el de los investigadores. Policías y jueces sabían bien que no tenían entre manos a un servidor del Estado muerto en el cumplimiento del deber. Y, además, no disponían de una sola pista concreta sobre el autor del homicidio. Los que frecuentaban habitualmente la zona no habían contado nada interesante. La atención despertada por el caso duró un par de días y después desapareció, sustituida por otros acontecimientos. Se desvaneció también mi tensión. A esas alturas, me convencí de que la investigación no había dado con nada relacionado conmigo. Mi plan había funcionado.

Esa noche volví a casa algo más tarde. Junto al teléfono, vi la bolsa de Roberta: una visita inesperada. Aquellos días había tenido gripe y había preferido quedarse en casa de sus padres. Estaba en el salón, a oscuras.

—¿Te encuentras mal, amor? —pregunté presuroso.

No contestó. Encendí la luz. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado y en la mano un ejemplar del diario de la ciudad. Me lo tendió para que viera bien la foto del polizonte Ferruccio. Se me cayó el mundo encima. El destino seguía ensañándose conmigo. Primero Anedda, y ahora mi prometida se convertía en otra peligrosa amenaza.

—Es el hombre al que vi en esta habitación hace una semana —dijo en tono acusador.

—Te equivocas, las fotografías de los periódicos engañan.

—En la televisión he visto vídeos antiguos y era él. Y, además, la noche en que lo mataron tú no estabas en casa.

—¿Me estás acusando del delito? —pregunté incrédulo.

Se puso a sollozar.

—No sé qué pensar. Estoy segura de haber visto aquí a esta persona.

Adopté un tono indignado.

—Ya te he dicho que no era él. Y, además, yo estaba con Brianese cuando le dispararon. Si no me crees, pregúntaselo a él.

Sabía que jamás osaría acercarse al abogado para plantearle una pregunta de esa clase. Mi respuesta hubiera debido tranquilizarla. En cambio, seguía angustiada por las dudas.

La abracé.

—¿Cómo puedes pensar que soy un asesino? ¿Quieres que me muera de pena?

Me apretó contra su cuerpo.

—No creo que seas un monstruo, pero conocías a ese policía, y tienes obligación de contar a la magistratura todo lo que sepas.

Se me heló la sangre en las venas. La cosa se estaba poniendo fea. Tenía que inventar algo o, de otro modo, ella acudiría a los polizontes para decir que había visto a Anedda en mi casa cuarenta y ocho horas antes de que fuera eliminado.

Le cogí la cara entre las manos.

—Sí, lo conocía —admití—. Era uno de sus informadores. Los terroristas se están reorganizando y mi experiencia le resultaba útil. No te lo he dicho antes porque se trata de investigaciones delicadas y secretas. Pero yo no fui quien lo mató. Métetelo en la cabeza de una vez por todas.

—Razón de más para aclarar tu posición —insistió testaruda—. Tus informaciones pueden servir para capturar al asesino y a sus cómplices.

—Lo dudo. Pero aunque así fuera, eso significaría salir a la luz, transformarme en un blanco. Tendría que esconderme, abandonar mi trabajo, renunciar a vivir contigo.

El argumento hizo que su sentido cívico se tambaleara. Era el momento de aumentar la dosis.

—Dentro de pocos días tengo la posibilidad de quitarme de encima la marca de expresidiario. Me espera una nueva vida, contigo. Si voy a la policía, el proceso de la instancia será suspendido y quién sabe cuánto deberé esperar. No me obligues a renunciar a ti. Quiero que nos casemos y quiero tener un hijo.

El discurso de telenovela funcionó. Roberta lloró como una fuente y se liberó de toda duda. Cogí el CD de Caterina Caselli. Seleccioné *Ya no estoy junto a ti*. La tomé del brazo y la llevé a la cama. Le susurré dulces palabras de amor. Cuando se durmió, respiré aliviado. Por ahora estaba seguro, pero ¿y en el futuro? Cogido por sorpresa, le había contado la mentira equivocada. Hubiera tenido que decirle que ya había hablado con los investigadores, manteniendo mi cobertura de informador. Ahora ya era demasiado tarde para ponerle remedio, la única esperanza era el matrimonio. Atarla a mí de una manera indisoluble. Hasta entonces, me había opuesto con firmeza al rito religioso, pero en cuanto se despertara le diría que había cambiado de idea y que nos casaríamos en su parroquia. Y no faltaríamos a una sola sesión del curso prematrimonial. La nuestra sería una unión bendecida, y absuelta de todos los pecados.

Fue un acierto. Mi novia se tranquilizó y no volvió a tocar el tema de Anedda. Se dedicó de nuevo a los preparativos de la boda. Y yo conocí a su confesor, don Agostino, que nos guiaría en el camino hacia el sacramento del matrimonio. Un viejo cura ceñudo y puntilloso. La antipatía fue recíproca desde el primer encuentro. Pero estaba dispuesto a soportar cualquier cosa para poder llevar a Roberta al altar. Llegó el día de la audiencia para la rehabilitación. El juez de vigilancia leyó un largo informe. Me hizo algunas

preguntas. Después, dieron la palabra al fiscal.

—No me opongo a la concesión del beneficio —se limitó a decir éste.

Brianese habló durante cinco minutos. Describió mi voluntad de reinserción con palabras sosegadas y eficaces.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Roberta al abogado cuando salimos de la sala.

—Bien, ahora se trata sólo de esperar la decisión. Como ya te habrá explicado Giorgio, el tribunal de vigilancia la comunicará por escrito. Tendréis que tener paciencia unos días más.

Después del cierre, lo celebramos en La Nena, por comodidad. Una decena de amigos y el abogado. Champán, tartaletas de *foie gras* y un pastel. Sante Brianese empezó a contar anécdotas divertidas de los tribunales. De repente, oí la voz de Roberta preguntando:

—¿Qué se dice por allí sobre el policía asesinado en el aparcamiento?

El abogado se encogió de hombros.

—Poco o nada. Investiga la DIGOS, y ésos tienen la boca cosida. Para ser sincero, es un caso que he seguido poco. El día del homicidio estaba en Roma en el tribunal de casación, y cuando volví ya se había dejado de hablar del asunto.

Jodido, así me sentí en ese momento. Estaba celebrando mi rehabilitación y mi novia me cavaba la fosa con sus preguntas del carajo. Roberta estaba pálida y me miraba confundida. Se quedó en ese estado hasta el final de la fiestecita. Regresamos a casa sin intercambiar una sola palabra. Se encerró en el baño para llorar. Por segunda vez en pocos días, me hundí en un estado de desesperación absoluta. Cuando se calmara, pediría respuestas. Y no había mentira en el mundo capaz de sacarme del apuro. Tan sólo podía esperar las consecuencias.

De repente me la encontré delante, el rostro lleno de churretones de rímel.

—¿Adónde fuiste aquella noche?

—Brianese se ha equivocado, es un hombre lleno de compromisos. Se ha equivocado.

—¿Adónde fuiste? —gritó.

—Quizá me equivoco yo. No me acuerdo bien, tal vez di un

paseo.

—¿Adónde? —vociferó con todo el aliento que tenía en el cuerpo.

Me quedaba una última escapatoria para tratar de desviar sus sospechas.

—Está bien, tú lo has querido —grité a mi vez—. Estuve con una mujer.

—Bastardo. —Me agredió, intentando pegarme en la cara—. Te fuiste a la cama con aquella puta de Martina, ¿verdad?

—No, con una que conocí en la calle. —La abracé con fuerza—. Fue sólo un polvo, y te quiero sólo a ti.

Se separó y corrió a encerrarse en el baño. Diez minutos después abrió la puerta. Se había lavado la cara y se había peinado.

—Ya no quiero casarme contigo.

—Pero ¿qué dices?

—Creía que eras una persona distinta. En cambio, sólo eres un mentiroso.

—Ahora estás alterada. Tienes razones para estarlo, pero éste no es el momento de tomar decisiones que pueden comprometer nuestro futuro.

Se marchó sin escucharme. Me dejé caer en el sofá. Tenía ganas de refugiarme en la botella de *whisky* pero tenía que pensar. La pérdida de Roberta era un mal menor. Nuestra historia estaba definitivamente comprometida y seguir con el proyecto de boda hubiera sido una auténtica locura. Haría circular comentarios poco halagüeños sobre ella. Al cabo de un tiempo, se acabarían los cotilleos sobre el asunto. Sustituirla no sería difícil. El verdadero problema era otro. ¿Callaría sobre el homicidio de Anedda o, por el contrario, se lo contaría a su madre, a sus amigas y a don Agostino? La respuesta era evidente. Se vería obligada a dar muchas explicaciones por haber echado a perder la boda y, sin duda, contaría que me había obligado a confesar la traición. Y entonces saldría lo del encuentro con Anedda en mi casa. Alguien la convencería de que hablara con los polizontes. Aunque eso ni siquiera sería necesario para poner a la policía sobre mi pista. Una historia como ésa generaría tantos comentarios, que éstos muy pronto llegarían a los oídos equivocados. Aunque Anedda fuera un policía corrupto, sus colegas seguro que estaban deseosos de

descubrir quién lo había llenado de plomo.

Sopesé la hipótesis de escapar. Disponía de unos ahorrillos con los que podía irme lejos. Pero hubiera tenido que volver a empezar desde el principio. No era justo. De repente, me di cuenta de que tenía que matar a Roberta. Hubiese querido no tener que llegar a ese extremo, pero la regla «ningún testigo, ningún riesgo» se imponía en toda su evidencia. Sin embargo, era igualmente evidente que se trataba de un problema de no fácil solución. Su muerte violenta atraería todas las sospechas sobre su novio, recién rehabilitado pero siempre con un pasado discutible. Era una buena chica, responsable en su trabajo, con un profundo sentido religioso de la vida. En su mundo, el homicidio no estaba considerado un acontecimiento probable sino extraordinario hasta el punto de obligar a las fuerzas del orden a llevar a cabo una serie de investigaciones. Si se hubiera tratado de una zorra, una toxicómana, una indigente, una extracomunitaria o, simplemente, de la mujer de cualquier marginal, la noticia del homicidio hubiera ocupado una notita en los diarios y media página de un informe policial. Pensé varias alternativas. La más convincente era enmascarar el delito como obra de un maníaco. Pero al final, los polizontes hubieran llamado igualmente a mi puerta. Desde cualquier punto de vista bajo el que examinara el asunto, seguía siendo el principal sospechoso. Cerré los ojos. Me acordé de ella en la taberna. El recuerdo de un diálogo hizo que algo se moviera en mi mente. Al principio no entendí de qué se trataba. A fuerza de pensar en ello se hizo cada vez más nítido y se concretó en una idea. Y después en un plan.

Me levanté antes que de costumbre. Esperé a que don Agostino terminara de oficiar la misa de las siete. Lo intercepté mientras se dirigía hacia la sacristía, seguido por dos monaguillos.

—Tengo que hablar con usted, es importante.

—Esta mañana no tengo tiempo —contestó displicente.

—Ha sucedido una cosa grave entre Roberta y yo. Se lo ruego, concédame unos minutos.

Levantó los ojos al cielo.

—Espérame en mi el despacho. El tiempo de cambiarme y estoy

contigo.

Apareció al cabo de una buena media hora. Por algunas migas de pan en la sotana, deduje que había aprovechado para desayunar.

—Así pues, cuéntame qué ha pasado.

—Padre, he hecho una cosa horrible. He engañado a Roberta —contesté en seguida para llamar su atención. Quería que se acordara de cada palabra de aquella charla—. Una noche no resistí la tentación y compré el cuerpo de una prostituta. Me di cuenta de que me había equivocado cuando encontré a mi novia esperándome. Al principio, no tuve el valor de confesarle lo que había hecho y le mentí para justificar mi salida nocturna. Después, por una serie de acontecimientos, mi mentira fue descubierta y me vi obligado a decirle la verdad.

—Las mentiras tienen las piernas cortas —comentó él satisfecho—. Y ahora ¿qué quieres de mí?

—Roberta no quiere casarse conmigo. Usted debe convencerla para que reconsidere su decisión. Conmigo no quiere ni hablar.

—Quizá no eres el hombre adecuado para ella. Sus padres siempre han estado convencidos de ello. En el pasado te has manchado con graves culpas e incluso ahora, a pocos meses de la boda, sigues teniendo una conducta inmoral.

—Fue un momento de debilidad, no volverá a suceder. Yo estoy profundamente enamorado de Roberta. Estoy seguro de que puedo hacerla feliz.

—Intentaré hablar con ella, pero no te prometo nada. Mentir e ir con prostitutas son pecados graves. Esa chica no se merece tanto sufrimiento.

Hice alarde de una expresión contrita y me marché en silencio.

Mi segundo paso fue ir a una biblioteca de barrio. A esa hora de la mañana, estaba frecuentada en su mayoría por jubilados. Encontré el volumen que me interesaba. Comprobé la exactitud de mis recuerdos y me fui a trabajar. El día transcurrió tranquilo. Un cliente vino a pedirme un préstamo: cinco millones. Me devolvería seis la próxima semana. Lo complací. Ya había sucedido que algún habitual me pidiera pequeñas sumas al contado. Hasta entonces los había dirigido a una de las bandas de usureros con los que hacía

negocios, pero pensándolo bien, había decidido montar una pequeña financiera en la taberna. El secreto para no despertar el interés de las fuerzas del orden era limitarse a cifras bajas. Durante todo el día me mostré alegre. Hablé de la boda con diversas personas, pidiendo consejos sobre flores y fotógrafos. Poco antes del cierre, recibí una llamada de Roberta.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Don Agostino?

—Sí, me ha convencido. Tenemos que mirar en lo más profundo de nuestros corazones y valorar la sinceridad de nuestros sentimientos.

—Te espero en casa.

Estaba demacrada y con aspecto cansado. Se sentó en el sillón.

—Verte sufrir así me hace daño.

—Todo es por tu culpa.

—¿Qué han dicho tu madre y tus amigas? —pregunté para tantear el terreno.

Negó con la cabeza.

—Aún no he dicho nada. Me da demasiada vergüenza contar lo que has hecho.

—Has hecho bien en no hablar con nadie. Estoy seguro de que llegaremos a entendernos y que todo será como antes.

Cogió un pañuelo del bolso y empezó a gimotear.

—Ya no confío en ti.

—No llores, te lo ruego. Así resulta difícil hablar.

Se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Jamás en mi vida había estado tan mal.

Le acaricié la mejilla:

—¿Has cenado?

Negó con la cabeza.

—No puedo tragar nada.

—Pero si sigues así te pondrás enferma —exclamé preocupado.

—Comeré algo en casa.

—He traído un par de raciones de canelones con *ricotta* de la taberna. Estaba a punto de sentarme a la mesa. Venga, hazme compañía.

Puse un plato más. Le ofrecí un vaso de vino mientras la comida se calentaba en el microondas. Dejé que se sirviera sola. Cogió sólo uno. Le pasé la quesera. Comimos en silencio.

—Don Agostino cree que tú no eres un hombre adecuado para el matrimonio. Está convencido de que eres una persona amoral.

—Se equivoca.

—Y entonces ¿por qué te fuiste con esa prostituta?

—Por tu culpa. Sexualmente dejas mucho que desear.

Enrojeció de vergüenza.

—Necesitaba tiempo. Tú tienes mucha experiencia y, de todos modos, algunas cosas que quieres hacer conmigo no me gustan. Me parecen sucias, antinaturales entre dos personas que se quieren casar.

—¿Es tu opinión o la de don Agostino?

—Él es mi confesor.

—Pero no tiene ninguna experiencia en este campo. Y te está aconsejando mal. Por ejemplo, ¿en qué piensas cuando te tocas?

—Calla, no quiero hablar de esas cosas.

—En lugar de llevarlas al confesionario, esas fantasías debes llevarlas a la cama. Nos hubiéramos divertido y yo no hubiera sentido la necesidad de tirarme a una prostituta.

—No uses esos términos, me molestan.

—¿Por qué te dejó Alfio?

—No es asunto tuyo.

—No conseguías satisfacerlo, ésa es la verdad. Él rompió el noviazgo, yo fui a buscar el placer a otra parte. ¿Y cómo crees que se comportará el próximo?

Se echó a llorar. Decidí suavizar la discusión. Ya debía de estar convencida de que mi salida nocturna había sido motivada por las necesidades de la carne.

La abracé fuerte.

—Yo te quiero, Roberta, no quiero perderte. Te juro por la memoria de mi padre y de mi madre que no volveré a ir con ninguna otra mujer. Haré el amor sólo contigo. Sin forzarte y respetando tu sensibilidad.

Me cogió la cara entre las manos y me miró fijamente a los ojos.

—¿Lo juras de verdad?

—Lo juro. Don Agostino me ha hecho entender que el sexo es

sólo uno de los aspectos de la vida de la pareja.

—Cómo me gustaría creerte.

—Hazlo y serás feliz.

—Estoy confundida. Primero la historia del policía asesinado y después la humillación de ser engañada con una mujer de la calle.

—No pienses más en eso, piensa en nuestro futuro.

—No puedo —respondió desconsolada—. ¿Era más guapa que yo?

Sonreí.

—Eso es imposible.

—¿Era una negra?

—No.

—¿La besaste en la boca?

—No.

—¿Usaste preservativo?

—Sí.

—Quiero saber qué hicisteis.

—Ya basta. Ésa es una pregunta humillante para los dos.

Se hizo un silencio cargado de tensión. La dejé tranquila un rato. Le ofrecí un cigarrillo y una copita. Encendí la televisión. La sintonicé en la versión nocturna de *Rastrea la noticia*. Gabibbo la ponía de buen humor. Le propuse tomar un poco de tiramisú. Era su postre favorito y el cocinero de La Nena lo hacía exquisito.

—¿Me quieres conquistar por el estómago? —bromeó.

—Por todas partes. Lo que sea para reconquistar tu corazón.

Comió dos trozos. Los acompañó con un Marsala envejecido. Después, se levantó.

—Me voy a casa.

—Quédate, por favor. Estar juntos nos ayudará a reconciliarnos.

—De acuerdo. Y además estoy demasiado cansada para conducir hasta casa.

Cuando se despertó, le llevé el desayuno a la cama: leche manchada, galletas y pastas Mulino Bianco.

—Quiero tratarte como una princesa.

Me sonrió.

—Tengo que darme prisa o llegaré tarde al trabajo.

—Te espero para comer.

Le serví *linguine* al pesto. Con mucho parmesano. Su humor había mejorado, aunque seguía sintiéndose débil. Y fastidiada por un persistente prurito en cara y manos.

—Estás somatizando el estrés de estos días —comenté—. Se te pasará pronto.

Cuando volvió por la tarde, el prurito había empeorado y se le había extendido al pecho y a las ingles.

—Vete a mi casa. Llegaré lo antes posible. Y no comas demasiado, a lo mejor es una intoxicación. En la nevera hay yogures.

Esperé una horita. Después les dije a los camareros que estaba preocupado por mi novia, que no se encontraba bien. Le pedí al mayor que se ocupara del cierre del local.

Cuando entré en casa, vi el recipiente del yogur en el brazo del sillón. Lo cogí. Estaba vacío. Fui al dormitorio. Roberta estaba tumbada en la cama, en camisón. Inmóvil, el rostro transfigurado por las manchas rosáceas de una grave erupción cutánea.

—Me siento mal. Llama a un médico.

—No me parece que sea necesario —dije.

Se tocó la cara.

—Dios mío —gimió—. ¿Qué me está pasando?

Me senté al borde la cama.

—Te estás muriendo, Roberta. Has ingerido una cantidad excesiva de aspirina. Y tú sabes lo nocivo que es el ácido acetilsalicílico para tu salud.

—Pero ¿qué dices?

—He puesto aspirina en polvo en todas las comidas que has tomado en las últimas veinticuatro horas. En los canelones, en la leche, en el parmesano… —expliqué mientras metía en su bolso la caja de pastillas que había usado.

—Me has envenenado.

—Sí. Me acordé de que una vez me dijiste que eras alérgica a la aspirina. Yo tenía una tía que tenía tu mismo problema, ¿recuerdas? De pequeño eso me impresionó mucho, porque entonces no podía concebir que una medicina pudiera matar a una persona.

—Llama a un médico, te lo suplico.

—No es necesario, mi diagnóstico es exacto.

—¿Por qué me matas?

—No puedo permitir que vayas por ahí contando que viste a Anedda en esta casa. Y tampoco que la noche en que fue asesinado yo estaba paseando por la ciudad.

—¿Fuiste tú?

—Sí, y no me preguntes por qué. Mejor reza. Como he podido comprobar hoy en la biblioteca, según los libros de medicina deberías reventar como máximo dentro de un par de horas.

Se agarró el cuello.

—Ayúdame, me falta el aire.

—Es la crisis respiratoria. Te estás muriendo, preciosa.

Roberta se aferraba con uñas y dientes a la vida. Empezó a maldecirme. Su voz se había vuelto afónica e insoportable. Fui al salón y conecté el aparato de música. La voz de Caterina Caselli llenó la casa.

Bisognerebbe avere un cuore talmente puro
In questo fango vedere nascosto il cielo
Bisognerebbe amare davvero
Non avere paura[17].

Mientras tanto, Roberta se había puesto cianótica, con los labios y las uñas azules. Por el movimiento de los labios, entendí que estaba encomendando su alma al Señor. Miré el reloj. Podía morir por insuficiencia respiratoria o por colapso cardiovascular. Lo importante era que se diera prisa. En cuanto perdió la conciencia, llamé a una ambulancia. Hice que me encontraran en pijama.

—Me he despertado y la he encontrado así.

Cuando la pusieron en la camilla aún estaba viva. Pero moriría, era demasiado tarde. Solté un suspiro de alivio. Ya estaba harto de representar el papel de enamorado. Todas aquellas zalamerías que me había visto obligado a decir me revolvían el estómago.

La autopsia reveló la causa de la muerte: insuficiencia respiratoria.

Los exámenes toxicológicos identificaron la sustancia que la había producido. Los padres afirmaron que jamás de los jamases su Roberta hubiera tomado ácido acetilsalicílico. Fueron tan convincentes que un par de carabineros vestidos de calle vinieron a verme a casa. La taberna estaba cerrada por luto.

Representé el papel de hombre destrozado. No conseguí impresionarles.

—¿Estaba al corriente del hecho que su novia era alérgica a la aspirina? —preguntó el brigada.

—No, no lo sabía.

—¿Y cómo es posible? —preguntó el sargento.

—¿Cómo es posible qué?

—Que no lo supiera —aclaró el otro.

—Nunca me lo había dicho.

—El forense nos ha dicho que ha tardado bastante en morir. ¿Cómo puede ser que usted no se diera cuenta de nada?

—Roberta vino a mi local. Dijo que no se encontraba bien…

—Eso ya lo sabemos, hemos interrogado al personal. La pregunta era otra.

—Cuando volví a casa, Roberta estaba acostada. Durmiendo…

—No estaba durmiendo, estaba agonizando…

—Parecía que estuviera durmiendo. Me puse el pijama y me metí en la cama.

—¿Y no se dio cuenta de nada?

—No.

—¿No le dio ni siquiera un beso de buenas noches?

—No.

—Qué extraño, los novios y los prometidos se dan siempre un beso de buenas noches.

—Esa noche no.

—¿Y cómo se dio cuenta de que su novia estaba mal?

—Tuve que ir al baño. Encendí la luz. Me di cuenta de que Roberta tenía la cara hinchada y los labios morados. Llamé inmediatamente a la ambulancia.

—Pero cuando se acostó ¿no le vio la cara hinchada?

—No le vi la cara, estaba acostada de lado.

Se quedaron callados un rato, mirándome con expresión perpleja.

—¿Tenían buena relación? —preguntó el brigada.

—Últimamente habíamos tenido algunas diferencias, pero después las aguas volvieron a su cauce.

—¿Y de qué naturaleza eran esas «diferencias»?

—No creo que eso pueda interesarles.

—Pues ya ve, nos interesa.

—No te hagas el listo, Pellegrini —intervino el sargento—. Aunque te estén limpiando la ficha, para nosotros serás siempre un delincuente. Y a los delincuentes les damos por el culo.

—Haced lo que queráis.

—Don Agostino nos ha contado una historia interesante.

—De acuerdo, me fui de putas.

—¿Te acuerdas de con cuál?

—No.

—¿Al menos de dónde fue?

—En la circunvalación de la zona industrial.

—¿Qué día era?

Me encogí de hombros.

—No me acuerdo. Y además, ¿qué importancia tiene?

—A nosotros nos pagan para hacer preguntas, incluso las poco importantes.

—¿Quieres oír una importante? —dijo el otro.

Estiré los brazos.

—Oigámosla.

—¿Le diste aspirina a tu novia?

—No.

—Y entonces ¿de dónde la sacó?

—De una farmacia, imagino.

—Sus familiares dicen que es imposible. Sabía que la mataría.

—Entonces no lo sé.

—¿En los días anteriores a su muerte dijo que tenía dolor de cabeza, dolores menstruales, fiebre o alguna otra molestia?

—A mí me dijo que le molestaba un fuerte prurito.

—¿Nada más?

—Nada más.

El brigada cerró la libreta y se dirigió hacia la puerta, y acto seguido su colega lo imitó.

Puso la mano en el picaporte, y después se volvió hacia mí.

—Sobre la muerte de Roberta se pueden formular tan sólo tres hipótesis: accidente, homicidio o suicidio. El accidente podemos excluirlo tranquilamente. O decidió acabar con todo por el dolor y la humillación que le habías causado o la mataste tú.

—¿Por qué tenía que matar a Roberta? La quería, quería casarme con ella.

—Ya, el móvil —dijo pensativo—. Si de mí dependiera, te metería en la cárcel hasta el final de la investigación, pero ningún juez firmaría una orden de prisión sobre la base de esa sospecha y sin un móvil concreto.

—Nos veremos pronto —añadió el sargento—. Quizá en comisaría.

Fui a la cocina a prepararme un café. Encendí un cigarrillo y lo saboreé con calma. Había salido bien. Los polizontes no tenían nada a lo que agarrarse. La investigación sería archivada. Era sólo una cuestión de tiempo, estaba seguro. Pero por si acaso, llamé al abogado Brianese.

—No te preocupes, Giorgio —dijo en tono comprensivo—. Hablaré con el procurador y pediré a nuestros amigos de uniforme que intervengan. Te garantizo que esos dos no te molestarán más.

Ya, los amigos. En el funeral estaban todos, incluso los usureros. Sólo los padres y los parientes de Roberta no se dignaron ni siquiera mirarme. De alguna manera, me consideraban responsable de su muerte. Sante Brianese vino a sentarse a mi lado.

Me apretó el brazo.

—Ha llegado la notificación del tribunal de vigilancia, te han rehabilitado.

Me eché a llorar de felicidad. Lo había conseguido, la pesadilla se había terminado. Finalmente podía ser como los demás, uno de tantos. Me enjugué las lágrimas. Estaba deseando que acabara aquel horror. Alguien me cogió de la mano. Era Martina. En su mirada leí la determinación de ocupar el sitio de Roberta. Respondí al apretón. Me casaría con ella. Y no volvería a matar a nadie, ya no lo necesitaba. Finalmente había conseguido romper todo vínculo con el pasado. El presente y el futuro estaban contenidos en una comunidad que representaba el sentido de la amistad y de la solidaridad. Y de los negocios. Sería considerado un estimado y honesto ciudadano, dedicado tan sólo a ganarse el pan. Y a disfrutar

del dinero.

El cementerio estaba iluminado por un bonito sol cálido. El afligido cortejo seguía el coche fúnebre en completo silencio. Tan sólo se oía el rumor de los pasos sobre la grava del paseo.

Mi corona era la más grande. En la cinta había hecho poner: «Hasta nunca, mi amor». No se me había ocurrido nada mejor.

Notas

[1] Acrónimo de División de Investigaciones Generales y Operaciones Especiales, sección de la Policía del Estado. *(N. de la t.)*
<<

[2] Estructura organizativa italiana que desde los años setenta proporciona asistencia legal a los militantes de la izquierda extraparlamentaria arrestados o prófugos. *(N. de la t.)* <<

[3] Organización mafiosa que tiene su centro en Puglia y mantiene relaciones con organizaciones del Este de Europa. *(N. de la t.)* < <

[4] Vino espumoso propio de la región del Véneto. (*N. de la t.*) <<

[5] «Kosovo Forcé», según sus siglas en inglés, que es una fuerza militar de la OTAN y Rusia que entró en Kosovo para mantener el orden y la paz en el territorio. *(N. de la t.)* <<

[6] Ejército de Liberación de Kosovo, según sus siglas en inglés, que fue un grupo insurgente albanés que en los años noventa propugnó la secesión de Kosovo de Yugoslavia. *(N. de la t.)* <<

[7] Arma de cañones recortados que se suele utilizar en el sur de Italia *(N. de la t.)* <<

[8] Fuerza especial de la policía italiana que depende directamente del ministro de Economía y Finanzas y desarrolla tareas de policía judicial y seguridad pública. *(N. de la t.)* < <

[9] Organización nacionalista croata de extrema derecha. *(N. de la t.)* < <

[10] Carretera estatal y provincial que comienza en Milán y prosigue en dirección nordeste para atravesar después la provincia de Varese. *(N. de la t.)* <<

[11] Tallarines con bogavante y tomatitos de Sorrento. *(N. de la t.)*
< <

[12] Vino rancio. *(N. de la t.)* < <

[13] Embutido de carne de cerdo triturado. *(N. de la t.)* <<

[14] Término que hace referencia a un sistema basado en la corrupción y la financiación ilícita de partidos. *(N. de la t.)* < <

[15] Voz popular que significa carabinero. *(N. de la t.)* < <

[16] Siglas del Frente Islámico de Salvación. *(N. de la t.)* <<

[17]
Habría que tener un corazón tan puro

En este fango ver oculto el cielo

Habría que amar y ser sincero

No tener miedo.

(*N. de la t.*). < <



MASSIMO CARLOTTO (Padua, 1956) es uno de los autores de novela negra más populares y prestigiosos del momento. Activista de la ultraizquierda italiana en los años 70, se le acusó injustamente de asesinato y tuvo que exiliarse en Francia y América latina. Finalmente recibió el indulto en 1993, tras cumplir una condena de seis años de cárcel. El «caso Carlotto» se ha convertido en el proceso judicial más largo y controvertido de la historia de Italia. Su carrera como autor empieza tras este incidente. Ha creado un universo realista y descarnado en el que retrata las transformaciones del mapa criminal de los países mediterráneos y en el que los protagonistas están basados en él mismo.